



# EL RETO DE INSPIRAR: FUTBOL & IDENTIDAD

JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ



**Woodbridge González, Jorge.**  
**El Reto de Inspirar: Fútbol e Identidad**  
**1a Edición. Colección Costa Rica: Reto Siglo 21**  
**Alajuela, Costa Rica. 2025**  
**166 pp. Ediciones JWG.**

Libro de conversaciones - Programa Reto Siglo 21.  
Autor: Jorge Woodbridge González



**STUDIO HOTEL**  
*Boutique*

Agradecimiento especial a Studio Hotel, Santa Ana



Diseño, diagramación y concepto editorial:  
Juan Diego Otalvaro Ortega - [jd@theroversquest.org](mailto:jd@theroversquest.org)  
[theroversquest.org](http://theroversquest.org)



Grabación y Filmación de Entrevistas:  
Amanda Agüero - [framefilmscr@gmail.com](mailto:framefilmscr@gmail.com)

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra sin la autorización del autor.

Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción y difusión de los contenidos de este libro para fines educativos u otros no comerciales, siempre que se reconozcan los créditos de la obra en las citas y referencias.



# **El Reto de Inspirar: Fútbol e Identidad**

**Por: Jorge Woodbridge González**

# PRÓLOGO

Escribir esta tercera colección editorial; *Costa Rica: Reto Siglo 21* representa para Jorge Woodbrige su forma de devolverle al país la experiencia de toda una vida. Con una voz cálida, sensata y profundamente analítica, Woodbrige asume el rol de un mentor que se sienta a conversar con el lector. Su objetivo último es inspirar, convencido de que nuestro talento es innegable, pero que solo a través del método, el orden y un propósito común lograremos construir la Costa Rica que nos merecemos.

Jorge Woodbridge no observa a Costa Rica desde la gradería; ha pasado su vida diseñando y ejecutando estrategias desde los centros neurálgicos donde se define el rumbo de la nación. Su trayectoria abarca los niveles más altos de la institucionalidad pública, deportiva y económica. Sirvió al país como Ministro de Competitividad y Mejora Regulatoria, fue Ministro de Economía, Industria y Comercio, y ocupó la Dirección General de la Corporación de Fomento Industrial. En el ámbito del deporte, asumió la presidencia de la Federación Costarricense de Fútbol (Fedefútbol), un puesto que le permitió entender desde adentro que la cancha es el reflejo exacto de nuestras mayores virtudes y de nuestras carencias estructurales.

Pero más allá de los títulos y los ministerios, su verdadera vocación ha sido siempre el diálogo, el análisis y la búsqueda de soluciones sostenibles para el desarrollo nacional.

CIUDADANOS COMPROMETIDOS  
**RETO  
SIGLO  
21**  
CON COSTA RICA

## NOTA EDITORIAL

A lo largo de los años, he tenido el privilegio de sentarme a conversar con mentes brillantes, líderes sociales y grandes estrategas de nuestra región a través de la plataforma “Costa Rica: Reto Siglo 21”. De ese diálogo constante, de escuchar nuestras dolencias y celebrar nuestras virtudes, nace la colección editorial Costa Rica: Reto Siglo 21. Esta serie de libros es una hoja de ruta ciudadana; un esfuerzo por devolverle al país un poco de la experiencia acumulada y ponerla al servicio de las nuevas generaciones.

En esta tercera entrega, elegimos abrir con el fútbol, porque hay pocos lugares donde un país se revela sin artificios. En la cancha, al igual que en la gestión de una nación, de nada sirven las buenas intenciones si no están respaldadas por un sistema. Hemos demostrado que tenemos el talento y el coraje para mirar a los ojos a los gigantes del mundo, pero la historia nos recuerda que, a menudo, nos quedamos a medio camino.

*Nuestra urgencia no es descubrir cómo patear mejor un balón, sino cómo organizar nuestras instituciones y nuestra mentalidad para que el éxito deje de ser una grata sorpresa y se convierta en una costumbre lógica.*

Para entender esta transición, debemos ser honestos con nosotros mismos. Históricamente, hemos sido hijos de la espontaneidad. Esa alegría del juego en la calle construyó nuestra identidad, pero también nos hizo creer que la inspiración bastaba para sostenernos en la cima.

Esa es la brecha que debemos cerrar. Este volumen no trata sobre mis anécdotas en la dirigencia, ni es un manual técnico para entrenadores. Es una radiografía de nuestro tejido social. Cuando logramos que un niño abrace la disciplina deportiva, le estamos dando herramientas para enfrentar la vida, alejándolo de los riesgos y acercándolo a un propósito claro.

El fútbol no es un gasto, es prevención y cohesión social. Un barrio con deporte estructurado es un barrio con futuro; un país con un proyecto claro es un país que domina su propio destino. En esta lectura encontraremos paralelos inevitables entre la forma en que se administra un equipo y la forma en que se gobierna un país. Si queremos trascender en el siglo XXI, debemos aprender a detectar, formar, medir y mejorar de manera continua.

Este libro es una invitación directa a la acción. Está escrito con la profunda convicción de que Costa Rica puede ser más consistente, más organizado y más fuerte. Espero que al pasar estas páginas, encuentren la inspiración necesaria para exigir mejores procesos en cada uno de sus entornos, porque el verdadero reto que tenemos por delante es aprender a construir nuestra grandeza todos los días.

No estamos aquí para administrar la nostalgia de los triunfos pasados, sino para diseñar la estructura de nuestras futuras victorias.

Es momento de pasar de la ilusión al método.

# ÍNDICE GENERAL

---

**6**

Prólogo

**8**

Nota Editorial

**14**

Presentación

**18**

Capítulo 1:  
UN ESPEJO QUE NO MIENTE

**26**

Capítulo 2:  
LA MEMORIA DE LA TIERRA

**36**

Capítulo 3:  
EL LATIDO DEL BARRIO

**46**

Línea de Tiempo:  
PASIÓN Y CONSOLIDACIÓN  
DEL TALENTO COSTARRICENSE  
(1890-2026)

**50**

Capítulo 4:  
LOS CIMIENTOS Y LOS GIGANTES

**58**

Capítulo 5:  
EL DÍA QUE DETUVIMOS EL TIEMPO

**70**

Capítulo 6:  
LA RESACA DE LA GLORIA

**80** Postales de Nuestra Memoria:  
ARQUITECTOS DE LA  
IDENTIDAD COSTARRICENSE  
(1890-1989)

**84** Capítulo 7:  
LOS ARQUETIPOS DEL ÉXITO

**96** Capítulo 8:  
LA IDENTIDAD DE LOS CAMPEONES

**106** Capítulo 9:  
EL ECOSISTEMA MODERNO

**116** Postales de Nuestra Memoria:  
ARQUITECTOS DE LA  
IDENTIDAD COSTARRICENSE  
(1990-2005)

**120** Capítulo 10:  
LA REVOLUCIÓN INEVITABLE

**132** Capítulo 11:  
EL SALTO CUANTICO

**140** Capítulo 12:  
DE LA IDEA A LA EJECUCIÓN

**152** Postales de Nuestra Memoria:  
ARQUITECTOS DE LA  
IDENTIDAD COSTARRICENSE  
(2006-2026)

**156** Capítulo 13:  
EL COSTO DE NO CAMBIAR





*Entender a Costa Rica requiere, a veces, alejarse por un instante de los indicadores económicos convencionales y de los discursos institucionales para observar aquello que nos moviliza de forma visceral. Esta presentación no es un preámbulo técnico sobre táctica deportiva, sino una invitación abierta a mirar el fútbol no como un simple entretenimiento de fin de semana, sino como el lienzo dinámico donde proyectamos nuestras mayores virtudes, nuestros anhelos de grandeza y, de manera inevitable, las fracturas organizativas que arrastramos como sociedad.*

## PRESENTACIÓN

### *El Fútbol como Mapa de Nuestras Posibilidades Colectivas*

A lo largo de nuestra historia, el entorno local ha demostrado una capacidad asombrosa para competir al más alto nivel y mirar de frente a las potencias del planeta. Sin embargo, el verdadero dilema que enfrentamos no se encuentra en la falta de condiciones para alcanzar la cima, sino en la enorme dificultad cultural para permanecer en ella. Esta obra nace de esa inquietud profunda y propone una transición mental e institucional indispensable: el desafío urgente de pasar de los momentos a los procesos, de la ilusión al método, y del talento individual a la organización estructurada.

Nuestra identidad futbolística se moldeó originalmente en la espontaneidad de la calle y en la alegría de la improvisación. Esa esencia nos otorgó una frescura única y un estilo reconocible, pero al mismo tiempo nos heredó una trampa silenciosa: la costumbre de confiar ciegamente en la ráfaga de genialidad antes que en la solidez de una estructura permanente. Cuando el éxito depende únicamente del destello de una generación excepcional, el resultado inevitable es la irregularidad.

Un hito brillante es capaz de emocionar a todo un país, pero solo un sistema coherente tiene el poder real de transformar su realidad.

Bajo esta premisa, los capítulos que componen este volumen trazan una ruta clara que va desde el diagnóstico honesto de nuestras carencias hasta el diseño de un modelo-país con visión de futuro. La tesis es directa y aplicable a cualquier ámbito del desarrollo nacional: una nación pequeña está llamada a competir mejor cuando aprende a organizarse con excelencia. El fútbol es, en esencia, una poderosa escuela de vida que nos enseña a convivir, a respetar la disciplina y a entender que el beneficio colectivo siempre debe colocarse por encima de las individualidades.

Al adentrarse en estas páginas, el lector no encontrará un manual de nostalgia sobre las glorias pasadas, sino una estrategia para edificar las victorias del mañana. No se trata de copiar fórmulas ajenas, sino de asimilar las mejores metodologías del mundo para potenciar lo nuestro con sello propio. Al final del camino, la conclusión es compartida por la cancha y por el destino de la república: la diferencia real entre la intención y la realidad se reduce a una sola palabra, y esa palabra es la ejecución.





*“El fútbol es el teatro donde se escenifica el alma de un pueblo. Si el teatro está en ruinas, el alma no tiene dónde proyectar su grandeza. Pero si reconstruimos los cimientos, no hay límite para lo que podemos soñar”.*

*Jorge Woodbridge González*

## Capítulo 1

# UN ESPEJO QUE NO MIENTE

“EL TALENTO SIN DISCIPLINA  
NO COMPITE”

JORGE LUIS PINTO,  
DIRECTOR TÉCNICO SELECCIÓN NACIONAL DE COSTA RICA  
(COPA MUNDIAL DE LA FIFA BRASIL 2014)

Hay pocos lugares en el mundo donde una sociedad entera se revela sin artificios, sin filtros y sin las máscaras diplomáticas que solemos utilizar en nuestro día a día. Una cancha de fútbol es uno de esos raros y sagrados espacios. Cuando el árbitro hace sonar el silbato y el balón comienza a rodar sobre el césped, las jerarquías impuestas se desvanecen. En ese rectángulo de juego no importan los discursos grandilocuentes, las promesas vacías ni las intenciones que no se respaldan con acciones. En el terreno de juego, la única verdad absoluta que prevalece es el trabajo previo; importa únicamente lo que se ha preparado con rigor, o bien, queda dolorosamente expuesto lo que se ha dejado a la suerte de la improvisación.



Durante décadas, he observado este fenómeno no solo como un apasionado del deporte, sino como alguien que ha intentado descifrar la arquitectura de nuestras instituciones y el comportamiento de nuestra sociedad. En ese espacio delimitado por líneas blancas, Costa Rica ha vivido de manera constante una verdad doble que nos define profundamente como nación. Por un lado, hemos demostrado con una claridad innegable que, cuando nos lo proponemos, tenemos la capacidad, el coraje y la calidad para competir de igual a igual con cualquier gigante del mundo. Hemos mirado a los ojos a potencias históricas y les hemos arrebatado la victoria con un aplomo que asombra al planeta entero. Sin embargo, la otra cara de esa moneda es nuestra gran cuenta pendiente: no hemos logrado sostener ese nivel de excelencia en el tiempo.

Nuestra historia está llena de gestas heroicas que nos llenan de un orgullo inmenso, pero el verdadero desafío del siglo XXI es comprender que la grandeza no se mide por la capacidad de dar un golpe sobre la mesa una vez cada diez años, sino por la disciplina de mantenerse sentado en esa mesa todos los días.

Es imperativo que tengamos la madurez para hacer un diagnóstico honesto de esta realidad. Esa brecha evidente que existe entre tener el poder para competir y tener la capacidad de permanecer en la élite no es una deficiencia deportiva. Nuestros atletas no

carecen de las condiciones físicas, técnicas o tácticas para brillar en los escenarios más exigentes. El problema es mucho más profundo: es una brecha puramente cultural. Como sociedad, nos hemos enamorado de la épica del momento, del heroísmo de la última hora y de la salvación milagrosa. Hemos cultivado una narrativa donde el talento silvestre y la inspiración repentina parecen tener más valor que la planificación meticulosa y silenciosa.

Esta mentalidad, aunque nos ha regalado alegrías inenarrables, es un techo de cristal que nos impide evolucionar. Cuando confiamos el destino de un partido —o el destino de un país— exclusivamente a la inspiración de un grupo de individuos extraordinarios, estamos renunciando al control de nuestro propio futuro.

El talento es el punto de partida, el recurso natural con el que nacemos, pero la mentalidad es la fábrica que procesa ese recurso y lo convierte en un producto de calidad mundial de forma ininterrumpida.

## EL FÚTBOL ES MENTALIDAD ANTES QUE TALENTO.



PAULO CÉSAR WANCHOPE WATSON,  
EX FUTBOLISTA Y ENTRENADOR COSTARRICENSE

Si observamos con detenimiento a las naciones que dominan el panorama global, descubriremos que han entendido una lección fundamental que nosotros aún estamos procesando. Han comprendido que depender exclusivamente de la magia es un modelo de gestión sumamente frágil. La verdadera fortaleza radica en construir cimientos tan sólidos que, incluso en los días donde la inspiración no aparece, el andamiaje estructural sea capaz de sostener el rendimiento del equipo.

Este libro propone algo que, en su esencia, suena simple, pero que en la práctica resulta ser el desafío más exigente al que nos hemos enfrentado como colectividad. Nos exige un cambio de paradigma radical: debemos tener la valentía de pasar de los momentos aislados a los procesos sostenidos. Implica renunciar a la comodidad de la ilusión pasajera para abrazar la rigurosidad del método. Significa, en última instancia, dar el salto definitivo desde la dependencia del talento individual hacia la fortaleza inquebrantable de la organización colectiva.

Comprender esta transición es el primer paso para reescribir nuestra historia. No podemos seguir conformándonos con ser el equipo simpático que de vez en cuando sorprende al mundo para luego desaparecer del mapa competitivo. Tenemos los recursos humanos, la pasión y la inteligencia para ser mucho más que una anécdota en los libros de historia del deporte internacional. Pero para lograrlo, debemos mirarnos en ese espejo que no miente y aceptar que nuestra evolución no dependerá de encontrar a un nuevo salvador en la cancha, sino de construir un ecosistema que garantice que nuestro éxito sea la consecuencia lógica de nuestro trabajo, y no una simple casualidad del destino.

Para materializar esta transición y construir ese ecosistema, es indispensable comprender de dónde venimos y cómo hemos gestionado históricamente nuestro patrimonio más valioso: la pasión inagotable de nuestra gente. El fútbol costarricense nació en la tierra, cobró vida en la calle y se fortaleció en la improvisación y en la alegría pura del juego. Esa espontaneidad innegable construyó nuestra identidad deportiva y social a lo largo del siglo pasado. Nos otorgó una malicia positiva, una capacidad de asombro y una resiliencia particular para enfrentar la adversidad. Sin embargo, esa misma historia nos dejó una herencia que hoy debemos cuestionar profundamente: la costumbre de confiar más en el talento crudo que en la estructura organizativa.

Los grandes clubes de nuestra historia canalizaron esa energía popular y la convirtieron en instituciones de respeto. Pero si somos verdaderamente críticos, debemos admitir que el salto hacia un sistema nacional coherente quedó incompleto. El talento, por más extraordinario que sea, es intermitente cuando no está cobijado por un sistema. Aparece en ráfagas deslumbrantes que nos llenan de esperanza, pero se desvanece sin dejar una continuidad palpable. Es aquí donde la visión de país debe entrar en juego. No podemos permitirnos que el futuro de nuestras generaciones dependa de la suerte de que nazca, de manera fortuita, un grupo de jóvenes iluminados cada cierto tiempo.

Para romper este ciclo de irregularidad, la convicción interna debe ser absoluta.

Pero esa creencia no puede ser un acto de fe ciega; debe ser la certeza que proviene de saber que estamos haciendo las cosas bien todos los días, desde las bases hasta la élite.

La trampa del talento radica en creer que la genialidad nos exime del esfuerzo planificado. Cuando



## CREER ES EL PRIMER PASO PARA GANAR.

**ALEXANDRE GUIMARÃES**  
EX FUTBOLISTA Y  
DIRECTOR TÉCNICO COSTARRICENSE

el talento natural se topa con la disciplina estructurada de las grandes potencias, la ilusión suele estrellarse contra la realidad. Un sistema no apaga la creatividad; al contrario, le da los cimientos para que pueda brillar sin el miedo a desmoronarse.

Comprender la diferencia entre talento y sistema es vital para el reto del siglo XXI. Un sistema no es una idea abstracta, no es un concepto reservado para las aulas universitarias o los foros económicos. Un sistema es una secuencia coherente, lógica e innegociable: detectar, formar, competir, medir y mejorar. Y el secreto de su éxito es que debe ser repetida en el tiempo con una paciencia casi artesanal. Sin sistema, hay improvisación constante; con sistema, hay sostenibilidad a largo plazo.

En nuestro entorno, el problema nunca ha sido la materia prima. Nuestros jóvenes nacen con el balón atado a los pies y con una capacidad de resiliencia envidiable. Lo que nos detiene es la falta de un engranaje que ordene esa capacidad. Sufrimos de una formación desigual a lo largo del territorio, de una escasa continuidad en los proyectos, de una evaluación limitada que no nos permite corregir a tiempo, y de una peligrosa tendencia a tomar decisiones pensando únicamente en el corto plazo. El resultado de esta ecuación es tristemente predecible: la irregularidad.

Esta inconstancia tiene consecuencias que trascienden las estadísticas deportivas. Cuando no decidimos cambiar y organizar nuestra casa, estamos asumiendo un costo altísimo como sociedad. No solo se pierden partidos; se pierde talento, se pierden trayectorias completas de jóvenes que no encontraron el apoyo necesario, y se pierden años valiosos de desarrollo nacional. Como he reflexionado en innumerables ocasiones, el costo más alto de nuestra falta de planificación es invisible a los ojos: es todo aquello que pudo ser y no fue.

Para revertir esto, debemos entender que la organización es el nivelador universal. En un mundo globalizado, un país pequeño compite mejor cuando está mejor organizado. Tenemos la capacidad de edificar historias que desafíen toda lógica demográfica y geográfica.



Estas palabras de Keylor no son un mero lema motivacional, sino la evidencia viva de que cuando la ambición se acompaña de una ética de trabajo implacable y una mentalidad a prueba de balas, las fronteras desaparecen.

## LOS SUEÑOS NO TIENEN TAMAÑO.

|| KEYLOR NAVAS, GUARDAMETA HISTÓRICO,  
SELECCIÓN NACIONAL DE COSTA RICA

Nos encontramos ante dos únicos caminos: seguir dependiendo del milagro del talento espontáneo, o asumir la responsabilidad de construir un sistema duradero. En esta encrucijada histórica, no hay punto medio posible.

Si observamos este panorama como un reflejo de nuestra identidad nacional, descubrimos que el fútbol nos plantea el mismo desafío que la educación, la economía o la gestión de nuestros recursos naturales. La diferencia fundamental entre la buena intención y la realidad palpable es la ejecución. Podemos redactar los planes más brillantes y pronunciar los discursos más inspiradores, pero si no establecemos estándares obligatorios, si no medimos nuestros resultados para mejorar y si no corregimos nuestros errores para sostener el crecimiento, seguiremos atrapados en la nostalgia de nuestras victorias pasadas.

El espejo no miente, y hoy nos muestra un país que está listo para dar el siguiente paso. Nos exige madurar, nos exige dejar atrás la improvisación romántica de nuestros orígenes y nos demanda asumir el control de nuestro proceso. Porque, al final de la jornada, el fútbol es un reto pendiente, pero también es una ventana de oportunidad histórica incomparable. Y los países que realmente entienden sus oportunidades y las estructuran con rigor, son los únicos capaces de transformar su propio destino.



## Capítulo 2

# LA MEMORIA DE LA TIERRA

“REPRESENTAR AL PAÍS  
ES UNA RESPONSABILIDAD,  
NO UN PRIVILEGIO”

BRYAN RUIZ,  
EX- CAPITÁN, SELECCIÓN NACIONAL DE COSTA RICA

En estos días, mientras el mundo entero respira la fiebre anticipada del Mundial y nuestras calles vuelven a teñirse con los colores de la esperanza, resulta un ejercicio vital detenernos a mirar por el retrovisor de nuestra historia. La pasión que hoy nos desborda frente a un televisor o en las gradas de un estadio no es un accidente moderno; es el eco de un romance que lleva más de un siglo escribiéndose en nuestro suelo. Para comprender la magnitud del reto que tenemos por delante, debemos dejar de hablar en abstracto y sumergirnos en el barro original donde se gestó nuestra identidad. Debemos recordar a aquellos pioneros que, sin saberlo, fundaron la religión cívica más grande de nuestra nación.



El fútbol no es originario de nuestras tierras, pero ningún otro invento extranjero ha sido asimilado, modificado y adueñado con tanta ferocidad por el alma costarricense. A finales del siglo XIX, este deporte desembarcó en el Valle Central oculto en los equipajes de estudiantes que regresaban de Europa y de comerciantes ingleses que buscaban establecerse en el trópico. En sus inicios, era una excentricidad practicada por unos pocos en terrenos baldíos, con pesados balones de cuero que tenían cordones rústicos. Sin embargo, la magia de este juego radica en su implacable democratización. Rápidamente, el balón saltó de los enclaves europeos para rodar por los potreros, las plazas de las iglesias y las calles de tierra de nuestros barrios incipientes.

Fue en ese preciso instante de apropiación popular donde nació verdaderamente el fútbol costarricense. En esa espontaneidad callejera se construyó nuestra identidad. El costarricense, históricamente caracterizado por su ingenio y su aversión al conflicto frontal, encontró en la cancha el escenario perfecto para su rebeldía. Aprendimos a jugar desde la picardía, desde el regate indescifrable y desde la alegría absoluta.

Antes de que existieran las tácticas sofisticadas o las pizarras de los entrenadores, nuestra táctica era la supervivencia en la plaza pública. El fútbol tico nació como un acto de atrevimiento, una danza donde el jugador más pequeño demostraba que, con inteligencia y técnica, podía derribar al rival más imponente.

Conforme la pasión se desbordaba, surgió la necesidad ineludible de organizarnos, marcando un hito que cambiaría para siempre la vida cívica del país. El año 1921 quedó grabado en piedra con la fundación de la primera liga oficial, un esfuerzo monumental para darle forma a lo que ya era un clamor popular

imparable. Apenas unos años después, en 1927, se institucionalizó este esfuerzo con la creación de la Federación Costarricense de Fútbol. Fue en este crisol de las primeras décadas del siglo XX donde nacieron los gigantes que hoy dominan nuestro imaginario colectivo: el Club Sport Herediano, la Liga Deportiva Alajuelense y, tiempo después, el Deportivo Saprissa. Estos equipos no nacieron como corporaciones financieras, nacieron como la representación pura del orgullo barrial y provincial.

Y con las instituciones, nacieron los héroes. Figuras mitológicas que demostraron que nuestra calidad no era una ilusión óptica del trópico, sino una realidad de clase mundial. Resulta imposible hablar de nuestra historia sin que la memoria evoque a Alejandro Morera Soto, el inmortal “Mago del Balón”. Un costarricense que en la década de 1930 cruzó el Atlántico para vestir la camiseta del FC Barcelona, deslumbrando a Europa con una técnica que había pulido en las plazas de Alajuela. Como solía recordar el propio Morera Soto al hablar de sus años en el viejo continente, el talento de nuestra tierra nunca tuvo motivos para sentirse inferior ante ninguna potencia, porque la técnica de nuestro jugador nacía de una libertad creativa inigualable.

A la par de él, figuras como José Rafael “Fello” Meza, un verdadero artista de la gramilla que paralizaba a las defensas rivales con una elegancia que parecía coreografiada. Ellos, junto a cientos de pioneros de clubes históricos como el Club Sport La Libertad o la Gimnástica Española, cimentaron una verdad irrefutable: la materia prima de Costa Rica siempre fue oro puro. Sus hazañas en aquellos estadios de tabloncillos de madera, bajo aguaceros torrenciales y rodeados por multitudes que abarrotaban las orillas de la cancha, nos inyectaron una convicción que todavía hoy corre por nuestras venas.

Nuestros primeros ídolos no contaban con centros de alto rendimiento ni nutricionistas, pero tenían un hambre de gloria feroz. Ellos fueron la prueba viviente de que el talento genético de nuestro país es de élite mundial; nos enseñaron a no bajar la mirada ante nadie.



ALEJANDRO MORERA SOTO,  
EL INMORTAL “MAGO DEL BALÓN”

Esta ebullición de talento crudo y genialidad silvestre nos llevó a una era de oro a nivel regional. Entre las décadas de 1950 y 1989, Costa Rica se erigió como el dominador indiscutible del área. Épocas gloriosas como la de los "Chaparritos de Oro" en los Campeonatos Panamericanos y Centroamericanos forjaron la leyenda de una selección que jugaba de memoria, que tocaba el balón con una precisión de relojero y que doblegaba a sus vecinos con una autoridad incuestionable. Desde nuestros orígenes, el deporte fue una pasión de las masas, pero también funcionó como una estricta disciplina social que nos unía bajo una misma bandera.

Sin embargo, en el análisis sereno de nuestra trayectoria, debemos observar cómo los grandes triunfos a veces cultivan semillas peligrosas. Ese dominio que ejercimos sobre Centroamérica durante la mitad del siglo XX nos envolvió en una zona de confort.

Nosotros nos comportamos bajo las reglas de nuestra propia comodidad regional; ganábamos apelando exclusivamente a nuestra herencia técnica y a esa aventura de la que hablaba César Luis Menotti, quien destacó siempre como un defensor acérrimo del juego ofensivo, estético y de posesión. Pero nos olvidamos de construir el orden. Éramos competitivos en nuestro vecindario inmediato, pero nos faltaba desarrollar la mentalidad global y la maquinaria sistémica para dar el salto definitivo hacia los Mundiales.

Celebramos la magia de nuestros jugadores, y con justa razón, pero los grandes clubes canalizaron esa energía popular sin lograr completar el salto hacia un sistema nacional verdaderamente integrado y científico. Nos enamoramos tanto de la historia romántica de nuestros héroes de la calle que comenzamos a desconfiar de las estructuras de largo plazo.



Nuestra historia es hermosa y debe ser honrada con reverencia, pero la mayor lección que nos dejan nuestros pioneros es que el talento, por sí solo, es un recurso agotable. Aquellos héroes nos dieron una identidad y una pasión irrenunciable; ahora, en este siglo, nos corresponde a nosotros blindar esa herencia con un método que la haga indestructible.

Esta es la memoria viva de nuestra tierra. Un relato de atrevimiento, de jugadas imposibles y de hombres que hicieron temblar las canchas con zapatos remendados. Recordar la grandeza de dónde venimos es el combustible emocional que

necesitamos hoy. Con la fiebre mundialista a nuestras puertas, recuperar esa mística ganadora de Morera Soto o Fello Meza no significa volver al pasado, sino inyectarle esa misma sangre caliente a los procesos modernos que tanto nos urgen. Porque una nación que olvida a los arquitectos de su pasión, es incapaz de diseñar el edificio de su futuro.

Esa herencia mágica, esa memoria de la tierra que forjaron nuestros primeros ídolos, nos entregó un tesoro invaluable, pero también nos dejó una deuda silenciosa que el tiempo se encargaría de cobrarnos. Cuando el fútbol dejó de ser un simple enfrentamiento de orgullos vecinales y se transformó en una industria global de precisión milimétrica, nuestra espontaneidad chocó de frente contra una pared de concreto. Descubrimos, con el dolor que solo un verdadero aficionado conoce, que en el escenario mundial la magia tiene fecha de caducidad si no está respaldada por el rigor.

Cualquier fiebre del fútbol que haya llorado una eliminación en los últimos minutos de un partido crucial sabe de lo que hablo. No perdemos porque nos falte corazón; nuestros jugadores dejan el alma en cada centímetro del césped. Perdemos porque la genética y la inspiración no bastan cuando el rival ha pasado la última década mecanizando sus movimientos, estudiando la nutrición de sus atletas desde la infancia y calculando los recorridos tácticos con frialdad matemática. Esa es la verdadera dimensión de la herencia que dejamos incompleta: confiamos tanto en la bendición de nuestro talento natural que nos olvidamos de construir el sistema que debía protegerlo.

Es aquí donde caemos de lleno en lo que debemos bautizar como la “trampa del talento”. El talento es una condición indispensable, la chispa divina sin la cual el fuego nunca enciende. Tenemos jugadores que acarician el balón con una



**EL TALENTO  
NO LO ES TODO.  
EL ESFUERZO,  
LA DISCIPLINA  
Y EL TRABAJO  
DIARIO SON  
FUNDAMENTALES.**

▮ CARLES PUYOL, DEFENSA  
Y CAMPEÓN DEL MUNDO,  
SELECCIÓN DE ESPAÑA Y FC BARCELONA

La pasión desbordada del aficionado costarricense es nuestro recurso energético más grande, pero la pasión por sí sola no defiende un tiro de esquina en el minuto noventa. El corazón empuja, pero es la estructura la que sostiene.

sensibilidad envidiable, capaces de inventar una jugada de fantasía en una baldosa. Pero sin un sistema integral que los cobije, ese talento es dolorosamente intermitente. Aparece en ráfagas que nos hacen saltar del asiento, destellos de genialidad que levantan a estadios enteros, para luego desvanecerse sin ninguna continuidad cuando los pulmones no dan más o la táctica rival nos asfixia.

Para dominar en el mundo real, debemos escuchar a quienes han construido sus legados sobre la base del sacrificio, más que de la inspiración divina.

Esa es la declaración de guerra que necesitamos en Costa Rica. Hemos tenido a nuestros propios “Romários” en las plazas públicas, pero nos ha faltado multiplicar la ética de trabajo incansable, silenciosa y estructurada que transforma a un buen jugador en una leyenda de hierro.

Nuestros grandes clubes históricos, como la Liga Deportiva Alajuelense y el Deportivo Saprissa, intentaron canalizar esa energía vibrante durante décadas. Construyeron estadios que son auténticos templos de nuestra cultura popular, recintos donde la gramilla vibra con los cánticos de miles

de gargantas. Sin embargo, en la historia grande del desarrollo país, el salto hacia un sistema nacional verdaderamente coherente, articulado desde las bases hasta la cima, quedó incompleto.

Nos enfocamos en el domingo de campeonato, en la urgencia de ganar el clásico nacional a cualquier costo, y descuidamos el lunes de formación. Dejamos a la deriva a miles de niños en zonas rurales y costeras que tienen la misma magia en los pies que el “Mago” Morera Soto, pero que jamás contarán con un visor que los descubra, un nutricionista que los fortalezca, ni un director técnico certificado que les enseñe a leer las geometrías del juego.

La trampa del talento nos ha convertido en sobrevivientes de lujo. Sobrevivimos gracias a la aparición esporádica de generaciones doradas, pero un país que aspira a la grandeza no puede vivir rezando para que la naturaleza le regale un milagro cada veinte años.

En términos de país, ese antídoto contra la improvisación, ese “trabajo” del que hablan los campeones, se llama organización. Y organizar el fútbol en Costa Rica no significa apagar la chispa del jugador; no significa convertirlos en máquinas sin alma. Se trata de todo lo contrario. Significa tomar a ese muchacho atrevido, a esa joya en bruto que juega descalzo en la arena de nuestras playas, y entregarle las herramientas tácticas, físicas y psicológicas para que su talento sea invulnerable ante cualquier potencia europea o sudamericana.

La historia de los mundiales está escrita por equipos que entendieron esta fusión. No se trata de renunciar a nuestra identidad, sino de profesionalizarla. Muchos estrategas de élite comprenden que los procesos no pueden ser prisioneros de la histeria inmediata.

Paráfraseando la filosofía que siempre ha defendido Marcelo Bielsa, Director Técnico, Selecciones de Argentina y Chile, entre otros, la verdadera tragedia del deporte moderno es que exige resultados instantáneos y se convierte en una máquina de destruir la paciencia que requieren los procesos reales. Y nosotros, empujados por una exigencia mediática feroz y la impaciencia de la grada, hemos sido expertos en

dinamitar nuestros propios procesos al primer tropiezo.

No podemos seguir cortando cabezas cada vez que un resultado no nos favorece, sin detenernos a revisar si los cimientos de la casa estaban podridos desde el inicio. Si queremos honrar verdaderamente esa pasión inagotable que colapsa nuestras calles cada vez que juega la Selección, debemos exigir a nuestros dirigentes, a nuestros clubes y al Estado mismo, que el fútbol sea tratado como una política de desarrollo, no como una ruleta de casino.

Dar el salto definitivo exige un pacto de madurez. La pasión nos hace saltar a la cancha, pero es el método, la ciencia y la gobernanza sólida lo único que nos permitirá dar la vuelta olímpica. Es hora de blindar nuestra alegría con disciplina.

El siglo XXI no perdona la improvisación. El reto que tenemos por delante es monumental, pero la recompensa es la trascendencia pura. Dejar atrás la trampa del talento y abrazar la organización es el mayor acto de amor y respeto que podemos ofrecerle al deporte que nos define. Porque cuando un país alinea su talento natural con un propósito común y una estructura indestructible, deja de simplemente competir para empezar a escribir su nombre en la eternidad.



### Capítulo 3

# EL LATIDO DEL BARRIO

“TODO LO QUE SÉ CON MAYOR  
CERTEZA SOBRE LA MORAL  
Y LAS OBLIGACIONES DE LOS  
HOMBRES, SE LO DEBO AL  
FÚTBOL”

ALBERT CAMUS, EX PORTERO DEL RACING UNIVERSITAIRE D'ALGER  
Y PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Para medir el verdadero pulso de nuestro país, a veces es necesario apagar los reflectores de los grandes estadios, alejarnos del ruido mediático de las finales de campeonato y caminar hacia las periferias. Imaginemos por un instante la escena en cualquiera de nuestras comunidades costeras al caer la tarde. Mientras el sol comienza a ocultarse sobre el Pacífico o el Caribe, tiñendo el cielo de tonos rojizos, un grupo de jóvenes descalzos dibuja los límites de un campo de juego en la arena húmeda. El sonido rítmico del mar chocando contra la costa se mezcla con los gritos estratégicos, el golpe seco del balón y las risas. En estos espacios, que a simple vista podrían parecer simples zonas de recreación, se levanta la institución educativa más democrática, accesible y transformadora que poseemos como sociedad.



Para esos jóvenes, hijos de pescadores y de familias que a diario enfrentan los desafíos económicos de las zonas periféricas, ese rectángulo imaginario en la arena no es solo un pasatiempo: es el único ecosistema donde se sienten verdaderamente invencibles. Es allí donde el fútbol deja de ser un juego para convertirse en un rito de pertenencia.

Cuando observamos a un grupo de niños persiguiendo un balón gastado bajo el sol abrasador del trópico, solemos reducir el análisis a la pureza del juego. Sin embargo, lo que realmente presenciamos es un laboratorio social en plena ebullición. El fútbol enseña sin discursos. No requiere de un aula cerrada, de un pizarrón o de un libro de texto para impartir su cátedra; su pedagogía es física, inmediata y visceral. En el lapso exacto de noventa minutos, en medio de la fatiga, el roce y la competencia, se aprenden lecciones fundamentales que durarán años y que moldearán el carácter de esos jóvenes para el resto de sus vidas.

Adentrémonos en esa aula sin paredes. Piensen en un niño que, por primera vez, se pone una camiseta que lo identifica como parte de un colectivo. En ese instante, el individualismo que suele reinar en la infancia debe ceder su lugar a algo mayor. En la cancha, ese niño descubre rápidamente que su velocidad o su regate no sirven de nada si no confía en el compañero que corre a su lado para recibir el pase. Aprende de cooperación no porque alguien se lo dicte en una charla teórica, sino porque la dinámica misma del juego lo empuja a entender que la victoria es un esfuerzo mancomunado. El delantero estrella descubre que su brillo depende del sacrificio anónimo del defensa que recupera la pelota en el área propia.

La gramilla es un decodificador brutal de la realidad. En un país donde la desigualdad a menudo levanta muros invisibles entre los ciudadanos, el balón actúa como un mazo que los derriba. En la cancha, el código postal pierde su valor; el único lenguaje válido es el del mérito, el esfuerzo y la solidaridad.

Esa dinámica interna también es una maestra inclemente sobre el respeto. Se aprende a respetar la autoridad, representada en la figura del árbitro, incluso cuando sus decisiones nos parecen profundamente injustas.

Se aprende a respetar al rival, comprendiendo que sin él, nuestro propio esfuerzo carecería de sentido. Pero quizás la lección más dolorosa y valiosa de todas es la resiliencia. En el fútbol, como en la existencia misma, se pierde mucho más de lo que se gana. Un joven que falla un penal decisivo en el último minuto de una final de barrio experimenta una frustración devastadora. Siente el peso del mundo sobre sus hombros, las rodillas raspadas por la tierra y el silencio de sus compañeros.

Sin embargo, ese mismo joven debe levantarse al día siguiente, amarrarse los botines y volver a entrenar.

Obliga a convivir con personas que piensan distinto, obliga a decidir bajo una presión sofocante en fracciones de segundo y, sobre todo, obliga a asumir las consecuencias de nuestros propios errores frente al grupo. Por lo tanto, un niño que atraviesa esta escuela formativa no solo está aprendiendo a perfilar su cuerpo para recibir un pase; en el fondo, ese niño está aprendiendo a vivir.



**EL TALENTO  
TE ABRE LAS  
PUERTAS,  
PERO ES LA  
DISCIPLINA  
LA QUE  
DECIDE SI TE  
QUEDAS  
ADENTRO**

**|| SHIRLEY CRUZ, HISTÓRICA CAPITANA DE LA SELECCIÓN NACIONAL DE COSTA RICA Y MÚLTIPLE CAMPEONA EN EUROPA**

Esta es la razón por la cual no podemos seguir viendo el desarrollo deportivo de nuestras comunidades como una simple actividad de tiempo libre o un rubro secundario en los presupuestos municipales. Cuando subestimamos el impacto formativo del balón, estamos desperdiciando la herramienta de intervención social más efectiva que tenemos a nuestra disposición. El tejido de nuestra sociedad se tensa y se desgarr constantemente por las presiones de la inseguridad, la falta de oportunidades y la exclusión.

Ante este panorama, cada cancha organizada que logramos instaurar funciona como un escudo protector para nuestra juventud.

Si extendemos nuestra mirada y analizamos el impacto del fútbol más allá de la cancha, nos daremos cuenta de que su onda expansiva toca los pilares fundamentales del Estado. No estamos hablando de un pasatiempo; estamos hablando de una estructura que, bien canalizada, salva vidas. En términos de salud pública, promueve el movimiento constante, el desarrollo psicomotriz y un bienestar integral que combate de frente las epidemias modernas del sedentarismo y la apatía.

Pero es en el plano de la educación y el tejido social donde ocurre el verdadero milagro. Un equipo de fútbol barrial instala hábitos que ninguna campaña publicitaria puede lograr con la misma eficacia. Al exigirle a un adolescente que llegue a entrenar a las seis de la mañana, le estamos enseñando la puntualidad. Al obligarlo a cuidar su alimentación para rendir el domingo, le estamos inyectando amor propio. Le estamos otorgando un propósito tangible por el cual levantarse cada día.

En la sociedad contemporánea, el sentido de pertenencia es una necesidad humana que, si no se llena con propósitos positivos, rápidamente es secuestrada por las calles.

Esa pertenencia que otorga defender los colores de un club de barrio es el antídoto más directo contra las pandillas y el crimen organizado. Un barrio que cuenta con un sistema de fútbol organizado es un barrio con un índice dramáticamente menor de riesgo social.

La matemática social es implacable y hermosa a la vez: un joven con disciplina deportiva es un joven con más opciones en la vida. Cuando le entregamos un uniforme y le exigimos rendimiento, le estamos diciendo que creemos en él, que su esfuerzo vale la pena y que su futuro no está escrito por las carencias de su presente.

Es imperativo que nuestros líderes políticos, empresariales y comunitarios graben esta premisa en piedra: invertir en las ligas menores, mejorar las

canchas de nuestros cantones y certificar a los formadores que trabajan con nuestra niñez no es un gasto. Es la política de prevención más barata y efectiva que existe; es formación cívica pura y es la argamasa que genera cohesión en comunidades fracturadas. Cada colón invertido en un balón, en unos tacos de fútbol o en el salario de un entrenador de ligas menores, nos ahorra millones en medidas correctivas que llegan cuando ya es demasiado tarde.

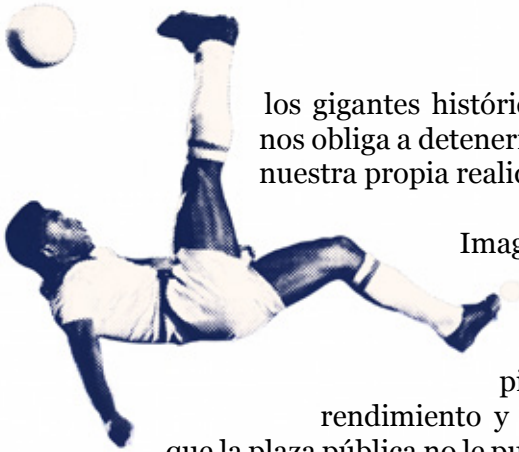
Hemos desnudado nuestras raíces callejeras, hemos honrado a los pioneros que encendieron la llama de nuestra pasión y hemos comprobado que, más allá de los trofeos, el fútbol es el latido vital de nuestra sociedad. Sabemos quiénes somos y reconocemos el inmenso poder transformador que tenemos en nuestras manos. La mesa está servida y el diagnóstico es claro.

Ahora, la adrenalina debe empezar a subir. Es el momento de dejar atrás la radiografía íntima de nuestros barrios para enfrentarnos a la inmensidad de la historia y del mundo. Como en los pasillos de un estadio justo antes de salir al césped para jugar el partido más importante de nuestras vidas, el eco de nuestra propia hinchada nos empuja hacia adelante.

Nuestra identidad está forjada a fuego, pero el talento silvestre ya cumplió su ciclo histórico. El silbato está a punto de sonar para la segunda mitad de nuestra evolución. Vamos a abrir las páginas de la historia, a mirar de frente a los campeones del mundo y a descifrar, de una vez por todas, cómo se construye la inmortalidad.

La pasión es el motor, pero ha llegado la hora de encender la maquinaria de la razón. El partido apenas comienza y el balón ya está rodando. Es momento de observar cómo lo hacen los gigantes, no para imitarlos con sumisión, sino para desafiarlos con nuestras propias reglas.

Cruzar ese túnel hacia la grandeza global y salir a la gramilla iluminada de los mundiales nos exige llevar con nosotros la memoria viva de nuestras periferias. No podemos sentarnos en la mesa de los campeones si dejamos a nuestros niños olvidados en la arena. La adrenalina de enfrentarnos a



los gigantes históricos a menudo nos embriaga, pero la lucidez nos obliga a detenernos en una aduana dolorosa: el diagnóstico de nuestra propia realidad institucional.

Imaginemos qué ocurre con ese mismo joven de la playa o del barrio marginal cuando el talento silvestre ya no es suficiente. ¿Qué pasa cuando cumple quince años, sus piernas exigen un desarrollo físico de alto rendimiento y su mente necesita una comprensión táctica que la plaza pública no le puede brindar? Es en ese preciso instante donde el milagro social del fútbol colisiona trágicamente contra nuestro gran vacío estructural. Descubrimos, con un nudo en la garganta, que el problema fundamental de nuestro país nunca ha sido el talento. Lo que nos detiene, lo que nos corta las alas justo antes de emprender el vuelo definitivo, es la falta de un sistema que ordene, potencie y proteja esa materia prima.

**EL ÉXITO NO ES  
UN ACCIDENTE. ES  
TRABAJO DURO,  
PERSEVERANCIA,  
APRENDIZAJE,  
SACRIFICIO Y, SOBRE  
TODO, AMOR POR LO  
QUE HACES.**

” EDSON ARANTES DO NASCIMENTO (PELÉ),  
TRICAMPEÓN DEL MUNDO, SELECCIÓN DE  
BRASIL

Esa perseverancia sistémica de la que hablaba el Rey Pelé es nuestro talón de Aquiles. A lo largo y ancho de nuestras provincias, el fútbol base sobrevive como un archipiélago de buenas intenciones desconectadas entre sí. Padecemos de una formación profundamente

desigual. Mientras en algunos centros urbanos los jóvenes gozan de canchas óptimas y visores capacitados, a pocos kilómetros de distancia tenemos academias improvisadas que luchan por conseguir un par de balones. Esta disparidad territorial, sumada a la escasa continuidad de los procesos formativos y a una evaluación sumamente limitada, crea un embudo donde miles de promesas se pierden en el anonimato.

Nuestras instituciones deportivas y políticas han caído recurrentemente en el vicio de tomar decisiones de corto plazo, priorizando el aplauso inmediato del fin de semana sobre el silencio estratégico del desarrollo a una década plazo. Cuando la estructura nacional opera bajo estos parámetros de urgencia e improvisación, el resultado en nuestras canchas y en nuestras selecciones es matemática pura, fría y predecible: la irregularidad constante.

La verdadera tragedia de nuestra desorganización no ocurre bajo los reflectores de la Primera División, sino en el silencio absoluto de las canchas rurales. Por cada jugador extraordinario que logra romper la barrera del sistema y triunfar en Europa, existe una legión de talentos idénticos que se marchitaron esperando una oportunidad que nunca llegó.

No tomar la decisión radical de transformar este ecosistema tiene un costo gravísimo para la nación. Y es un costo que no se cobra en las cuentas bancarias de las federaciones, sino en el alma misma del país. Se pierde talento que pudo habernos dado glorias internacionales, se pierden trayectorias vitales que habrían inspirado a miles, y se pierden años de desarrollo que nuestros rivales en el mundo sí están aprovechando. Como sociedad, debemos entender que el costo más alto de no cambiar es, trágicamente, invisible: es todo aquello que pudimos ser como potencia deportiva y que simplemente no fuimos por falta de orden.

Para revertir este diagnóstico y hacer que el latido del barrio resuene en los estadios del mundo, debemos profesionalizar la docencia deportiva. Los encargados de moldear a nuestra niñez no pueden ser únicamente voluntarios llenos de pasión; deben ser educadores certificados, respaldados por una política de Estado y de la Federación.

Esa es la visión integral que nos urge. Si logramos articular un sistema donde el niño aprenda los valores humanos en la plaza, pero luego ingrese a una maquinaria que cuide su nutrición, su psicología y su lectura táctica con estándares de primer mundo, Costa Rica se volverá un rival indomable. Porque unimos el fuego del trópico con el hielo de la ciencia.

Dar el salto hacia la élite global no nos pide que renunciemos a nuestra identidad, nos exige que la profesionalicemos. Debemos tomar el ingenio indomable del jugador costarricense y blindarlo con una armadura táctica y física que lo haga invulnerable ante cualquier gigante del planeta.

Estamos a las puertas de un cambio de paradigma. Hemos sobrevivido durante un siglo cabalgando sobre el lomo de nuestro talento natural, pero el siglo XXI no tiene piedad con la improvisación. La historia nos ha demostrado que cuando este país alinea su pasión desbordada con un poco de rigor táctico, ocurren milagros que sacuden el orden mundial. Lo hemos vivido, lo hemos llorado de alegría y lo hemos gritado hasta quedarnos sin voz.

El fútbol nos ofrece la metáfora perfecta para reconstruir nuestra patria. Si logramos ordenar la casa desde sus cimientos más humildes, si le damos a cada niño las herramientas para que su esfuerzo valga la pena, dejaremos de soñar con ganar un partido aislado para empezar a planificar cómo conquistar la historia.

Con esta convicción latiendo fuerte en el pecho, y sabiendo exactamente qué es lo que nos duele y qué es lo que nos salva, estamos listos para pisar el césped de la historia grande. Vamos a abrir el baúl de nuestros recuerdos más dorados para entender, con lupa de cirujano, qué fue exactamente lo que hicimos bien cuando pusimos al mundo de rodillas. El pitazo inicial suena ahora.

Es el momento de diseccionar nuestra gloria.



# PASION Y CO DEL TALENTO C

## 1890

### EL DESEMBARCO DEL BALÓN

El fútbol llega a Costa Rica, traído en los equipajes de estudiantes y comerciantes europeos. Lo que comenzó como una excentricidad de inmigrantes rápidamente se volvió una pasión incontrolable en el Valle Central. Las calles y las plazas se convirtieron en las primeras escuelas tácticas, moldeando una identidad forjada en alegría pura.

## 1921-1927

### INSTITUCIONALIDAD DEL DEPORTE

Se funda la primera liga oficial (1921) y posteriormente la Federación Costarricense de Fútbol (1927). El deporte deja de ser un pasatiempo recreativo para convertirse en una disciplina social organizada que unifica a las provincias y consolida los clubes centenarios.

## 1956

### LOS CHAPARRITOS DE ORO

Durante el Campeonato Panamericano en México, el equipo nacional se consagra legendarmente como los "Chaparritos de Oro". El mundo se asombra ante un fútbol de técnica depurada, consolidando un estilo propio que priorizaba el pase y la inteligencia sobre la fuerza bruta.

## 1960 - 1979

### EXPANSIÓN DEL ECOSISTEMA

El fútbol se profesionaliza y se extiende por todas las provincias. La liga local crece y surgen los grandes estadios. Es una era de giras internacionales y roce global que permitió al talento de las costas y zonas rurales emerger como fuerza nacional.

# CONSOLIDACION COSTARRICENSE

## 1930-1940

### EL MAGO QUE CRUZÓ EL ATLÁNTICO



Alejandro Morera Soto, el "Mago del Balón", es fichado por el FC Barcelona. Su éxito demuestra que el talento costarricense, nacido en plazas de tierra, tiene calidad de élite mundial, rompiendo el techo de cristal de nuestra autoestima deportiva.

## 1940-1949

### EL CIMIENTO REGIONAL



Costa Rica comienza a imponerse en los torneos del Campeonato Centroamericano y del Caribe (CCCF). Esta década marca el nacimiento de nuestra superioridad táctica en el área, demostrando que el país era un terreno fértil para el fútbol organizado.

## 1980 - 1989

### LA GESTACIÓN DEL HÉROE



Una década marcada por la preparación minuciosa. Se profesionaliza la visión de las selecciones menores y se empieza a trabajar con una planificación que construiría la columna vertebral de la generación dorada.

## 1990

### ITALIA '90: EL MILAGRO DE LA CONVICCIÓN



Costa Rica debuta en su primera Copa del Mundo (Italia 90). Las victorias ante Escocia y Suecia transforman el tejido social, convirtiendo a la Selección en un proyecto de identidad nacional unificado.

# PASION Y CO DEL TALENTO C

## 1991 - 2001

LA  
MADURACIÓN

Periodo de transición y aprendizaje donde el país busca cerrar la brecha con las potencias. Se entiende que la experiencia internacional y la competitividad constante son los únicos caminos para dejar de ser una sorpresa y convertirse en un actor recurrente.



## 2002

LA HABITUACIÓN  
MUNDIALISTA

El regreso a la Copa del Mundo en Corea-Japón confirma que la clasificación no es un accidente, sino un estándar mínimo. Se consolida el hábito de competir en el escenario global.



## 2018 - 2021

RESILIENCIA  
Y CAMBIO

Un periodo de desgaste natural post-Brasil y renovación generacional. Se profesionaliza la estructura de la liga femenina y se pone a prueba la capacidad del sistema para adaptarse a la evolución táctica global.



## 2022

LA REMONTADA  
ÉPICA

Tras un inicio de eliminatoria complejo, la Selección protagoniza una remontada histórica en la segunda vuelta y asegura su presencia en Qatar, probando que el espíritu de lucha sigue siendo un activo, aunque insuficiente sin base estructural.



# CONSOLIDACION COSTARRICENSE

## 2014

### LA MARATÓN DE LA INMORTALIDAD

En el "Grupo de la Muerte" (Brasil), Costa Rica protagoniza su gesta más grande al alcanzar cuartos de final. Fue una exhibición de jerarquía, resiliencia y orden táctico perfecto contra tres campeones mundiales.



## 2015 - 2017

### NUEVAS FRONTERAS

La Selección Femenina debuta en el Mundial de Canadá (2015), marcó un hito sin precedentes para el balompié costarricense, siendo la primera vez que el país asistía a una justa mundialista en la categoría mayor femenina. Costa Rica sella el boleto a Rusia, reafirmando el carácter del futbolista tico.



## 2023 - 2025

### LA EVALUACIÓN DE REALIDAD

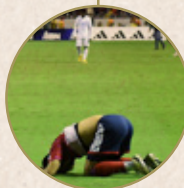
La participación en Copa América y otros torneos expone una brecha física y táctica preocupante. El fútbol nacional reconoce que ha llegado a un techo técnico y administrativo, disparando la necesidad urgente de una reforma.



## 2026

### EL PUNTO DE INFLEXIÓN

El fracaso clasificatorio se asume como el catalizador definitivo para un cambio de paradigma. Se inicia la implementación de una visión gerencial científica, marcando el inicio de nuestra refundación.



## Capítulo 4

# LOS CIMIENTOS Y LOS GIGANTES

“NINGÚN JUGADOR ES TAN  
BUENO COMO TODOS JUNTOS”

ALFREDO DI STÉFANO,  
EX-JUGADOR Y DIRECTOR TÉCNICO, LEYENDA DEL REAL MADRID CF.

Para comprender la magnitud del fenómeno social que envuelve a nuestro país cada vez que un balón rueda sobre el césped, es estrictamente necesario hacer un viaje en el tiempo. Debemos retroceder a una época donde las carreteras pavimentadas eran una rareza, donde el telégrafo marcaba el ritmo de las noticias y donde el café dictaba los destinos económicos de la nación. A finales del siglo XIX, Costa Rica era un país que apenas comenzaba a asomarse a la modernidad global. Fue precisamente en ese contexto de transformación, en los baúles de estudiantes que regresaban de Europa y en el equipaje de comerciantes ingleses, donde llegó la semilla de la pasión que hoy nos define.



Aquel objeto extraño de cuero pesado, cosido a mano y con cordones rústicos, no fue recibido con indiferencia. Rápidamente, el fútbol abandonó los círculos exclusivos de los inmigrantes europeos y echó raíces profundas en el corazón del Valle Central. Es fascinante analizar cómo un deporte concebido en las frías islas británicas encontró su hábitat natural en el calor de nuestro trópico. Las explanadas de La Sabana en San José y las plazas de tierra de Alajuela y Heredia se convirtieron en los primeros laboratorios de nuestra identidad. Allí, entre el polvo levantado por los botines de cuero y las miradas curiosas de los transeúntes, nuestros abuelos comenzaron a decodificar un juego que exigía tanto ingenio físico como valentía mental.

En aquellos primeros años, la práctica deportiva era un acto de pura rebeldía y espontaneidad. Se jugaba por el honor del barrio, apostando el orgullo en cada disputa territorial. Sin embargo, la historia de las grandes naciones nos enseña que la pasión desbordada, si no se canaliza, corre el riesgo de extinguirse. Entendimos, con una madurez cívica asombrosa para la época, que debíamos organizar nuestra devoción. Fue así como el año 1921 se erigió como un hito fundacional inquebrantable: se fundó la primera liga oficial de nuestro país.

Ese acto administrativo, que podría parecer un simple trámite burocrático, fue en realidad la primera gran declaración de principios de nuestro fútbol. Decidimos dejar atrás la informalidad de la plaza para abrazar la estructura de la competición regular. Apenas unos años más tarde, la necesidad de unificar criterios, establecer reglamentos y mirar hacia el horizonte internacional decantó en la creación de la Federación Costarricense de Fútbol en el año 1927.

La fundación de nuestra liga oficial en 1921 y de la Federación en 1927 representó el primer triunfo del método sobre la improvisación. Comprendimos que para proteger la pureza del juego, necesitábamos construirle una casa con leyes claras, cimientos sólidos y visión de futuro.

Fue en este crisol de organización temprana donde nacieron los gigantes que hoy dominan nuestro imaginario colectivo. Instituciones que trascendieron el ámbito meramente deportivo para convertirse en verdaderos pilares

de la sociedad costarricense. Vimos nacer y consolidar a colosos como el Club Sport Herediano, la Liga Deportiva Alajuelense y el Deportivo Saprissa. Estos clubes no fueron creados por juntas directivas encerradas en torres de cristal; fueron forjados por zapateros, sastres, estudiantes y obreros que invirtieron sus escasos ahorros para comprar uniformes de manta y balones.



Cada uno de estos clubes representó una idiosincrasia particular. Se convirtieron en el reflejo de sus provincias y de sus barrios, absorbiendo la personalidad de su gente. Al fortalecer estas instituciones, nació también la rivalidad interna, los clásicos nacionales que paralizaban a las ciudades enteras. Pero esta rivalidad no era destructiva; era un motor de superación constante. El crecimiento de un club obligaba irremediabilmente al otro a mejorar sus instalaciones, a buscar mejores talentos y a perfeccionar sus tácticas.

Nuestros abuelos, de manera instintiva, aplicaron este principio. Entendieron que desde el inicio, el fútbol no podía ser tratado exclusivamente como una pasión popular y festiva, sino que debía ser, por encima de todo, una disciplina social. Una escuela donde se forjaba el carácter, la lealtad y el sentido de pertenencia.

**EL TRABAJO DE  
UN EQUIPO DEBE  
SER SIEMPRE EL  
DE CONSTRUIR  
UNA BASE SÓLIDA;  
DE OTRA FORMA,  
EL ÉXITO SERÁ  
SIEMPRE TEMPORAL.**

” SIR ALEX FERGUSON, EX DIRECTOR TÉCNICO  
HISTÓRICO DEL MANCHESTER UNITED Y  
MÚLTIPLE CAMPEÓN EUROPEO

Durante las décadas siguientes, esa estructura incipiente comenzó a dar frutos a nivel internacional, permitiéndonos vivir una era de consolidación y crecimiento sostenido entre 1950 y 1989. Costa Rica se transformó en el dominador absoluto de la región. Nuestras participaciones en los Juegos

Centroamericanos y del Caribe se convirtieron en cátedras de técnica y buen juego. Equipos conformados por leyendas como José Rafael “Fello” Meza y Alejandro Morera Soto deslumbraban a propios y extraños, demostrando que en el trópico se jugaba con una cadencia y una precisión que no tenía nada que envidiarle a las potencias del continente.

Nuestros clubes históricos no nacieron como proyectos financieros, nacieron como embajadas del orgullo popular. En sus escudos se depositó la esperanza de comunidades enteras, y en sus victorias se forjó la autoestima de un país que empezaba a descubrir su grandeza.

Éramos competitivos en el vecindario. Cada trofeo regional levantado reforzaba la idea de que nuestro talento era especial y de que el fútbol era nuestro lenguaje más elocuente. Empezamos a realizar los primeros intentos serios de clasificar a un Mundial, enfrentándonos a realidades más complejas y rivales más estructurados. Sin embargo, la lectura analítica de este periodo nos obliga a reconocer nuestras propias limitaciones.

Dominar Centroamérica nos dio gloria, pero también nos acomodó en una peligrosa zona de confort. Nos faltó esa autoexigencia extrema. El fútbol era sumamente competitivo regionalmente, gozábamos del respeto de nuestros vecinos y nuestras vitrinas se llenaban de copas, pero nos faltaba desarrollar la mentalidad global necesaria para romper las fronteras de nuestra propia geografía.

La hegemonía regional durante la mitad del siglo XX fue nuestra época dorada, pero también nuestro mayor espejismo. Nos acostumbramos a ganar con la magia de nuestros botines, retrasando la urgencia de industrializar nuestros procesos para competir en el escenario global. Estos son nuestros cimientos. Esta es la madera de la que estamos hechos. Instituciones nacidas del esfuerzo popular, clásicos que encienden la sangre y una historia de superioridad regional innegable. Pero el verdadero reto de una nación que aspira a la trascendencia no es dominar su patio trasero, sino atreverse a cruzar el océano. El reloj de la historia nos estaba exigiendo dar el salto más doloroso y necesario de todos: dejar de ser los reyes de Centroamérica para convertirnos en retadores del mundo entero.

Ese salto hacia lo desconocido, esa transición dolorosa entre ser los monarcas de Centroamérica y convertirnos en contendientes del mundo, nos costó décadas de frustraciones, lágrimas y un profundo aprendizaje. Durante los años sesenta y setenta, nuestra afición llenaba los estadios de madera y cemento con la ilusión intacta de clasificar a una Copa del Mundo. Teníamos generaciones de futbolistas extraordinarios, nombres que recitábamos de memoria en las calles y que deslumbraban con su técnica depurada. Sin embargo, cada ciclo eliminatorio terminaba convirtiéndose en un muro insuperable. Chocábamos repetidamente contra la rudeza física, la organización táctica y la frialdad de rivales que ya habían entendido que el fútbol moderno requería mucho más que simples malabares con el balón.

Nuestra paradoja era fascinante y a la vez desgarradora. Éramos capaces de protagonizar gestas románticas que alimentaban el alma popular. Es imposible olvidar, por ejemplo, la época de los legendarios “Chaparritos de Oro” en el Campeonato Panamericano de 1956 en México. Aquel equipo patrio, de estatura física inferior a sus gigantescos rivales sudamericanos, deslumbró al continente con un juego de pases cortos, paredes vertiginosas y una elegancia que arrancó aplausos en escenarios ajenos. Fuimos la revelación, demostrando que nuestro fútbol era competitivo regionalmente y poseía una belleza estética indiscutible. Pero los torneos cortos y las exhibiciones no requieren la misma maquinaria sistémica que una eliminatoria mundialista, y allí era donde nuestra falta de mentalidad global nos pasaba una factura carísima.

En su momento, Edson Arantes do Nascimento (Pelé), tricampeón del mundo con la Selección de Brasil, destacó tras sus históricas visitas al antiguo Estadio Nacional con el Santos F.C. que el futbolista costarricense poseía una riqueza técnica natural capaz de asombrar a los visitantes. El “Rey del Fútbol” afirmaba que el talento local no tenía nada que envidiarle al de las potencias sudamericanas; no obstante, advirtió que el verdadero reto para el país sería trasladar esa brillantez individual hacia el rigor competitivo de los torneos oficiales internacionales. Sus palabras, vistas en retrospectiva, eran un diagnóstico perfecto. Sabíamos jugar al fútbol, pero aún no sabíamos competir en las trincheras del mundo.

Nuestra historia entre los años sesenta y setenta fue la de un país atrapado en su propio romanticismo. Teníamos a los artistas, teníamos el lienzo y teníamos la pasión, pero nos faltaba la ingeniería táctica para sostener la obra maestra frente a las tormentas de las eliminatorias internacionales.

Fue necesario que llegara la década de los ochenta para que el país experimentara un verdadero terremoto psicológico. Aquella década, marcada por tensiones geopolíticas en la región centroamericana y por profundas transformaciones sociales en Costa Rica, fue también el escenario de nuestro despertar competitivo. La clasificación a los Juegos Olímpicos de Moscú 1980 fue el primer aviso de que algo estaba cambiando en nuestro ADN deportivo, pero fue en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984 donde la historia se partió en dos.

El 2 de agosto de 1984, en el inmenso estadio Rose Bowl de Pasadena, California, nuestra Selección Nacional saltó al campo para enfrentarse a la poderosa Italia. Aquella escuadra italiana contaba con jugadores profesionales de la talla de Walter Zenga, Franco Baresi y Aldo Serena; eran gigantes europeos que representaban a la liga más poderosa y rica del planeta en aquel entonces. Frente a ellos, un grupo de costarricenses que, si bien poseían un talento infinito, provenían de un torneo local con limitaciones estructurales profundas. Lo que ocurrió aquella tarde desafió toda lógica matemática y estadística: con un orden defensivo estoico y un contragolpe fulminante que culminó con un derechazo al ángulo, Costa Rica venció a Italia un gol por cero.

Haciendo eco de la perspectiva de Enrique Rivers, Ex Jugador de la Selección Nacional y autor de aquel mítico gol en Los Ángeles, esa victoria monumental trascendió lo puramente deportivo para convertirse en una ruptura mental para el país; nos demostró de forma empírica que, cuando combinamos nuestro atrevimiento natural con el orden táctico, la camiseta tricolor no tenía por qué achicarse ante ninguna potencia mundial, sin importar los nombres o el presupuesto del rival.

El triunfo en Los Ángeles 1984 no fue solo un milagro olímpico, fue la primera gran inyección de autoestima global para nuestra sociedad.

Aquel gol nos sacó del letargo centroamericano y nos susurró al oído una verdad peligrosa y hermosa: estábamos listos para las grandes ligas.

Ese partido histórico fue el puente definitivo entre nuestros cimientos y nuestra consagración. La década de los ochenta cerró sus puertas habiéndonos enseñado la lección más valiosa de nuestro primer siglo de existencia deportiva: el talento es nuestra herencia sagrada, pero el orden es nuestra única garantía de supervivencia. Los dirigentes, los clubes y, sobre todo, los jugadores, comenzaron a entender que la picardía del barrio debía fusionarse inexorablemente con la disciplina física y táctica.

Los grandes clubes del país empezaron a mirar más allá de nuestras fronteras, buscando roce internacional, contratando estrategias que trajeran nuevas metodologías y exigiendo un mayor grado de profesionalismo a sus planillas. La afición misma dejó de conformarse con el campeonato local y empezó a exigir la presencia de nuestra bandera en el escenario supremo. La presión mediática, el anhelo popular y la madurez de una generación dorada de jugadores se alinearon como nunca antes en nuestra historia.

Para 1989, el fútbol costarricense ya no era aquel deporte de exhibición romántica que había nacido en los potreros. Se había convertido en un proyecto país, en una obsesión nacional que golpeaba desesperadamente las puertas del mundo exigiendo que lo dejaran entrar.

Así cerramos el primer gran siglo de nuestra memoria. Con la frente en alto, honrando a los abuelos que cosieron los primeros balones de cuero, a los pioneros que fundaron nuestras instituciones centenarias y a los héroes olímpicos que nos enseñaron que los gigantes también sangran. Estábamos a punto de entrar en la década de los noventa, la época donde la historia dejaría de ser un relato de intentos heroicos para convertirse, finalmente, en una explosión de realidad. El día de detener el tiempo estaba a punto de llegar.



ENRIQUE RIVERS

## Capítulo 5

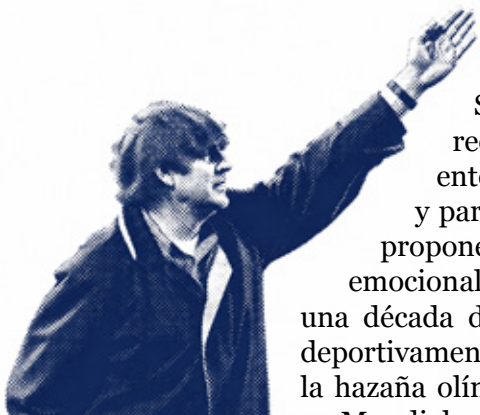
# EL DÍA QUE DETUVIMOS EL TIEMPO

“EN EL FÚTBOL MODERNO,  
EL TALENTO SIN DISCIPLINA,  
TÁCTICA Y RIGOR FÍSICO ES UN  
LUJO QUE NINGUNA NACIÓN  
PUEDE PERMITIRSE”

CARLOS ALBERTO PARREIRA,  
DIRECTOR TÉCNICO CAMPEÓN DEL MUNDO (SELECCIÓN DE BRASIL, 1994)

Existen fechas en el calendario que dejan de pertenecer a la cronología ordinaria para convertirse en cicatrices doradas en la memoria de un país. Son momentos precisos en los que el tiempo, tal como lo conocemos, parece suspenderse. Las diferencias ideológicas, las fronteras invisibles de la desigualdad social y las eternas disputas políticas se desvanecen en el aire, reemplazadas por un latido colectivo unificado. Para Costa Rica, una nación históricamente pacífica, desprovista de ejército y alejada de los grandes conflictos bélicos del siglo XX, la Copa Mundial de la FIFA siempre había sido un banquete ajeno. Observábamos la grandeza de las potencias globales desde la periferia, como invitados de piedra a una fiesta a la que sentíamos que no teníamos el derecho legítimo de asistir.





Sin embargo, el verano europeo de 1990 reescribió nuestra genética nacional. Para entender la magnitud de lo que ocurrió en Italia, y para extraer las lecciones sistémicas que este libro propone, es estrictamente necesario reconstruir el clima emocional e institucional de aquella época. Veníamos de una década de los ochenta convulsa a nivel regional, pero deportivamente habíamos dado señales de un despertar con la hazaña olímpica en Los Ángeles. No obstante, clasificar a un Mundial mayor representaba cruzar el Rubicón. Cuando en 1989 se consumó la anhelada clasificación, el país entero entró en un estado de incredulidad eufórica. Habíamos derribado el muro, pero la verdadera interrogante era aterradora:

¿Qué íbamos a hacer ahora que estábamos al otro lado?

La dirigencia de la época, en un acto de lucidez que debemos aplaudir y estudiar, comprendió que la improvisación callejera y el romanticismo de nuestra hegemonía centroamericana no iban a ser suficientes para sobrevivir en las trincheras de Europa. Se tomó una decisión estructural que cambiaría nuestro paradigma: la contratación del estratega serbio Velibor "Bora" Milutinović. La llegada de un técnico con experiencia mundialista, proveniente de una escuela táctica rigurosa y poseedor de una lectura psicológica excepcional, fue un choque cultural inmenso para nuestro balompié.

Los relatos de los entrenamientos previos a Italia 90 son el testimonio de un país aprendiendo a profesionalizarse a la fuerza. Nuestros jugadores, dueños de una técnica envidiable pero acostumbrados a un ritmo de juego caribeño y pausado, fueron sometidos a jornadas de preparación física extenuantes. Se les exigió un rigor táctico, una mecanización de movimientos y una disciplina táctica que rayaba en lo militar. Hubo fricciones, dudas y resistencia natural, pero finalmente, el grupo asimiló una lección que hoy debe ser el norte de nuestras ligas menores: el orden no es el enemigo del talento; el orden es el guardián que permite que el talento sobreviva.

La verdadera revolución de Italia 90 no comenzó cuando el árbitro pitó el inicio del primer partido, sino meses antes, en los campos de entrenamiento. Fue allí donde el futbolista costarricense aceptó sacrificar su individualismo histórico para someterse a la maquinaria implacable del sistema colectivo.

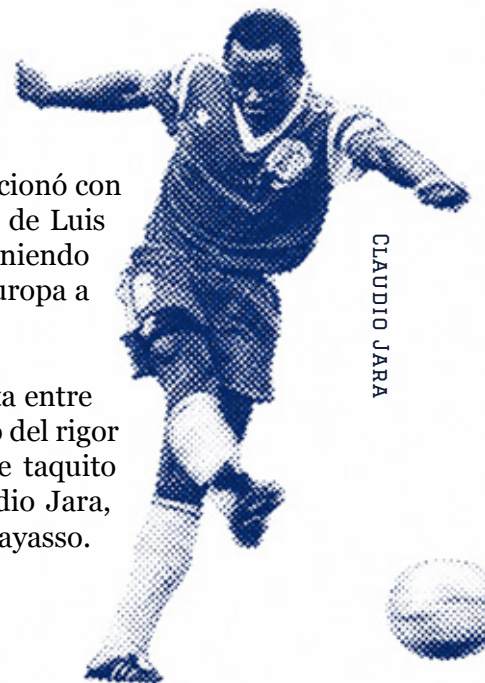
El sorteo mundialista nos había ubicado en el Grupo C, junto a tres potencias que representaban diferentes escuelas del fútbol global: el poderío físico de Escocia, la maestría inalcanzable de Brasil y la frialdad táctica de Suecia. Las agencias de noticias internacionales, los analistas de renombre y las casas de apuestas no nos daban el más mínimo margen de supervivencia. Éramos la Cenicienta del torneo, el equipo exótico del trópico destinado a recibir goleadas y regresar a casa rápidamente.

El 11 de junio de 1990, en la ciudad de Génova, el país entero se paralizó. Las calles de San José quedaron desiertas, los comercios cerraron sus puertas y millones de costarricenses se agruparon frente a televisores de tubo de rayos catódicos. Al escuchar las notas de nuestro Himno Nacional en el Estadio Luigi Ferraris, algo se rompió para siempre en nuestra psique. Estábamos allí, de pie frente a hombres que jugaban en las ligas más millonarias del planeta.

El partido contra Escocia fue una cátedra de aplicación táctica. Frente a la embestida física de los británicos, Costa Rica opuso un bloque defensivo impenetrable. La línea de fondo, liderada por la jerarquía serena de Róger Flores y el despliegue de Héctor Marchena, funcionó con la sincronía de un reloj suizo. Atrás, la figura colosal de Luis Gabelo Conejo comenzó a tejer su propia leyenda, deteniendo remates que parecían imposibles. Pero no fuimos a Europa a defendernos; fuimos a golpear.

A los 49 minutos de juego, ocurrió la alquimia perfecta entre el talento silvestre de nuestras plazas y el automatismo del rigor táctico. Una jugada colectiva majestuosa: un pase de taquito genial, instintivo y puramente costarricense de Claudio Jara, encontró la carrera planificada e inteligente de Juan Cayasso.

El sorteo mundialista nos había ubicado en el Grupo C, junto a tres potencias que representaban diferentes escuelas del fútbol global: el poderío físico de Escocia, la maestría inalcanzable de Brasil y la frialdad táctica de Suecia. Las



Con un toque sutil ante la salida del arquero escocés, el balón cruzó la línea de gol.

Como lo ha parafraseado en múltiples ocasiones el propio Juan Cayasso al recordar ese instante: aquel toque de pierna izquierda no fue solamente el primer gol de Costa Rica en la historia de los mundiales; fue el grito reprimido de un país entero que durante casi un siglo había soñado con existir en el mapa mundial. Aquel gol nos otorgó acta de nacimiento global. El triunfo por uno a cero sacudió al mundo del deporte y nos demostró, de la manera más visceral posible, que la organización táctica es el gran nivelador de las desigualdades económicas.

El segundo encuentro nos puso frente a frente con el gigante sudamericano: Brasil. Enfrentar a la selección tricampeona del mundo representaba jugar contra nuestros propios espejos, contra la escuela de la que siempre habíamos tomado inspiración. El resultado fue una derrota por la mínima diferencia (1-0), pero el análisis profundo de ese partido revela uno de nuestros mayores triunfos estructurales.

Durante noventa minutos, Costa Rica no se desordenó. No recurrió a la violencia frente a la frustración, ni perdió la compostura táctica. Mantuvimos el orden ante la mejor delantera del mundo, demostrando que nuestro equipo había alcanzado una madurez emocional que pocas veces habíamos exhibido. Esa derrota nos dio más credibilidad internacional que muchas victorias regionales del pasado.

Llegamos así al tercer partido, el 20 de junio de 1990, contra la selección de Suecia. Un duelo a vida o muerte por el pase a los octavos de final. Fue un encuentro agónico que puso a prueba la resiliencia de nuestro tejido social. Cuando el equipo europeo se adelantó en el marcador durante el primer tiempo, los fantasmas de nuestro histórico complejo de inferioridad amenazaron con aparecer. Parecía que el sueño había terminado y que volveríamos a nuestra realidad periférica.

JUAN CAYASSO



En el partido contra Suecia, Costa Rica demostró que su fortaleza ya no residía únicamente en los pies, sino en la mente. Ir perdiendo contra una potencia europea en un Mundial era la excusa perfecta para claudicar, pero aquella generación decidió rebelarse contra la historia.

Es en los momentos de crisis absoluta donde el verdadero liderazgo emerge. El capitán Róger Flores, enmendando un error propio, se levantó en el área rival y conectó un cabezazo certero para empatar el partido. La imagen

de Flores celebrando con rabia y convicción es la estampa viva de la resiliencia nacional. Pero el clímax absoluto estaba reservado para los minutos finales.

En un contragolpe fulminante, un joven y espigado delantero llamado Hernán Medford emprendió una carrera a toda velocidad por la banda izquierda. Esa carrera de Medford no fue solo una demostración de explosividad atlética; fue la carrera de un país entero dejando atrás décadas de anonimato. Su definición cruzada ante el arquero Thomas Ravelli se coló en el fondo de la red, decretando el dos a uno definitivo a nuestro favor.

Como se relata en la reconstrucción histórica de la época, Hernán Medford, con su desparpajo característico, demostró que la juventud costarricense, cuando está amparada por un sistema sólido y una confianza absoluta, es capaz de correr más rápido y golpear más fuerte que la historia misma. Ese segundo gol desató la locura nacional más grande de la que se tenga registro en nuestras calles. Fuentes ornamentales, rotondas y avenidas colapsaron en un mar humano de banderas.

Habíamos clasificado a los octavos de final. Habíamos superado a dos selecciones europeas. Nos habíamos ganado el derecho a ser vistos, respetados y temidos. Y aunque nuestra participación concluyó en la siguiente fase frente a la experimentada selección de Checoslovaquia, el objetivo supremo ya se había cumplido. Costa Rica dejó de ser el participante simpático para convertirse, ante los ojos atónitos de la FIFA y del planeta entero, en un competidor de alto calibre.

Este hito de Italia 90 no fue una ráfaga de suerte. Fue la demostración científica de que un país pequeño compite en igualdad de condiciones

cuando alinea su talento natural con la disciplina de grupo y una planificación estratégica coherente. Fue el instante preciso donde la teoría propuesta en este libro se hizo carne. Demostramos que cuando dejamos de depender de la inspiración individual y construimos un cuerpo colectivo organizado, los límites geográficos desaparecen.

El legado de Italia 90 no descansa en las vitrinas de un museo. Su verdadero valor es el de una advertencia luminosa: nos enseñó la fórmula del éxito. Nos dio el mapa del tesoro. Lo trágico y fascinante de nuestra historia es que, habiendo descubierto el mapa, pasamos las siguientes dos décadas olvidando cómo leerlo.

El regreso de los héroes a territorio nacional fue apoteósico. El país se sentía invencible. Sin embargo, en medio del júbilo ensordecedor y la lluvia de confeti, la semilla de nuestro gran reto pendiente ya estaba germinando. Pensamos, de manera ingenua, que la proeza de Italia nos garantizaría un lugar vitalicio en la élite mundial. Creímos que el impulso de esa inercia ganadora nos bastaría para clasificar automáticamente a los siguientes torneos.

Olvidamos la lección fundamental de la organización sistémica: un triunfo te consolida en la historia, pero solo un proceso estructurado desde las bases te mantiene en el futuro. La resaca de Italia 90 nos sumió en un largo periodo de irregularidad y desconcierto estructural. Tendrían que pasar veinticuatro largos años, atravesar dolorosas desilusiones y experimentar una profunda renovación de nuestro ADN competitivo, para que volviéramos a paralizar el mundo en las cálidas tierras de Brasil. Pero esa segunda epopeya, que confirmaría definitivamente la inmensidad de nuestro potencial y expondría de forma brutal las carencias de nuestra institucionalidad, es una historia que exige un análisis aún más meticuloso.

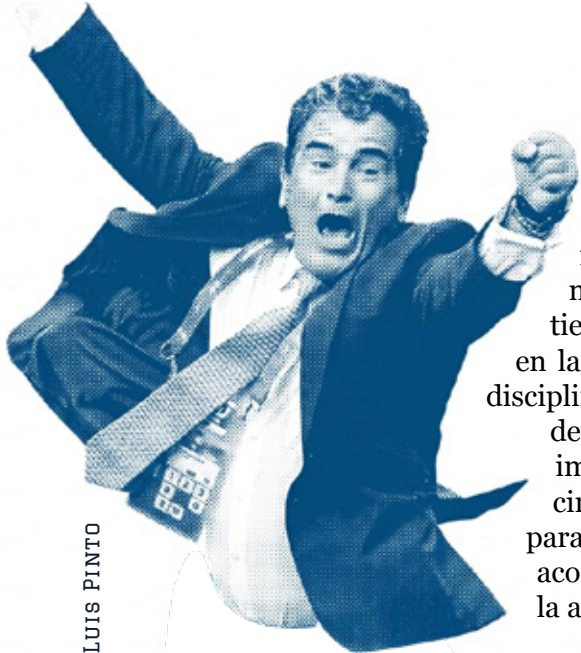
El espejo de Italia nos devolvió el reflejo de un país capaz de todo. Ahora, debemos adentrarnos en la selva de Brasil 2014 para entender cómo perfeccionamos la hazaña y cómo, inexplicablemente, volvimos a tropezar con la misma piedra de la falta de continuidad.

El verdadero reto del siglo XXI no es volver a sorprender al mundo; el reto es aprender, de una vez por todas, a quedarnos a vivir en la cima.

Si la odisea de Italia 90 representó el estallido glorioso de nuestra juventud futbolística y el descubrimiento de que podíamos existir en el mapa global, la Copa Mundial de la FIFA Brasil 2014 significó nuestra consagración absoluta y la graduación con honores en la máxima exigencia deportiva. Habían transcurrido veinticuatro años desde aquella epopeya en tierras europeas. Durante casi un cuarto de siglo, la historia de nuestra selección había sido un péndulo emocional, atrapado entre destellos de talento y vacíos organizativos. Retornar al escenario más importante del mundo en el país que inventó la alegría del juego, Brasil, ya era un triunfo en sí mismo. Sin embargo, el destino, con su ironía característica, parecía habernos preparado una emboscada histórica.

El sorteo mundialista celebrado en Costa do Saúpe paralizó el aliento de toda una nación. Las esferas plásticas dictaron una sentencia que la prensa global no tardó en bautizar con un morbo innegable: habíamos caído en el “Grupo de la Muerte”. Para cualquier otro país, compartir el sector con tres excampeones del mundo representaba una tragedia insuperable. Frente a nosotros se erguían la garra histórica y la jerarquía de Uruguay, la perfección táctica y defensiva de Italia, y los inventores históricos del juego, Inglaterra. Las casas de apuestas nos desahuciaron instantáneamente, los analistas internacionales pronosticaron goleadas humillantes y el consenso general del primer mundo era que Costa Rica viajaría a Sudamérica únicamente para cumplir con el trámite burocrático de ser el espectador de lujo en la fiesta de los gigantes.

Pero lo que aquellos algoritmos de probabilidad y los comentaristas extranjeros ignoraban por completo, era el profundo proceso de transformación interna que se estaba gestando en los campos de entrenamiento del Proyecto Gol. Bajo la dirección de un cuerpo técnico obsesionado con el rigor, el equipo nacional estaba asimilando una revolución estructural.



Haciendo eco de la filosofía que imperaba en aquel vestuario, el director técnico Jorge Luis Pinto mantenía una premisa innegociable frente a sus jugadores: el talento natural, por más deslumbrante que sea, no tiene la más mínima oportunidad de sobrevivir en la élite moderna si no está amparado por una disciplina táctica de hierro. Esta convicción chocaba de frente contra nuestra herencia histórica de improvisación. Se implementó un sistema de cinco defensores, una sincronía casi robótica para ejecutar la trampa del fuera de juego y un acondicionamiento físico diseñado para soportar la asfixia del clima brasileño.

Aquel equipo no viajó a Brasil para apelar a la suerte; viajó blindado por el método.

El 14 de junio de 2014, en el inmenso Estadio Castelão de Fortaleza, el país entero contuvo la respiración. El debut frente a la poderosa selección de Uruguay comenzó con los fantasmas de siempre acechando en la sombra. Un penal en contra durante el primer tiempo parecía confirmar las peores profecías de los pesimistas. El marcador adverso al descanso era la excusa perfecta para que nuestro tejido emocional colapsara. En cualquier otra época, el equipo se habría desmoronado ante el peso de la camiseta celeste. Pero este grupo estaba forjado con un material distinto.

En la segunda mitad, Costa Rica no solo compitió; convenció al mundo entero de su jerarquía. Con una ráfaga de fútbol total, orden defensivo inquebrantable y una claridad ofensiva deslumbrante, el equipo tricolor destrozó los esquemas sudamericanos. La explosividad de Joel Campbell para empatar el encuentro, el heroico remate de cabeza de Óscar Duarte cruzando el área, y la definición matemática de Marcos Ureña sellaron una victoria histórica frente a Uruguay. Aquella tarde, el rugido de la afición costarricense hizo temblar los cimientos de Sudamérica. Habíamos derribado al primer gigante, pero la verdadera prueba de fuego estaba por llegar.

La victoria inicial en Fortaleza fue un grito de guerra, pero el verdadero asombro mundial no provino del marcador, sino de la forma en que se consiguió. Costa Rica demostró una mentalidad de élite y una madurez táctica que nunca antes habíamos alcanzado. El mundo esperaba a la víctima propiciatoria y se encontró con una maquinaria de precisión implacable.

Apenas seis días después, bajo el calor sofocante de la Arena Pernambuco en Recife, el desafío adquiría proporciones mitológicas. Frente a nosotros estaba la Italia de Andrea Pirlo, un equipo diseñado milimétricamente para controlar el tiempo y el espacio.

Para este encuentro, el capitán del equipo, Bryan Ruiz, encarnó la máxima responsabilidad de su carrera, recordando con cada uno de sus movimientos en el césped que representar a la nación en esa justa no era un simple privilegio decorativo, sino la más alta obligación de honrar el escudo y la historia del país.

El encuentro fue una partida de ajedrez en su máxima expresión. La defensa costarricense ejecutó a la perfección la estrategia de achique, invalidando una y otra vez los ataques del letal Mario Balotelli. Y cuando el primer tiempo agonizaba, un centro de Junior Díaz desde la banda izquierda encontró la frente del capitán Ruiz. El balón golpeó el travesaño y cruzó la línea de gol, paralizando el corazón de Italia y el del planeta. El uno por cero definitivo nos otorgaba una victoria que desafiaba toda la lógica del fútbol moderno. Habíamos doblegado al segundo campeón del mundo y, con un posterior empate a cero frente a Inglaterra, sellábamos nuestra clasificación a los octavos de final liderando el Grupo de la Muerte de forma invicta.

La utopía se había convertido en estadísticas oficiales de la FIFA. El país estalló en un júbilo que desbordó rotondas, avenidas y parques en cada rincón del territorio nacional. Sin embargo, el torneo nos exigía una última prueba de fuego para medir la verdadera elasticidad de nuestro carácter.

El partido de octavos de final frente a Grecia se convirtió en un drama épico. Tras ponernos en ventaja, la expulsión de Óscar Duarte nos obligó a replegarnos y a soportar un asedio europeo durante gran parte del segundo tiempo y toda la prórroga. Fue en este escenario de sufrimiento extremo, con las piernas pesando toneladas y el oxígeno escaseando,

donde emergió la figura colosal de Keylor Navas.

El guardameta se convirtió en un muro inexpugnable, rechazando remates a quemarropa con reflejos que parecían desafiar las leyes de la biomecánica. Su liderazgo sereno irradió una sensación de invulnerabilidad a todo el equipo, simbolizando una verdad rotunda: el techo de nuestras capacidades era infinitamente más alto de lo que nosotros mismos habíamos creído durante décadas. Al llegar a la agonía de los penales, la frialdad y el método volvieron a imponerse. El cobro perfecto de Michael Umaña desató las lágrimas de millones. Estábamos, por primera vez en nuestra existencia, entre las ocho mejores naciones del planeta.

En los penales contra Grecia, Costa Rica no dependió de la suerte; dependió de la preparación científica, del análisis psicológico y de una resiliencia emocional absoluta. Cuando el talento natural se alinea con la disciplina inquebrantable, los milagros dejan de ser divinos y se convierten en el resultado lógico del esfuerzo humano.

El enfrentamiento de cuartos de final contra Países Bajos fue la clausura perfecta de nuestra hazaña. Un duelo táctico magistral donde sostuvimos el cero a cero durante 120 minutos frente a una maquinaria ofensiva arrolladora. Y aunque la tanda de penales dictó nuestra eliminación sin haber

perdido un solo partido en los noventa minutos reglamentarios, el equipo abandonó el estadio Fonte Nova en Salvador de Bahía con la frente en alto y el respeto unánime de la comunidad internacional.

El regreso a Costa Rica fue el recibimiento más grande que ha presenciado la historia patria. Millones de personas se lanzaron a las calles, formando un río humano de banderas que acompañó el autobús de los jugadores desde el aeropuerto hasta el centro de la capital. Éramos felices, éramos inmensos y nos sentíamos invencibles.

Pero detrás del confeti y las lágrimas de alegría, este libro nos obliga a hacer una pausa analítica crucial. Brasil 2014 no debe ser archivado en nuestra memoria colectiva únicamente como un recuerdo hermoso para sentirnos orgullosos. Como nos recuerda la dolorosa revisión crítica de las etapas posteriores a los grandes éxitos mundiales, lo que nos faltó después

de aquella epopeya fue tener la madurez organizativa para convertir todo ese inmenso aprendizaje táctico, metodológico y psicológico en una política sostenida a nivel nacional.

La verdadera enseñanza de Brasil 2014 no fue que podíamos ganarle a los campeones del mundo, sino que descubrimos exactamente la fórmula para hacerlo: planificación, disciplina y orden. Un hito aislado logra emocionar hasta las lágrimas a un país, pero solamente un proceso institucionalizado es capaz de transformar su historia para siempre.

Cerramos este capítulo mirando a los ojos a nuestra propia historia. Las hazañas de Italia 90 y Brasil 2014 son la prueba empírica, irrefutable y absoluta de que el futbolista costarricense posee una materia prima de clase mundial. Hemos demostrado que cuando le entregamos a nuestro talento las herramientas del método científico y la rigurosidad táctica, no existe un solo gigante en el planeta que pueda mirarnos por encima del hombro.

Pero la historia no perdona a quienes se duermen en los laureles de sus victorias pasadas. El diagnóstico está completo. Conocemos el abismo de nuestra desorganización y hemos tocado el cielo infinito de nuestras posibilidades. Ahora, es el momento de abrir el aula magna. Es la hora de viajar a las entrañas de las naciones que no se conforman con sorprender al mundo una vez por década, sino que han diseñado sistemas tan perfectos que ganar la Copa del Mundo se ha convertido en su costumbre.



## Capítulo 6

# LA RESACA DE LA GLORIA

**“LO VERDADERAMENTE DIFÍCIL  
EN EL DEPORTE, Y EN LA VIDA,  
ES NO CANSARSE DE GANAR  
Y TENER LA HUMILDAD PARA  
CONSTRUIR SOBRE LO LOGRADO”**

VICENTE DEL BOSQUE,  
DIRECTOR TÉCNICO CAMPEÓN DEL MUNDO (SELECCIÓN DE ESPAÑA, 2010)

Existe un silencio muy particular que desciende sobre las ciudades justo el día después de una gran celebración nacional. Cuando el confeti de las avenidas principales ha sido barrido, cuando las banderas que adornaban los vehículos se destiñen por el sol y cuando el último eco de la euforia mundialista se apaga, el país despierta de su letargo festivo y se enfrenta a la cruda luz de su propia realidad. Ese “día después” es, sociológicamente hablando, el momento más peligroso para una nación en vías de desarrollo. Es el instante preciso donde se decide si la hazaña que acabamos de vivir se convertirá en la piedra angular de un imperio duradero, o si simplemente pasará a decorar las paredes de nuestra nostalgia.



En Costa Rica, lamentablemente, hemos sido prisioneros de la segunda opción. El diagnóstico más doloroso de nuestra historia moderna no se encuentra en los partidos que perdimos en la cancha, sino en lo que dejamos de hacer en los despachos, en las academias y en los barrios una vez que los reflectores del mundo se apagaron. Si observamos con detenimiento el periodo posterior a nuestras dos epopeyas más grandes — Italia 1990 y Brasil 2014—, descubriremos un patrón de comportamiento institucional y cultural que sabotea nuestro propio progreso.

Después de la proeza en la península itálica, el país regresó embriagado de éxito. Creímos, con una ingenuidad casi infantil, que la inercia de haber derrotado a potencias europeas nos mantendría en la élite por inercia divina. Asumimos que el talento brotaría de nuestras tierras de manera automática para suplir a la generación saliente. Y en esa ilusión de perpetuidad, cometimos el pecado capital de la desorganización: no capitalizamos el momento de mayor credibilidad deportiva de nuestra historia para sentar bases inquebrantables. El resultado fue una caída estrepitosa hacia la irregularidad. Sufrimos la ausencia en el Mundial de 1994, tropezamos en 1998, y aunque la era moderna de los años 2000 nos trajo clasificaciones, estuvimos marcados por una alarmante falta de continuidad en los procesos formativos.

Nuestro mayor adversario nunca ha vestido la camiseta de una selección rival; nuestro mayor adversario ha sido siempre la resaca de nuestra propia gloria. Nos hemos acostumbrado a tratar los triunfos como destinos finales, cuando en realidad, la victoria en la alta competencia es solo el boleto de entrada a un nivel de exigencia aún más asfixiante.

El ciclo volvió a repetirse tras la monumental hazaña de Brasil 2014. Llegamos a cuartos de final invictos, con el mundo entero rindiéndose a nuestros pies. Poseíamos la atención global, el respeto de los gigantes, el aumento exponencial en la cotización de nuestros jugadores y, sobre todo, ingresos económicos sin precedentes para nuestra estructura federativa y de clubes. Era el escenario perfecto, el lienzo en blanco ideal para instaurar, de una vez por todas, el sistema definitivo.

Pero la alegría volvió a ser efímera. Lo que faltó, y lo que nos sigue faltando

como nación, fue la capacidad gerencial y la voluntad política para convertir ese aprendizaje en una política sostenida a nivel país. Un momento brillante en el Mundial emociona hasta las lágrimas a cinco millones de personas, pero solamente la estructuración de un proceso a largo plazo tiene el poder de transformar nuestra historia para siempre.

Para comprender esta parálisis del “día después”, debemos elevar el debate e introducir un concepto que suele incomodar pero que es absolutamente necesario para nuestro desarrollo: la madurez gerencial y la gobernanza de nuestras instituciones. El fútbol moderno dejó de ser un simple enfrentamiento de once contra once hace mucho tiempo; hoy es un ecosistema hipercomplejo donde compiten las infraestructuras, los modelos de negocio y la visión de los líderes de escritorio.



El “Maestro” Tabárez comprendió que sin una dirigencia alineada bajo un proyecto país, el jugador está a la deriva. Tras nuestros éxitos, en lugar de consolidar un proyecto nacional unificado, hemos sido testigos de una dirigencia a veces fragmentada, consumida por las rencillas de los torneos cortos y las disputas de poder local. Los problemas estructurales en nuestras ligas menores no se resolvieron mágicamente por haberle ganado a Italia o a Uruguay; por el contrario, quedaron expuestos.

Nos enfocamos en construir el techo del rascacielos para presumirlo ante el mundo, pero

**EL CAMINO ES LA RECOMPENSA. NO SE TRATA SOLO DEL RESULTADO DEL DOMINGO, SINO DE LA ESTRUCTURA INQUEBRANTABLE QUE LE DEJAMOS A LAS GENERACIONES QUE NOS VAN A SUCEDER.**

” ÓSCAR WASHINGTON TABÁREZ, HISTÓRICO DIRECTOR TÉCNICO, SELECCIÓN NACIONAL DE URUGUAY Y CAMPEÓN DE LA COPA AMÉRICA.

dejamos los cimientos hundiéndose en el lodo.

La raíz de esta desconexión radica en la cultura del cortoplacismo. Vivimos esclavizados por el resultado inmediato. Exigimos que un entrenador de divisiones menores gane el campeonato infantil del sábado, en lugar de exigirle que forme jóvenes integrales con fundamentos tácticos para la próxima década. Este “resultadismo” tóxico, alimentado muchas veces por la presión del entorno y la falta de visión gerencial, genera una constante falta de planificación a largo plazo.

Es imposible construir un imperio si cambiamos los planos arquitectónicos cada vez que llueve. La destitución apresurada de técnicos y el desmantelamiento de procesos ante el primer fracaso amistoso son los síntomas de una dirigencia que administra el pánico, no el futuro.

Si queremos inspirar a las nuevas generaciones a tomar las riendas de este país, debemos ser implacables en nuestra autocrítica. Las eliminaciones dolorosas, como la que vivimos posteriormente en torneos como Rusia 2018, y la pérdida de nuestra identidad táctica en los procesos recientes, no son la causa de nuestra crisis; son simplemente la consecuencia matemática de no haber estructurado nuestras ligas menores, de no haber licenciado adecuadamente nuestras academias y de no haber profesionalizado nuestro ecosistema deportivo.

El jugador es el artista de esta obra, pero los directivos, los medios y la afición somos el teatro que sostiene la función. No podemos exigir disciplina alemana en la cancha si operamos con improvisación local en los despachos.

Hemos amado el resultado, pero hemos menospreciado el modelo. El mayor fracaso de nuestra historia deportiva no ha sido perder partidos contra potencias económicas; perder es parte de la estadística humana. El fracaso que realmente debe dolernos en el alma cívica es no haber sabido sostener nuestro propio éxito cuando tuvimos todo a favor.

La resaca de la gloria nos ha enseñado que el talento te puede invitar a

la gran final, pero la ignorancia estructural siempre terminará sacándote del estadio por la puerta de atrás. Hemos deambulado por estas etapas posteriores a los mundiales como millonarios que ganaron la lotería pero que no saben cómo invertir su fortuna, condenados a volver a la pobreza una vez que se agota el premio.

Entendemos ahora que no basta con tener a once leones en el campo de juego, ni con tener a millones de gargantas apoyando desde la grada. Necesitamos cerebros fríos en la planificación, alianzas inquebrantables entre la empresa privada, el Estado y los clubes deportivos. Necesitamos desintoxicar nuestro entorno del miedo a perder el próximo domingo para poder enfocarnos en ganar la próxima década.

El Reto de Inspirar no es únicamente recordar lo grandes que fuimos ayer; inspirar es tener la valentía institucional de sentarse hoy a corregir nuestras fracturas. El verdadero reto del Siglo XXI es convertir el asombro del mundo en nuestro hábito diario.

Para entender por qué nuestras alegrías han sido efímeras, debemos observar el fenómeno con una óptica más amplia y entrelazar dos líneas de tiempo que ocurren de forma simultánea en nuestro país, pero que rara vez conectamos de manera consciente. Visualicemos por un instante la pantalla de un televisor transmitiendo la final del campeonato nacional: estadios abarrotados, debates interminables en los medios de comunicación y una presión ambiental que parece dictar que el destino de la nación depende del resultado de ese domingo. Esa es nuestra línea de tiempo visible, ruidosa y exigente.

Pero mientras esa estridencia ocurre frente a las cámaras, existe una segunda línea de tiempo, paralela y silenciosa, desarrollándose en las periferias. Es la línea de tiempo de la academia rural que cierra sus puertas por falta de presupuesto apenas un año después del Mundial. Es la línea de tiempo del visor de talentos que renuncia porque no tiene viáticos para viajar a las costas a buscar a los sucesores de la generación dorada. Cuando yuxtaponemos ambos escenarios, la fotografía de nuestra miopía gerencial revela un nivel de detalle devastador. Invertimos el noventa por ciento de nuestra energía emocional y económica en el espectáculo del presente, y apenas las sobras para la edificación del futuro.

Este cortoplacismo no es un accidente; es el resultado directo de un ecosistema que hemos permitido que se vuelva tóxico. La estructura financiera de nuestros clubes locales, dependiente casi en su totalidad de la taquilla inmediata y de los derechos de transmisión del torneo en curso, crea un pánico administrativo crónico. En Costa Rica, el dirigente deportivo vive con la guillotina del resultado respirándole en la nuca. Y cuando el miedo gobierna la toma de decisiones, la primera víctima siempre es el proceso.

El tiempo es el oxígeno de la grandeza. Sin embargo, en nuestro entorno, hemos decidido asfixiar a nuestros propios proyectos. Hemos construido un entorno donde la prensa deportiva y la afición se alimentan de la inmediatez. Exigimos que un cuerpo técnico revolucione nuestro estilo de juego, integre a jóvenes promesas y domine el área en un plazo de tres meses. Si esto no ocurre, la maquinaria mediática exige cabezas, la afición retira su apoyo y la dirigencia, cediendo ante la presión, presiona el botón de reinicio.

Nos hemos convertido en expertos absolutos en la demolición. Cortamos los procesos a la mitad, despedimos estrategias al primer tropiezo y destruimos los cimientos antes de que el concreto logre secarse. Y luego, paradójicamente, nos preguntamos con genuina sorpresa por qué nuestra casa siempre está en ruinas cuando llega el huracán de las eliminatorias.

Esta cultura de la impaciencia tiene un efecto corrosivo directo en el jugador. El talento joven, en lugar de desarrollarse en un entorno seguro donde el error sea visto como una herramienta de aprendizaje, salta a la cancha con un pavor paralizante a equivocarse. Se prioriza el pase hacia atrás para asegurar la posesión estéril, en

lugar de intentar el pase filtrado que rompe líneas, porque el atrevimiento castiga al que falla. Hemos domesticado la rebeldía de nuestro fútbol callejero para satisfacer la urgencia del marcador del fin de semana.

Para que la gloria mundialista deje de ser un recuerdo esporádico y pase a ser una constante, debemos entender que el éxito en el siglo XXI ya no pertenece a los equipos que reaccionan mejor ante la emergencia, sino a las instituciones que planifican con mayor frialdad. Las victorias de Italia

90 y Brasil 2014 no nos fallaron; nosotros le fallamos a esas victorias al no estar a su altura administrativa.

Imaginemos qué habría sucedido si, el día después de regresar de Brasil, en lugar de conformarnos con los homenajes, hubiéramos firmado un pacto nacional a veinte años plazo. Un licenciamiento de academias obligatorio, una estandarización de la métrica física para todos los niños a partir de los diez años, y una red de protección económica para los clubes formadores. Esa era la verdadera responsabilidad de la época, y su ausencia es la factura que hoy pagamos con intereses en forma de eliminaciones dolorosas y pérdida de identidad.

El dolor de nuestras etapas posteriores debe servirnos como el catalizador definitivo. No podemos seguir desperdiciando generaciones de jóvenes excepcionales simplemente porque los adultos a cargo no logramos ponernos de acuerdo en una mesa de juntas. La revisión crítica de nuestras debilidades no tiene la intención de buscar culpables para castigarlos en la plaza pública, sino la de ubicar con precisión quirúrgica dónde debemos colocar las vigas de acero de nuestro nuevo modelo.

La resaca de la gloria nos ha revelado nuestra mayor flaqueza: somos gigantes en la celebración, pero hemos sido enanos en la planificación. El gran salto evolutivo de nuestra sociedad ocurrirá el día que aprendamos a trabajar en el éxito con la misma desesperación con la que trabajamos en la derrota.

Es momento de cerrar este doloroso pero indispensable escrutinio frente al espejo de nuestra propia nación. Conocemos nuestros orígenes, sabemos de lo que somos capaces cuando nos ordenamos y entendemos a la perfección los demonios estructurales que nos devoran por dentro. La radiografía está completa.

Pero el fútbol es un lenguaje universal, y la soberbia de creer que podemos encontrar todas las respuestas encerrados en nuestro propio valle es el camino más directo al fracaso. Las potencias mundiales, esos imperios que levantan copas con una regularidad aplastante, no nacieron siendo

invencibles. Atravesaron sus propias crisis, enfrentaron sus demonios culturales y, a través del ensayo y el error, forjaron filosofías que se convirtieron en religiones nacionales.

El talento costarricense es nuestra brújula, pero el mapa para navegar el futuro debe ser dibujado con la tinta de los grandes conquistadores. No viajaremos al primer mundo para copiar con sumisión, sino para aprender con la altivez de un país que se sabe capaz de superarlos.

Nos preparamos para cruzar el Atlántico y el continente. Dejamos atrás la nostalgia de nuestros propios estadios para adentrarnos en la mente de los estrategas, en los laboratorios de alto rendimiento y en la identidad de las sociedades que dominan el balompié global. Es la hora de entender el arte organizado de los brasileños, la dictadura del balón en España, la precisión asfixiante de la máquina alemana, la resiliencia feroz de la Argentina y el equilibrio biológico de Francia.

La primera mitad del libro nos ha desnudado. Ahora, la Cátedra del Mundo abre oficialmente sus puertas.



**EL RESULTADO ES MUCHAS VECES UN IMPOSTOR. PUEDES GANAR JUGANDO MAL Y PERDER JUGANDO BIEN. LO ÚNICO QUE SOSTIENE A UN CLUB O A UNA NACIÓN EN EL TIEMPO, ES CREER CIEGAMENTE EN UN MODELO.**

” XAVI HERNÁNDEZ,  
CAMPEÓN DEL MUNDO Y  
EX DIRECTOR TÉCNICO, FC BARCELONA

Silencio en el aula y atención máxima, porque los campeones están a punto de tomar la palabra.

# ARQUITECTOS DE FUTBOLÍSTICA COSTARRICENSE

1890 -

## ALEJANDRO MORERA SOTO



"EL MAGO DEL BALÓN"

El primer embajador de nuestra técnica. Antes de que existieran las transmisiones satelitales, él llevó el nombre de Costa Rica a las grandes capitales europeas. Fichado por el FC Barcelona en la década de 1930, Morera Soto deslumbró al viejo continente con una agilidad y un control de pelota que parecían desafiar la física. Él fue la prueba viviente de que el talento forjado en nuestras plazas de tierra poseía una calidad de élite indiscutible. Nos enseñó, por primera vez, que el jugador costarricense no tenía motivos para sentirse inferior ante nadie.



## JOSE RAFAEL "FELLO" MEZA



"EL MAESTRO DE LA GRAMILLA"

La elegancia hecha fútbol. En la época donde se cimentaba nuestra hegemonía centroamericana, "Fello" Meza elevó el juego a la categoría de bellas artes. Dotado de una visión periférica excepcional y una capacidad de regate indescifrable, se convirtió en el ídolo absoluto de multitudes. Su presencia en la cancha era garantía de espectáculo, demostrando que la identidad de nuestro país no solo se basaba en la resistencia, sino en una belleza estética y una malicia positiva que volvía locas a las defensas rivales.



# LA IDENTIDAD COSTARRICENSE

1989

## MARIO "CATATO" CORDERO

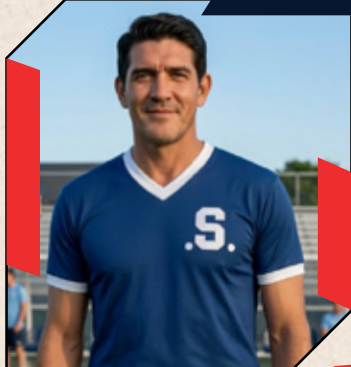


### "LA MURALLA ELEGANTE"

El orden y la jerarquía en la defensa. Gran capitán de la mítica época de los "Chaparritos de Oro", Cordero redefinió la posición defensiva en nuestro país. En un tiempo donde el fútbol solía ser de choque rudo, "Catato" impuso la inteligencia táctica, la anticipación milimétrica y la salida limpia con el balón dominado. Como estandarte del Deportivo Saprissa y de la Selección Nacional, le inyectó a nuestro fútbol una dosis vital de jerarquía: demostró que para atacar con libertad, primero hay que saber defender con autoridad.



## JUAN ULLOA



### "EL CONQUISTADOR DE ÁREAS"

El instinto letal de exportación. Junto a la brillantez creativa de su época, Ulloa aportó la contundencia absoluta. Ídolo de la Liga Deportiva Alajuelense, no se conformó con dominar los torneos locales y llevó su capacidad goleadora a ligas de mayor exigencia, llegando a coronarse campeón de goleo en la Primera División de México. Ulloa representó la agresividad ofensiva que necesitábamos; fue el ariete que nos demostró que podíamos invadir las áreas extranjeras y someter a los porteros de las potencias continentales.



# ARQUITECTOS DE FUTBOLÍSTICA C

1890 -

## ERROL DANIELS



### "EL BOMBARDERO DEL SIGLO"

La potencia pura y el récord inquebrantable. Durante la década de 1960, el país fue testigo de una fuerza física y un instinto goleador sin precedentes. Daniels combinó la potencia atlética de su herencia caribeña con una precisión quirúrgica frente al marco. Pulverizó las estadísticas y estableció un récord de anotaciones en el campeonato nacional que permaneció intocable durante casi medio siglo. Su historia es el testimonio de una época donde el fútbol tico comenzó a ganar en musculatura, explosividad y vértigo.



## ASDRUBAL "YUBA" PANIAGUA



### "EL ALMA DE LA CALLE"

La rebeldía y el atrevimiento. Si la esencia de nuestro fútbol nació en la espontaneidad de la plaza pública, "Yuba" Paniagua fue su máximo exponente profesional en los años setenta. Ídolo indiscutible del Club Sport Herediano, poseía una gambeta mágica y una capacidad infinita para inventar jugadas donde no había espacio. En años donde el país sufría frustraciones en eliminatorias, su atrevimiento en la cancha mantenía viva la alegría del aficionado. Yuba nos recordó que el fútbol, antes que cualquier táctica, sigue siendo un juego que pertenece al pueblo.



# LA IDENTIDAD COSTARRICENSE

1989

## EVARISTO CORONADO



### "EL CABALLERO DEL DEPORTE"

La integridad como bandera competitiva. En la década de los ochenta, el "Caballero de la Cancha" se convirtió en el símbolo de una nueva madurez deportiva. Maestro indiscutible del remate de cabeza y goleador histórico, Coronado trascendió los colores de su club por su intachable ética profesional. Jamás recibió una tarjeta roja en su carrera. Él le demostró a una generación entera que el hambre de gloria, la competitividad feroz y el instinto asesino en el área pueden coexistir perfectamente con el juego limpio y la decencia humana.



## ENRIQUE RIVERS



### "EL ARQUITECTO DEL MILAGRO"

El autor del gol que rompió nuestros complejos. El 2 de agosto de 1984, en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, Rivers anotó el gol que dividió nuestra historia en dos. Su rechazo certero que venció al guardameta italiano no fue solo una anotación deportiva; fue un grito de independencia futbolística. Aquel hito monumental nos sacó del letargo regional y funcionó como la inyección definitiva de autoestima que el país necesitaba para creerse capaz de sentarse en la mesa de los gigantes mundiales en la década siguiente.



# ARQUETIPOS DEL EXITO

**“EL TALENTO GANA PARTIDOS,  
PERO EL TRABAJO EN EQUIPO  
Y LA INTELIGENCIA GANAN  
CAMPEONATOS. EL ÉXITO NO ES  
UN ACCIDENTE, ES UN SISTEMA”**

FRANZ BECKENBAUER,  
CAMPEÓN DEL MUNDO COMO JUGADOR Y COMO DIRECTOR TÉCNICO  
(SELECCIÓN DE ALEMANIA)

Para iniciar nuestra inmersión en la mente, las estructuras y los laboratorios de los imperios mundiales del balompié, debemos realizar un ejercicio de honestidad intelectual brutal frente al espejo de nuestra propia historia. El éxito en la máxima esfera del deporte global no es un accidente geográfico, una concesión del azar ni un milagro efímero que ocurre porque el balón decide caprichosamente cruzar la línea de gol. Es, por el contrario, el resultado matemático, predecible e implacable de la planificación estratégica, del método riguroso y, por encima de todo, de la identidad.



B-109  
10000000000000

B-109  
10000000000000

OFFICIAL  
SIZE & WEIGHT

Galatia

Cualquier fiebre del fútbol, ese aficionado que pierde la voz en la gradería o que sufre frente al televisor con las manos aferradas a la cabeza, sabe que el corazón empuja. Pero cuando nos sentamos en la silla de la toma de decisiones, la pasión debe cederle el volante a la razón. La pregunta fundamental que debe hacerse una nación que aspira a la grandeza, la interrogante de oro de “¿qué se requiere para clasificar al próximo Mundial?”, no puede responderse únicamente desde la emoción, la nostalgia por los triunfos de ayer o la reacción visceral e inmediata ante una derrota dominical. Clasificar a un Mundial en la exigente era moderna exige un ecosistema profundamente articulado: requiere sistema, planificación, competencia, formación, mentalidad, liderazgo, método y una visión nacional absoluta.

A lo largo de nuestras décadas de historia, cuando hemos tropezado en el escenario internacional, nuestra respuesta gerencial casi siempre ha sido un acto reflejo impulsado por el pánico: buscar un salvador externo. Volteamos la mirada desesperada hacia las potencias europeas o sudamericanas, contratamos técnicos de renombre internacional y, en un acto de sumisión cultural, intentamos calcar sus métodos de entrenamiento, importar sus formaciones tácticas y obligar a nuestros jugadores a comportarse como ciudadanos de un país que jamás han pisado. Esta es la falacia más peligrosa y recurrente de la administración deportiva.

El primer gran secreto que nos revela la cátedra de los campeones del mundo, la lección número uno de las potencias globales, es que la grandeza jamás se importa; se descubre, se pule y se industrializa desde adentro. Costa Rica no necesita, bajo ninguna circunstancia, copiar el modelo de España, la maquinaria de Alemania, el caos creativo de Argentina o la exuberancia de Brasil. Lo que nuestro país requiere con una urgencia vital es construir su propio modelo, una arquitectura diseñada milimétricamente de acuerdo con su biotipo, su rica cultura futbolística, las realidades de su liga local y sus posibilidades demográficas y económicas.

Para comprender la urgencia ineludible de definir esta identidad propia, debemos someternos a un baño de realidad. Debemos abandonar las

narrativas complacientes y mirar de frente el diagnóstico de nuestra institucionalidad.

## **EL CHOQUE DE REALIDAD: CUANDO LA NOSTALGIA NOS ASFIXIA**

El dolor cívico de haber quedado fuera de la Copa del Mundo 2026 no debe archivar en la memoria colectiva como una simple anécdota deportiva o un tropiezo casual; debe procesarse con la frialdad de una junta directiva como el síntoma de una fractura estructural profunda en todo nuestro sistema. Esta eliminación dolió en el alma nacional precisamente porque ocurrió en un ciclo eliminatorio donde las matemáticas y la geopolítica del torneo jugaban a nuestro favor: el Mundial se expandió a 48 selecciones, y al ser Estados Unidos, México y Canadá los anfitriones absolutos, la Concacaf abrió espacios adicionales inéditos para el resto de la región.

A pesar de este panorama estadísticamente favorable, el terreno de juego desnudó nuestras carencias. Nuestra selección terminó tercera en el Grupo C de la eliminatoria de Concacaf, relegada dolorosamente detrás de Haití y Honduras. Eso demuestra de manera empírica que el problema no fue solamente una cuestión de calendario, de mala suerte en los rebotes o de un partido aislado en una mala noche. Fue la manifestación de un letargo acumulado.

La clasificación directa de naciones como Haití, Curazao y Panamá —confirmada por la FIFA para obtener los boletos directos al Mundial 2026— debe servirnos como un espejo implacable. El caso de Haití es un manifiesto vivo de resiliencia y estrategia: incluso atravesando enormes dificultades nacionales, inmersos en crisis complejas y jugando en condiciones sumamente adversas, lograron terminar primeros de su grupo y retornar a una Copa del Mundo después de 52 largos años. Curazao, una isla de proporciones minúsculas, probó que un país pequeño puede competir al más alto nivel si utiliza con inteligencia su red de talento internacional y organiza una selección con criterio gerencial. Panamá, por su parte, logró consolidar un proceso estable y altamente competitivo, demostrando que no

improvisó en el último partido, sino que construyó una base, sostuvo una idea y fortaleció su competitividad.

Si estas naciones, enfrentando coyunturas de menor estabilidad institucional aparente o con menor tradición histórica que la nuestra, lograron descifrar el sistema y obtener sus boletos directos, la pregunta que se impone en cada oficina, en cada club y en las instalaciones de la Federación es ineludible y profundamente incómoda:

*¿Qué está fallando en nuestro ecosistema futbolístico?*

La respuesta exige madurez. No hay un solo culpable al cual podamos decapitar en la plaza pública mediática. No es únicamente responsabilidad del entrenador, no es solamente culpa de la Federación, no son solo los jugadores, ni es solo la liga local. Es el conjunto del ecosistema entero. El entorno cambió mientras nosotros seguíamos administrando nuestros hermosos recuerdos. El primer requisito innegociable para volver a sentarnos en la mesa de los grandes es aceptar que la Concacaf de los años noventa y dos mil ya no existe.

Durante décadas, nos acostumbramos a ser una de las selecciones fuertes, compitiendo regularmente por los cupos detrás de México y Estados Unidos. Hoy, esa posición de privilegio ya no está garantizada. Canadá creció de forma arrolladora, Panamá se consolidó como una realidad técnica, Jamaica exporta futbolistas a las ligas más competitivas del planeta, y el resto del área —Guatemala, Surinam, El Salvador, Trinidad y Tobago, Nicaragua— ha acortado distancias y puede complicar cualquier eliminatoria. El fútbol de nuestra región mutó: se volvió más físico, infinitamente más internacional y dramáticamente parejo.

Antes, nuestra camiseta pesaba; el escudo de Costa Rica generaba un respeto excesivo que muchas veces intimidaba a los rivales antes del pitazo inicial. Hoy, esos mismos rivales juegan sin una gota de miedo. Presionan la salida, corren los noventa minutos, chocan con rudeza, atacan con desparpajo y compiten de igual a igual. El jugador, el directivo y el aficionado costarricense deben comprender que su lugar en el mundo

ya no se puede administrar como una herencia monárquica; Costa Rica debe ganarse otra vez su lugar, sudando sangre y táctica en cada entrenamiento.

## **EL ADN EN LA CANCHA**

Entendido el diagnóstico y asimilada la crudeza del entorno, debemos definir qué separa a un simple participante de un monarca mundial. Toda selección que aspire a ser verdaderamente competitiva sabe a qué juega. Los imperios futbolísticos pueden modificar pequeños detalles tácticos dependiendo del rival que enfrenten o del clima en el que jueguen, pero poseen una idea central, reconocible, tangible y absolutamente innegociable. Esa es la identidad.

Cuando analizamos la hazaña de Brasil 2014 bajo este prisma de gerencia deportiva, descubrimos que nuestro éxito en tierras sudamericanas no radicó en la improvisación o en una alineación astral, sino en una identidad poderosísima y ejecutada a la perfección: orden defensivo inquebrantable, un bloque compacto que se movía al unísono, solidaridad absoluta, transiciones rápidas y fulminantes, liderazgo en todas las líneas y una seguridad emocional envidiable. Aquel equipo no inventaba sobre la marcha. Sabía defender con el cuchillo entre los dientes, sabía sufrir el asedio de potencias superiores y sabía atacar exactamente en los momentos de vulnerabilidad del rival.

En doloroso contraste, en la actualidad solemos proyectar la imagen de una selección en estado de búsqueda permanente y caótica. Cambiamos de sistema táctico de un mes a otro, rotamos nombres constantemente, modificamos el estilo de juego y alteramos el discurso. Esta inestabilidad gerencial y técnica confunde profundamente a los jugadores, corta de tajo los procesos y debilita la confianza colectiva.

La nostalgia es un veneno silencioso que adormece la voluntad. La eliminación del 2026 nos arrebató el derecho a la complacencia y nos gritó que la historia no entra a la cancha a defender tiros de esquina. La respuesta a nuestra crisis exige reconstruir por completo nuestro modelo futbolístico, desde la base más humilde hasta la Selección Mayor.

Para salir de este laberinto y emular el comportamiento de las naciones campeonas, la Federación debe asumir su rol como el cerebro estratégico del país y definir una línea técnica nacional. Esto no significa de ninguna manera encasillar el talento libre y atrevido del costarricense en un único y aburrido dibujo táctico, sino establecer principios filosóficos y operativos inalterables.

***La identidad nacional debe construirse sobre axiomas irrenunciables:***

- Defender con un orden matemático y presionar con inteligencia.
- Salir rápido y con precisión cuando el rival comete el error de dejar espacios.
- Formar y empoderar mediocampistas que sean capaces de jugar, pensar y distribuir bajo presión extrema.
- Desarrollar laterales modernos de ida y vuelta, y extremos con capacidad real de desequilibrio uno contra uno.
- Aprovechar la pelota parada como un arma letal.
- Competir siempre con una disciplina y fortaleza emocional indestructibles.

Esta identidad sagrada no puede depender del humor o la escuela del entrenador de turno; debe ser una política deportiva de Estado. La Sub-15, la Sub-17, la Sub-20, la Sub-23 y la Selección Mayor deberían compartir obligatoriamente estos conceptos. Así, la evolución se vuelve industrial: cuando un jugador joven sube de categoría, no empieza de cero ni tiene que aprender de nuevo el idioma del fútbol; simplemente se adapta a una mayor velocidad de ejecución.

**EL EQUILIBRIO PERFECTO:  
LA MURALLA INEXPUGNABLE  
Y EL CAÑÓN OFENSIVO**

Si vamos a forjar nuestra propia cátedra y sentarnos con los campeones, debemos entender las matemáticas del rendimiento global. Una selección de nuestro perfil demográfico y económico necesita, como

primer mandamiento de supervivencia, ser sumamente difícil de vencer. Históricamente, Costa Rica ha sido verdaderamente competitiva cuando defiende bien. Debemos desterrar el mito de que defender es un acto de cobardía. Eso no significa jugar con miedo ni renunciar al ataque; significa entender, con inteligencia táctica, que una selección mediana no puede regalarse en el campo.

En las eliminatorias modernas, los partidos suelen ser cerrados y asfixiantes. Un error defensivo minúsculo, una mala cobertura en el área o una pelota parada mal marcada pueden costar tres puntos, y esos tres puntos son la diferencia abismal entre clasificar al Mundial o quedar sumidos en el fracaso. La Selección debe volver a estructurar una defensa colectiva moderna. La defensa no empieza en los centrales; empieza en los delanteros cuando asfixian la salida rival, continúa en los volantes cuando cierran líneas de pase y termina en un arquero con liderazgo. Requerimos centrales confiables que dominen espacios largos, laterales disciplinados que regresen rápido y mediocampistas que cubran las transiciones. Sin solidez defensiva, cualquier proyecto mundialista es un castillo de naipes construido sobre arena.

Pero la solidez es estéril si no poseemos el fuego para derribar al enemigo. El gran problema crónico de Costa Rica en los últimos ciclos ha sido la dificultad agónica para generar y convertir oportunidades de gol. Se puede ostentar orden, un esfuerzo titánico y una posesión envidiable de la pelota, pero sin gol no hay clasificación posible.

El gol no depende solamente de la inspiración aislada del delantero centro; depende de todo el sistema ofensivo. Si el mediocampo no filtra balones, el delantero queda aislado en una isla inútil. Si los extremos no ganan duelos, no existe la profundidad. Si no hay remate de media distancia, el rival defiende cómodo en su trinchera. Costa Rica tiene la obligación de formar atacantes más completos desde sus bases: jugadores que sepan jugar de espaldas, atacar los espacios vacíos, presionar, definir con ambas piernas y moverse con instinto asesino dentro del área. El gol se entrena, la creatividad se educa. No basta con pedirle al jugador que “se inspire”; hay que dotarlo de herramientas y automatismos ofensivos.

La trampa de la pura inspiración nos ha salido carísima. Los campeones no esperan a que la musa descienda sobre sus delanteros; los campeones mecanizan el ataque, entrenan la definición mil veces y convierten la creatividad en un proceso repetible. El talento te da el destello, pero el entrenamiento te da los goles.

## **EL DOMINIO GEOGRÁFICO: EL TERRITORIO Y LA CIENCIA DE LA VISITA**

Una identidad ganadora se manifiesta también en el control absoluto de su entorno físico. Una selección que exige respeto debe imponer una ley innegociable en su propia casa. Una selección que quiere clasificar debe ganar en casa. Punto. No hay cálculo serio, ni Excel que aguante, si se pierden puntos de local ante rivales directos.

Costa Rica debe reconvertir el Estadio Nacional y sus partidos en casa en una ventaja real, asfixiante y aterradora para el rival. Durante muchos años, jugar contra Costa Rica como visitante era una experiencia profundamente incómoda; había presión, ritmo, confianza y una sensación ineludible de que la Selección impondría sus condiciones. Esa fuerza debe recuperarse con urgencia. El estadio no puede seguir sintiéndose como un terreno neutral. Ganar en casa significa salir a imponer autoridad, no a esperar pacientemente que el partido se acomode. Significa buscar marcar temprano, sostener la presión alta, no regalar contragolpes letales y mantener la concentración intacta hasta el último minuto. En una eliminatoria mundialista, cada empate en casa debe sentirse en el alma como una pequeña derrota.

Simultáneamente, la clasificación exige una madurez extrema: saber jugar afuera. La Concacaf es un escenario hostil, plagado de viajes largos, climas difíciles, canchas complicadas, ambientes pesados y rivales extremadamente físicos. No todos los partidos de visita se pueden jugar de manera vistosa; a veces, la identidad exige ser implacablemente prácticos.

De visita, Costa Rica debe convertirse en un maestro de los tiempos:

no desesperarse, no partir el equipo en dos, no regalar faltas cerca del área, no perder pelotas en la salida y, fundamentalmente, no entrar jamás en las provocaciones que buscan convertir el partido en un caos. La preparación de los encuentros fuera de nuestras fronteras debe ser estrictamente científica. Hay que estudiar con obsesión el clima, el estado de la cancha, la logística del viaje, los tiempos de recuperación, la alimentación, las tendencias del rival y el comportamiento del árbitro. Una selección profesional no llega a un país rival “a ver qué pasa”; llega sabiendo exactamente el libreto del partido que debe jugar.

### **LA VISIÓN MACRO: EL ECOSISTEMA, LA DIÁSPORA Y LA FORTALEZA MENTAL**

La identidad de un país no es un concepto etéreo que flota sobre la cancha; está arraigada en el suelo de su ecosistema. La liga local es la fábrica cotidiana de la Selección. Si nuestro torneo nacional es lento, desordenado o poco exigente, la Selección pagará la factura con creces en el escenario internacional. Costa Rica necesita, con carácter de emergencia, una primera división más intensa, profesional y competitiva; esto implica mejores canchas, preparación física moderna y clubes financieramente sostenibles que formen integralmente a sus jóvenes. Un país mundialista necesita una liga que empuje ferozmente hacia arriba, no una liga que acomode hacia abajo.

A este ecosistema interno debemos sumarle una visión globalizada sin precedentes. El fútbol moderno derribó las fronteras. El éxito de Haití, Curazao y Jamaica ha demostrado la importancia vital de buscar jugadores con raíces nacionales en el exterior. Costa Rica debe implementar una estrategia de “diáspora” con una planificación quirúrgica. Existen costarricenses y descendientes formándose en academias profesionales de Estados Unidos, Canadá y Europa. La Federación debe instituir un departamento permanente de scouting internacional para construir relaciones desde jóvenes, acercarlos al país e inyectarles el sentido de pertenencia. Si la Concacaf se está globalizando, Costa Rica comete un suicidio deportivo si se queda mirando exclusivamente dentro de sus

51,100 kilómetros cuadrados.

Finalmente, esta identidad que estamos definiendo debe estar blindada por acero puro en la cabeza de los jugadores. El fútbol mundialista, la presión de una eliminatoria, se juega también —y acaso principalmente— en la mente. La presión de un estadio rival, las críticas feroces de la prensa, el peso histórico de la camiseta; todo ello puede paralizar al talento más brillante. Costa Rica necesita integrar la psicología deportiva de manera permanente, no como un parche cuando estalla una crisis. La fortaleza mental se entrena con la misma rigurosidad que un tiro libre. Se debe trabajar el manejo del error, la resiliencia y el control emocional para que un equipo maduro no se desmorone después de recibir un gol en contra o ante una mala decisión arbitral.

La identidad de los campeones es una maquinaria industrial operando a la perfección. Es táctica, es ciencia, es logística y es psicología pura. Al Mundial no se llega por la inercia de los recuerdos; se llega por una planificación feroz, por una liga fuerte y por un país que comprende que la camiseta no clasifica sola.

Hemos delineado los pilares de la identidad que Costa Rica debe construir. Hemos decretado la muerte de la imitación y el nacimiento de la soberanía cultural aplicada al deporte de alto rendimiento. Sabemos que no seremos la copia barata de ninguna potencia; seremos la mejor y más científica versión de nosotros mismos.

Con esta óptica de alta gerencia deportiva y con el pecho encendido por la convicción de lo que somos capaces de lograr, el aula de los imperios está lista. Es el momento exacto para analizar los arquetipos de éxito global. En el próximo capítulo, no entraremos a los laboratorios de Brasil, España, Alemania, Argentina y Francia para intentar robarles su alma, sino para diseccionar exactamente cómo ellos lograron convertir sus propios rasgos culturales, sus defectos y virtudes sociales, en medallas de oro mundiales. La verdadera cátedra del mundo abre sus puertas.



## Capítulo 8

# IDENTIDAD DE LOS CAMPEONES

“EL FÚTBOL ES TAN GENEROSO  
QUE PERMITE QUE CADA  
PUEBLO JUEGUE DE ACUERDO  
A SU CULTURA  
Y A SU MANERA DE SER”

CÉSAR LUIS MENOTTI,  
DIRECTOR TÉCNICO CAMPEÓN DEL MUNDO (SELECCIÓN DE ARGENTINA, 1978)

Las puertas de los laboratorios más herméticos y exitosos del planeta están abiertas de par en par. Atrás quedó el lamento. Atrás quedaron las excusas geográficas y los complejos de inferioridad. Al cruzar este umbral, nos adentramos en el Olimpo del balompié global, no con la actitud del turista que viene a tomarse fotografías con los trofeos ajenos, sino con la mirada afilada, fría y calculadora del estratega que viene a descifrar la fórmula del acero.



Si queremos que nuestra nación clasifique y compita, debemos entender que la gloria no es una deidad caprichosa que reparte bendiciones al azar; la gloria responde a la ingeniería. Los cinco grandes arquetipos de éxito en el fútbol moderno —Brasil, España, Alemania, Argentina y Francia— no dominan el mundo porque sus jugadores posean un ADN distinto al nuestro. Dominan porque han tomado su cultura, su idiosincrasia y sus pasiones, y las han sometido a un rigor gerencial absoluto. Han entendido que al Mundial no se llega por recuerdos, se llega por planificación, disciplina y talento bien formado.

Disecionemos la anatomía de los campeones. Vamos a entender cómo la magia se convierte en método, cómo el control se vuelve un arma letal y cómo la pasión desbordada se canaliza para destruir al rival.

## **1. BRASIL: El Talento Organizado y la Falsa Improvisación**

Existe un mito global y profundamente romántico sobre el fútbol brasileño: la idea de que sus selecciones ganan puramente bailando samba en la cancha, apelando al “Joga Bonito” y a la improvisación festiva de sus jugadores. Es una mentira hermosa que ellos mismos disfrutan vender al mundo, pero en las entrañas de su Confederación, la realidad es diametralmente opuesta. El talento natural de Brasil es infinito, pero su grandeza radica en cómo lo organizan.

Brasil no gana Copas del Mundo cuando depende exclusivamente de la inspiración individual de sus estrellas; Brasil aplasta a sus rivales cuando enmarca esa magia caribeña y sudamericana dentro de una cultura de alto rendimiento inquebrantable. Sus selecciones campeonas —desde 1958 hasta el aplastante equipo del 2002— siempre han contado con defensas centrales despiadados, mediocampistas de contención que operan como barredoras industriales y laterales que atacan con la precisión de un misil teledirigido.

El modelo brasileño nos enseña que no se puede llegar a la Selección Mayor a aprender profesionalismo; eso debe venir desde las divisiones menores. Los brasileños le exigen a su talento que corra, que choque y que recupere. Saben que en el fútbol internacional la técnica no sobrevive si no está respaldada por potencia, velocidad, resistencia y recuperación.

### ***La lección para Costa Rica:***

Nosotros poseemos un biotipo y una técnica natural envidiable, forjada en la picardía de nuestras plazas. Pero si Brasil, el país con mayor talento silvestre del planeta, entendió que necesita disciplina táctica y rigor físico para no ser devorado, ¿qué nos hace pensar a nosotros que podemos competir viviendo de la improvisación? El fútbol premia procesos, y cuando no hay proceso, la suerte dura poco. Debemos tomar nuestro atrevimiento natural y blindarlo con una cultura de alto rendimiento que exige puntualidad, cuidado del cuerpo y ambición táctica.

## **2. ESPAÑA: El Control Absoluto y el Currículo Nacional**

Si Brasil es la fuerza de la naturaleza organizada, España es el triunfo absoluto de la academia. A principios del siglo XXI, España era la eterna decepción: jugaban como nunca y perdían como siempre. Tenían a la famosa “Furia Roja”, un equipo de mucha garra y corazón, pero que invariablemente chocaba contra el muro de los cuartos de final. Hasta que un día, en un acto de brillantez gerencial suprema, decidieron detener la máquina y reescribir su propio código fuente.

España se dio cuenta de que no podía competir físicamente contra los gigantes alemanes o los velocistas africanos. Entonces, tomaron una decisión de Estado: si no podemos ser los más fuertes, seremos los dueños absolutos del balón. Implementaron el famoso “Tiki-Taka”, pero la verdadera revolución no ocurrió en la cancha de la selección mayor, ocurrió en los pizarrones de las ligas menores.

Decidieron que la identidad no puede depender del entrenador de turno, sino que debe ser una política deportiva nacional. Desde la Sub-15 hasta la Mayor, en España se juega exactamente a lo mismo: pase corto, triangulación, presión tras pérdida y movilidad constante. La Federación española estableció estándares inquebrantables para todas las academias del país, asegurando que la formación no quedara al azar. Así, cuando un adolescente prodigio sube de categoría, no empieza de cero; ya habla el idioma táctico de la selección a la perfección.

España no ganó el Mundial de 2010 en Sudáfrica; lo empezó a ganar diez años antes, cuando obligó a todas sus divisiones menores a jugar bajo la misma partitura. El talento sin instrucción es una chispa; el talento con un currículo nacional es un incendio imparable.

### ***La lección para Costa Rica:***

España nos grita desde la cima que el resultadismo infantil es tóxico. Invirtieron una década entera educando a sus formadores, sabiendo que un país que forma entrenadores forma jugadores, y un país que forma jugadores puede clasificar y ganar. Nosotros necesitamos urgentemente definir nuestro propio currículo nacional. La Federación debe ser el cerebro estratégico que imponga una metodología unificada, para que el niño de Limón, el joven de Guanacaste y el prospecto de San José entiendan el fútbol bajo los mismos preceptos.

### **3. ALEMANIA: El Método, la Auditoría y la Máquina de Datos**

La historia de la resurrección alemana es el caso de estudio gerencial más apasionante de la historia del deporte. En la Eurocopa del año 2000, Alemania —la superpotencia histórica— fue humillada, quedando eliminada en fase de grupos con un equipo viejo, lento y sin ideas. En lugar de quemar el estadio o despedir técnicos en un ataque de pánico, la Federación Alemana de Fútbol hizo exactamente lo que exige la alta gerencia: ejecutó una auditoría deportiva brutal y honesta.

Reconocieron que su modelo estaba obsoleto. Acto seguido, lanzaron un plan de reestructuración a nivel nacional con una inversión multimillonaria. Entendieron que el fútbol debe ser una oportunidad nacional, no un privilegio geográfico. Construyeron cientos de centros regionales de desarrollo en cada rincón del país para que ningún talento, por más escondido que estuviera, se perdiera por falta de visibilidad o transporte.

Pero su arma secreta fue la tecnología. Alemania abrazó los datos como una religión. Entendieron que el fútbol moderno se analiza con información y que no basta con la simple intuición. Invirtieron en software de análisis de rendimiento, métricas físicas, kilómetros recorridos, mapas de calor y eficiencia ofensiva. Su campeonato del mundo en Brasil 2014, coronado con el mítico 7-1 frente a los anfitriones, no fue una casualidad; fue el triunfo de una maquinaria que operaba con la precisión de un bisturí informático.

### ***La lección para Costa Rica:***

Si la nación con más recursos de Europa tuvo la humildad de aceptar que su sistema estaba roto y que necesitaba una auditoría profunda, nuestra soberbia es injustificable. La Federación Costarricense debe rendir cuentas con indicadores claros, abandonar la improvisación y administrar el fútbol como un proyecto estratégico. Debemos abrir centros regionales en nuestras zonas costeras y fronterizas, y sobre todo, debemos invertir en departamentos de análisis de datos que le den a nuestros técnicos herramientas científicas para tomar decisiones, demostrando que la tecnología está al servicio de la victoria.

## **4. ARGENTINA: La Resiliencia Emocional y el Caos Estructurado**

Cualquiera que haya presenciado un partido de la Selección Argentina sabe que, para ellos, el fútbol no es un deporte; es una cuestión de vida o muerte. Su identidad está forjada en la pasión desbordada, en el potrero, en la rebeldía frente a la adversidad y en un amor irracional por la

camiseta. Sin embargo, si nos quedamos solo con los gritos y los cánticos de la tribuna, no entenderemos por qué levantan copas mundiales.

El éxito argentino reciente radica en cómo lograron canalizar esa presión asfixiante y convertirla en una armadura psicológica. Argentina es el arquetipo de la resiliencia emocional. En el Mundial de Qatar 2022, iniciaron perdiendo ante Arabia Saudita, un golpe que habría destruido el camerino de cualquier otra nación. Pero el equipo estaba cimentado sobre líderes genuinos. Como dicta la buena gerencia deportiva, un camerino fuerte resiste cualquier crisis; si es débil, se rompe.

Argentina construyó un liderazgo interno inquebrantable, no solo con su capitán, sino con jugadores de rol que ordenaban, calmaban y exigían. Demostraron al mundo entero que la fortaleza mental se entrena y se trabaja con psicología, convivencia y comunicación. Aprendieron a competir con serenidad y carácter en medio del caos, sin desordenarse ante el error o desesperarse si el gol tardaba en llegar.

La táctica te pone en el campo de batalla, pero es la mente la que te mantiene de pie cuando te disparan. Una selección madura no se cae después de recibir un golpe; respira, se reordena y contraataca con la frialdad de un asesino silencioso.

### ***La lección para Costa Rica:***

La presión de una eliminatoria paraliza a quienes no están mentalmente preparados. Hemos visto a nuestra selección caerse anímicamente tras recibir un gol en contra. Necesitamos psicología deportiva permanente, no como un salvavidas cuando el barco se está hundiendo, sino como parte integral del entrenamiento invisible. Costa Rica debe reconstruir el liderazgo dentro del camerino, formando jugadores que entiendan la historia de la camiseta, pero que no vivan atrapados en ella.

## **5. FRANCIA: El Equilibrio Potente y la Red Global (La Diáspora)**

Francia representa el arquetipo definitivo de la evolución del balompié en el siglo XXI. Son el ecosistema perfecto, una fusión aterradora de velocidad física, inteligencia táctica y un reclutamiento a nivel mundial. Francia entendió, antes que nadie, que las fronteras de una nación ya no se definen únicamente por su geografía, sino por su sangre y su cultura expandida.

El imperio francés moderno está construido sobre la diversidad de su talento. Utilizan el inmenso poder de sus inmigrantes y de sus descendientes, combinando la fuerza y explosividad física de la herencia africana con el refinamiento táctico de la academia europea. Son la prueba irrefutable de que el fútbol moderno no se limita a las fronteras tradicionales. Francia cuenta con redes de visorías que escanean cada barrio periférico de París y cada rincón de sus territorios de ultramar, asegurándose de que ningún talento físico y técnico pase desapercibido. Poseen un equilibrio potente: centrales rápidos y fuertes que defienden espacios largos a campo abierto, mediocampistas con una recuperación pulmonar inagotable, y extremos con un cambio de ritmo destructivo. En Francia, la potencia atlética es un requisito mínimo de contratación.

Francia nos exige elevar nuestro estándar atlético; si nuestro campeonato nacional no exige más velocidad y fuerza, nuestros jugadores serán devorados vivos cuando se enfrenten a los monstruos del fútbol internacional.

### ***La lección para Costa Rica:***

El mundo se globalizó y nosotros no podemos seguir pescando únicamente en nuestra pecera. Así como Curazao y Haití armaron selecciones competitivas apelando a su talento internacional, Costa Rica debe implementar un departamento permanente de scouting internacional. Tenemos que rastrear a los descendientes de costarricenses en Estados Unidos, Europa y otras latitudes, acercarlos a nuestro proyecto nacional y convencerlos de que representen nuestra bandera. Además, la lección

física de Francia nos exige elevar nuestro estándar atlético; si nuestro campeonato nacional no exige más velocidad y fuerza, nuestros jugadores serán devorados vivos.

La radiografía de los imperios está completa. Hemos visto de frente a los titanes y hemos descubierto que no sangran oro, sudan método. Las piezas del rompecabezas gerencial están sobre la mesa. Ahora sabemos que ganar es una decisión estructural.

Sin embargo, estos modelos tácticos y formativos no operan en el vacío. El fútbol no es un laboratorio esterilizado. Alrededor de la cancha ruge un monstruo de mil cabezas que puede elevar a un equipo hasta la gloria eterna o despedazarlo en cuestión de semanas. En el próximo capítulo, abandonaremos la pizarra táctica para adentrarnos en las trincheras del “Ecosistema Moderno”. Vamos a diseccionar cómo el dinero, la voracidad de la prensa deportiva y la exigencia emocional de la afición dictan los destinos del balón.



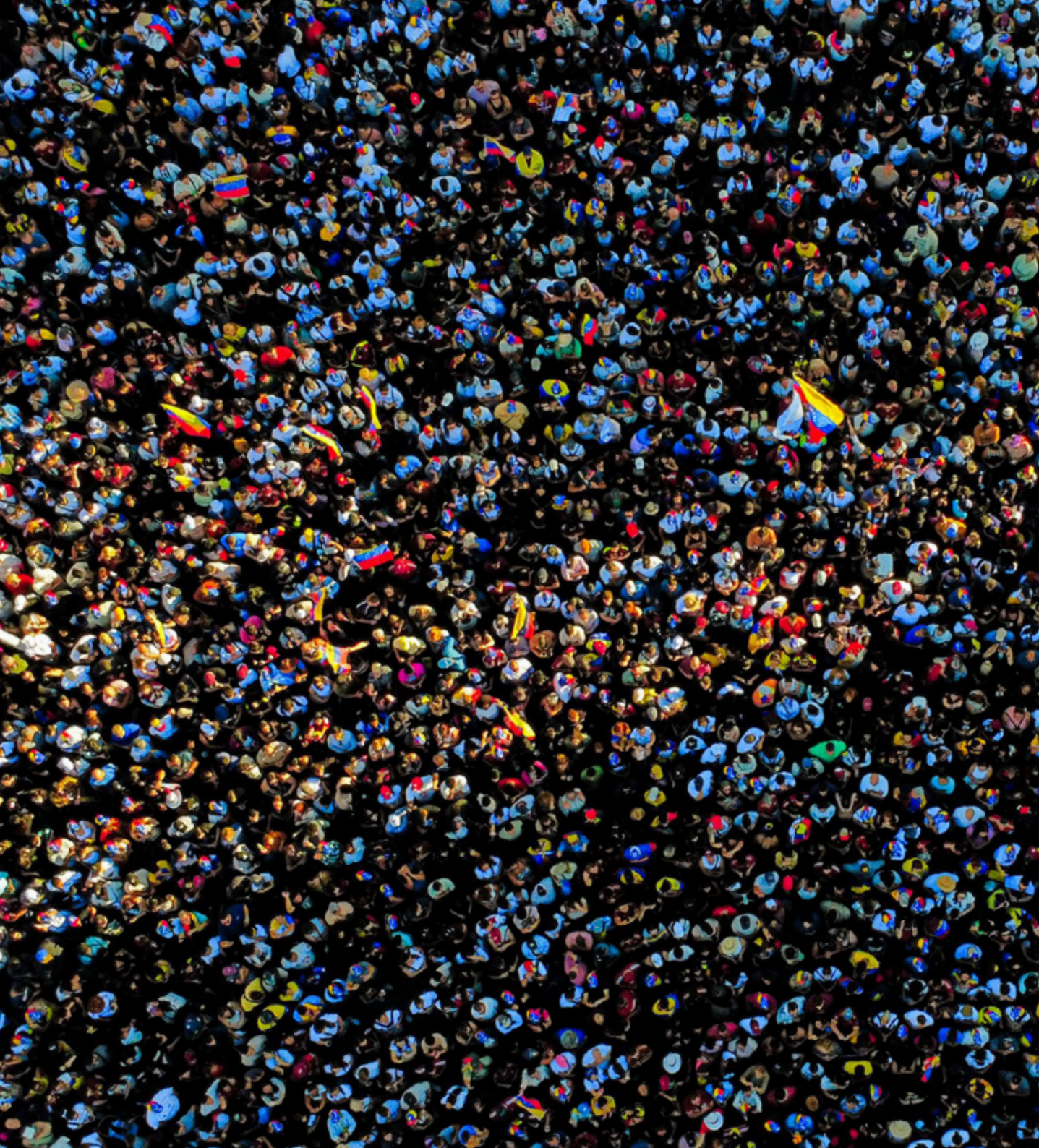
## Capítulo 9

# EL ECOSISTEMA MODERNO

“SI PERMITES QUE EL RUIDO EXTERIOR, LA PRENSA O LA MALA GESTIÓN ECONÓMICA FRACTUREN ESA UNIÓN, EL PROYECTO COLAPSARÁ”

ARSÈNE WENGER,  
HISTÓRICO DIRECTOR TÉCNICO DEL ARSENAL FC Y ACTUAL DIRECTOR DE  
DESARROLLO DEL FÚTBOL MUNDIAL DE LA FIFA

Existe una ilusión óptica profundamente arraigada en la cultura del aficionado promedio y, trágicamente, en muchos de nuestros dirigentes deportivos: la creencia de que la Selección Nacional es una isla independiente. Solemos percibir al equipo patrio como un ente desconectado de la realidad cotidiana del país, una especie de escuadrón de superhéroes que se reúne cada cierto tiempo para salvarnos del anonimato global. Esta visión romántica es el primer gran error gerencial que debemos extirpar de nuestro análisis.



La Cátedra del Mundo nos ha enseñado que los noventa minutos que presenciamos en la televisión son apenas la punta del iceberg. Debajo de la superficie, sosteniendo el peso de esa estructura visible, opera un engranaje hipercomplejo de factores externos que moldean, potencian o destruyen el éxito deportivo. La clasificación mundialista no la gana solamente la Selección; la gana un ecosistema coordinado.

Un estratega brillante puede diseñar el mejor planteamiento táctico del universo, y un jugador puede poseer el talento innato de un elegido, pero si el club que lo forma está en bancarrota, si la prensa exige su destitución tras un empate en un partido amistoso, o si la afición convierte el estadio en un tribunal de inquisición, el sistema colapsa. El talento no puede florecer en un entorno tóxico, de la misma manera que una semilla de roble no puede germinar en un terreno envenenado.

Para que el modelo de desarrollo que propondremos tenga viabilidad, debemos realizar una radiografía implacable de los tres pilares externos que conforman nuestro ecosistema moderno: la estructura económica y competitiva de la liga local, la vorágine de la prensa deportiva y el papel emocional de nuestra afición. Es el momento de auditar nuestro entorno.

## **1. La Fábrica Cotidiana: La Liga Nacional y la Economía del Balón**

Si queremos construir un rascacielos que roce el cielo de los mundiales, debemos comenzar por inspeccionar el acero con el que estamos fundiendo las vigas. Ese acero se forja de lunes a domingo en los estadios de nuestras provincias. La liga local es la fábrica cotidiana de la Selección.

La matemática de la alta competencia es cruelmente precisa: si el torneo nacional es lento, desordenado o poco exigente, la Selección lo paga irremediablemente cuando cruza la frontera. No podemos pretender competir con la intensidad física de los gigantes europeos o la velocidad supersónica de las potencias sudamericanas si nuestros jugadores pasan el noventa por ciento de su año calendario compitiendo en un entorno que les exige el mínimo esfuerzo para destacar.

Muchos jugadores que brillan y deslumbran en nuestro campeonato local sufren un choque térmico devastador cuando pasan a la Selección, simplemente porque se enfrentan a rivales infinitamente más veloces y fuertes. Ese sufrimiento táctico y físico en la vitrina internacional es el indicador más claro de que el campeonato nacional no siempre exige lo suficiente. Costa Rica necesita, con calidad de urgencia nacional, una primera división más intensa, mucho más profesional y brutalmente competitiva.

Esta exigencia no es un poema al esfuerzo; es un mandato gerencial. Elevar el nivel implica inversiones tangibles: mejores canchas que permitan que el balón ruede con la velocidad del fútbol moderno, mejores entrenadores capacitados internacionalmente, preparación física de vanguardia, calendarios adecuados y más oportunidades reales para que los jóvenes sumen minutos de fuego. Un país mundialista necesita una liga que empuje hacia arriba, no una liga que acomode hacia abajo.

Pero nada de esto es posible si no abordamos el elefante en la habitación de las juntas directivas: la salud financiera. Se necesita más transparencia y una sostenibilidad financiera absoluta en nuestros equipos. Los clubes que son débiles administrativamente, que viven endeudados y que operan bajo el pánico de la supervivencia quincenal, difícilmente pueden formar bien a un jugador, invertir en infraestructura de calidad o sostener procesos juveniles a largo plazo.

La economía dicta la táctica. Cuando un club no tiene solidez financiera, su única estrategia es el cortoplacismo: vender al joven talento a la primera oferta internacional por unos cuantos dólares, o contratar jugadores veteranos para evitar el descenso, cerrándole la puerta a las ligas menores. La liga debe convertirse en una verdadera plataforma de exportación, pero para lograrlo, los jugadores deben aprender a competir mejor desde Costa Rica. Si un futbolista sale al exterior sin la preparación integral, puede fracasar no por falta de talento en sus pies, sino por una dramática falta de hábitos profesionales.

La liga local no puede ser vista como un simple entretenimiento de fin de semana para las masas; es la línea de ensamblaje de nuestro orgullo

nacional. Si la fábrica opera con maquinaria oxidada y presupuestos en números rojos, el producto de exportación que enviaremos a la Copa del Mundo será defectuoso.

## **2. La Alianza Estratégica: El Fin de la Guerra Civil Institucional**

Para sanar este ecosistema económico, se requiere un cambio de paradigma en los despachos. Históricamente, en muchas latitudes, y la nuestra no es la excepción, la Federación y los clubes han convivido en una especie de guerra fría permanente. Se disputan a los jugadores, pelean por los calendarios, discuten por las fechas de préstamo y se miran con recelo mutuo.

La gerencia deportiva moderna exige dinamitar este muro absurdo. La Selección y los clubes deben dejar de verse de forma inmediata como intereses separados, porque ambos forman parte vital del mismo sistema. Es una simbiosis comercial y deportiva perfecta. Los clubes necesitan desesperadamente que la Selección triunfe para que aumente exponencialmente el valor de sus jugadores en el mercado internacional. A su vez, la Selección necesita con urgencia que los clubes formen, cuiden, alimenten y desarrollen ese talento desde la niñez.

Por lo tanto, debe existir una alianza técnica permanente entre ambas entidades. La Federación, asumiendo su rol de líder y cerebro del ecosistema, puede compartir con los equipos datos físicos de última generación, metodologías europeas, informes médicos centralizados y criterios formativos de élite. A cambio, los clubes pueden colaborar abiertamente en los microciclos, garantizar los minutos de los juveniles en la primera división y realizar un seguimiento individualizado de las métricas.

Esta alianza también debe resolver la eterna crisis de los calendarios. También debe discutirse el calendario, ya que un calendario mal diseñado afecta directamente el rendimiento, reduce el descanso, multiplica las lesiones y boicotea la preparación. Administrar el fútbol como un proyecto país significa que si la Selección juega una final internacional, el torneo local es el primer facilitador de su éxito, no su principal obstáculo.

### **3. La Prensa y el Resultadismo: La Guillotina Mediática**

El tercer vértice de este ecosistema es, quizás, el más ruidoso y el más influyente en la psicología social: los medios de comunicación. La prensa deportiva cumple una función vital en cualquier democracia futbolística. Audita, informa, cuestiona y conecta al equipo con su nación. Sin embargo, en la vorágine de la era digital, la búsqueda del clic inmediato y el morbo por la polémica han deformado, en muchas ocasiones, el análisis objetivo.

Hemos alimentado una cultura mediática de “resultadismo” tóxico, donde el valor de un proyecto de cuatro años se juzga exclusivamente por el resultado de un partido amistoso un martes por la noche. Cuando la prensa exige cabezas tras una derrota circunstancial, y la dirigencia cede ante esa presión mediática para no perder popularidad, el ecosistema se contamina.

La renovación de un plantel y la evaluación de un cuerpo técnico deben responder siempre al rendimiento táctico, físico y estadístico, no a la presión mediática del momento. Hay jóvenes que están preparados para dar el salto y otros que necesitan tiempo para madurar; la evaluación debe ser estrictamente técnica. Si la dirigencia toma decisiones basándose en la tendencia de las redes sociales o en el grito más fuerte del programa de radio matutino, estamos sustituyendo la gerencia deportiva por el populismo.

El entorno mediático debe elevar su propio estándar. Así como exigimos que los jugadores se profesionalicen, la prensa debe profesionalizar su análisis. El fútbol moderno se analiza con información, no con corazonadas. Cuando los medios de comunicación comiencen a educar a la afición sobre los goles esperados, las transiciones tácticas, la eficiencia ofensiva y las métricas de presión, estarán contribuyendo directamente a crear una cultura de alto rendimiento. Un periodismo que entiende el proceso es el mejor aliado de un proyecto país; un periodismo que solo busca la sangre tras la derrota es el principal arquitecto de la mediocridad.

La guillotina mediática no perdona la paciencia. Cortamos los procesos a la mitad porque nos asusta el ruido de la opinión pública. Pero la alta gerencia nos enseña que el silencio estratégico de un proyecto a largo plazo siempre será más poderoso que el ruido ensordecedor de una crisis de fin de semana.

#### **4. La Afición y el Fin de la Nostalgia: La Nueva Mentalidad Nacional**

Finalmente, llegamos al alma misma del ecosistema, al motor que hace que esta inmensa maquinaria tenga sentido: la afición. No existe en el planeta un patrocinador más fiel, un inversionista más apasionado ni un juez más severo que el hincha que paga su boleto con el sudor de su quincena. La Selección necesita a su gente con urgencia, pero la afición también necesita motivos para creer en la Selección.

En los últimos años, hemos presenciado un divorcio silencioso. Los estadios a medio llenar y el escepticismo generalizado son síntomas de una fractura emocional. Debemos entender que esta conexión perdida no se logra recuperar con campañas publicitarias diseñadas en agencias de mercadeo. Se logra, única y exclusivamente, con entrega absoluta, transparencia en la gestión, humildad en la cancha y rendimiento comprobable. El aficionado costarricense es noble y perdona los errores cuando ve compromiso, sudor y dirección. Lo que la grada jamás perdona es la apatía, la improvisación dirigencial o la falta de alma en el terreno de juego.

Costa Rica debe volver a sentir, en lo más profundo de sus fibras, que la Selección representa algo verdaderamente colectivo. No es solo un equipo de fútbol vistiendo de rojo; es una expresión viva del país entero. Para lograr esto, la Federación debe mejorar drásticamente su comunicación: explicar los procesos, acercar a los jugadores a las comunidades periféricas, promover a las selecciones menores y darle un rostro humano, cercano y genuino al proyecto.

Pero esta relación no es unidireccional. La afición también tiene deberes cívicos en este nuevo ecosistema. La afición debe exigir al máximo, pero también debe acompañar incondicionalmente. La crítica analítica es vital y necesaria para no caer en la complacencia, pero el insulto permanente y destructivo no construye absolutamente nada. Un país que quiere clasificar al Mundial debe empujar unido en la misma dirección.

Para que este empuje colectivo sea efectivo, la afición y el país entero deben someterse a una catarsis psicológica. Costa Rica debe cambiar radicalmente su mentalidad futbolística y abandonar el confort de sus glorias pasadas. No podemos seguir viviendo de la epopeya de Brasil 2014 como si fuera una garantía eterna que nos protege del fracaso. Esa gesta monumental debe servirnos para inspirar a las nuevas generaciones, no para adormecer nuestra voluntad en el presente.

Debemos recuperar la ambición. Pero tiene que ser una ambición seria, planificada y ejecutada, no una ambición fantasiosa o ingenua. Ambición respaldada con horas de trabajo. Ambición blindada con método científico. Ambición forjada en la disciplina. Hay que dejar de creer, de una vez por todas, en los espejismos de nuestra impaciencia: dejar de pensar que todo se arregla con la llegada de un técnico extranjero que traerá soluciones milagrosas en su maleta. Hay que dejar de pensar que un solo jugador juvenil, por más talentoso que sea, va a resolver mágicamente la anemia de nuestro ataque. Y, fundamentalmente, hay que dejar de culpar únicamente al árbitro, al mal estado de la cancha o a la mala suerte cuando las cosas no salen como planeamos.

Costa Rica necesita abrazar una mentalidad de reconstrucción total. Reconocer nuestros errores y nuestra desorganización no es un acto de pesimismo; es el primer paso indispensable, el acto de valentía inicial para poder mejorar.

La cultura de alto rendimiento no mata la alegría del fútbol silvestre; la ordena, la potencia y la convierte en resultados tangibles. Cuando el aficionado, la prensa, los clubes y la Federación se alinean bajo una misma bandera de exigencia y planificación, Costa Rica dejará de cruzar los dedos antes de un sorteo para empezar a cruzar los brazos con la tranquilidad de quien sabe que ya hizo el trabajo duro.

El ecosistema está listo para ser reseteado.

Sin embargo, antes de presentar el diseño arquitectónico definitivo para la nación, debemos abordar el cambio social y deportivo más sísmico de nuestro tiempo. Existe un gigante dormido en nuestro país, una fuerza que, si la logramos desatar con la misma visión gerencial que hemos propuesto, tiene el poder absoluto de elevar el perfil deportivo de Costa Rica a niveles insospechados.



# ARQUITECTOS DE FUTBOLISTICA O

1990 -

## HERNAN MEDFORD



### "EL HÉROE DEL GOL"

La fe inquebrantable.

Si Italia 90 fue nuestro despertar, Medford fue el grito que lo hizo realidad. Su gol contra Suecia no fue solo una jugada técnica; fue el momento en que Costa Rica entendió que podía competir y ganar ante los colosos del mundo. Medford personificó la velocidad, la astucia y, sobre todo, la rebeldía de un jugador que nunca se sintió menos que nadie, sin importar la camiseta que tuviera enfrente.



## LUIS GABELO CONEJO



### "EL GUARDIÁN DEL MILAGRO"

La revolución bajo los tres palos.

En Italia 90, Conejo no solo atajó balones; cambió la percepción global sobre el portero tico. Su capacidad para achicar espacios, su reflejo felino y su temple de acero lo convirtieron en un referente mundial. Fue el primer arquero nacional que nos enseñó que la seguridad en el arco es el cimiento de cualquier victoria épica, transformando la posición de portero en una de liderazgo absoluto.



# LA IDENTIDAD COSTARRICENSE

2005

## PAULO CESAR WANCHOPE



### "EL PIONERO DE LA ÉLITE"

La ruptura del techo de cristal. "Chope" es el arquitecto del sueño internacional. Su éxito en Inglaterra no fue un accidente, fue una demolición de prejuicios. Con su zancada, su potencia física y su capacidad para definir en las ligas más exigentes del planeta, le demostró a toda una generación que el futbolista costarricense podía ser protagonista en la élite absoluta. Wanchope es el puente que conectó nuestra técnica silvestre con la exigencia física del fútbol europeo.



## MAURICIO WRIGHT



### "EL GENERAL DE LA RETAGUARDIA"

La voz de mando en la zaga. En la transición hacia el nuevo siglo, Wright fue el arquitecto del orden defensivo. Capitán de capitanes, su capacidad para leer el juego y organizar a sus compañeros desde la retaguardia nos dio la estabilidad necesaria para competir en las eliminatorias más duras. Wright nos enseñó que el liderazgo en la cancha no se trata solo de empuje, sino de inteligencia, anticipación y una jerarquía inamovible que no permite errores.



# ARQUITECTOS DE FUTBOLISTICA O

1990 -

## ROLANDO FONSECA



### "LA SED DE GOL"

El pragmatismo y el hambre eterna.

Fonseca es el símbolo del jugador que entiende el fútbol como una profesión que se gana con sudor, picardía y hambre. Con una carrera dilatada y una capacidad goleadora que nunca se agotó, Rolando encarnó la resiliencia del futbolista que siempre busca el marco rival. Su legado es la lección de que, en el fútbol profesional, la contundencia es la moneda de cambio más valiosa de todas.



## WALTER CENTENO



### "EL REY DE LA PAUSA"

Centeno redefinió la posición del mediocampista creativo en Costa Rica, aportando una sofisticación inédita a nuestro juego. Su capacidad para dictar el ritmo del partido, su precisión milimétrica en el pase y su sangre fría en momentos de altísima presión lo convirtieron en el metrónomo de la Selección Nacional. Él nos enseñó que el control absoluto de un encuentro no se logra con un despliegue físico desordenado, sino con inteligencia espacial, visión periférica y una técnica impecable que impone sus propias condiciones sobre el rival.



# LA IDENTIDAD COSTARRICENSE

2005

## RONALD GOMEZ



### "EL CAÑÓN DE LA BALA"

Gómez le aportó a nuestra identidad ofensiva una dimensión física y una potencia de remate que el fútbol costarricense pocas veces había experimentado a nivel internacional. Sus goles en múltiples Copas del Mundo demostraron que nuestra delantera podía perforar las defensas más estructuradas del planeta. "La Bala" es el testimonio vivo de que el jugador tico puede sumar musculatura y agresividad de primer mundo sin perder la esencia de su talento, convirtiéndose en una amenaza constante capaz de cambiar la historia de un partido desde fuera del área.



## GILBERTO MARTINEZ



### "EL GLADIADOR TÁCTICO"

El "Tuma" representó el salto de calidad definitivo de la zaga costarricense hacia la máxima exigencia global. Su éxito probó que nuestros jugadores poseían la disciplina táctica, la velocidad de anticipación y la dureza mental para anular a los mejores atacantes del planeta. Martínez es el arquetipo de la defensa moderna: un profesional silencioso, implacable en la marca individual y dotado de un temple de acero, demostrando que la técnica costarricense también sirve para destruir el juego del adversario con absoluta maestría.



# LA REVOLUCION INEVITABLE

“EL FÚTBOL FEMENINO NO ESTÁ  
PIDIENDO PERMISO PARA EXISTIR;  
ESTÁ EXIGIENDO EL LUGAR QUE  
POR DERECHO, TALENTO Y CORAJE  
LE PERTENECE”

EMMA HAYES,  
HISTÓRICA DIRECTORA TÉCNICA DEL CHELSEA FC  
Y SELECCIONADORA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Hay un murmullo que recorre los potreros, las canchas sintéticas de barrio y las plazas de las zonas rurales de Costa Rica. Es un sonido vibrante, y cargado de una electricidad distinta. Si uno viaja a las tardes lluviosas de Pérez Zeledón, a los mediodías sofocantes de Limón o a las llanuras infinitas de la Zona Norte, descubrirá un fenómeno que desafía la inercia de nuestra historia deportiva. Son niñas y mujeres jóvenes corriendo detrás de un balón con un hambre de gloria que hace tiempo dejó de verse en muchos sectores del fútbol masculino. Juegan contra el barro, contra el prejuicio, contra la falta de uniformes de su talla y contra la indiferencia de juntas directivas atrapadas en el siglo pasado. Y, sin embargo, ganan. Corretean la pelota con una pasión tan pura y un atrevimiento tan electrizante que es imposible no sentir que se está presenciando el nacimiento de una era totalmente nueva.



Durante décadas, la estructura tradicional del balompié costarricense ha tratado al fútbol femenino como un apéndice decorativo. Se le ha visto bajo la lente condescendiente de la filantropía, como un proyecto de “responsabilidad social corporativa” que las instituciones deben sostener para cumplir con una cuota política o para ganarse un aplauso políticamente correcto de la FIFA. Esa visión es una absoluta torpeza gerencial. El fútbol femenino no es una obra de beneficencia. Es la mayor oportunidad de crecimiento exponencial, el activo financiero más subvalorado del mercado deportivo y el vehículo más rápido y legítimo que tiene Costa Rica en el siglo XXI para posicionarse de forma permanente en la élite del planeta.

Si este libro busca ser un manual de acción para sacudir los cimientos del país, debemos entrar a este capítulo con los ojos limpios de prejuicios. No vamos a plantear propuestas tímidas ni soluciones cosméticas. Vamos a diseñar una revolución estructural. La disciplina, el orden y el método que hemos analizado en los imperios del mundo adquieren una potencia transformadora cuando se aplican al fútbol femenino, porque las mujeres deportistas de nuestro país poseen una ventaja competitiva invisible pero destructiva: una resiliencia emocional inquebrantable, forjada en la necesidad de tener que ganárselo todo desde cero. Es hora de encender la chispa y liberar al gigante dormido.

## **1. La Falacia del “Copia y Pega”: Por qué el Modelo Actual está Quebrado**

El primer gran error de la dirigencia costarricense ha sido intentar gestionar el fútbol femenino utilizando exactamente el mismo manual con el que administran el masculino. Han tomado una estructura saturada, maleada por vicios históricos, viciada por el cortoplacismo y ralentizada por intereses particulares, y han pretendido que las mujeres se acomoden a ella. El resultado es un estancamiento predecible. El fútbol femenino exige su propia ingeniería de negocios, su propia ciencia deportiva y su propia estrategia de posicionamiento.

Cuando analizamos la industria global, las naciones que hoy dominan la disciplina —como Estados Unidos, Inglaterra o España— no lo lograron

abriéndole un espacio de dos horas a las mujeres en la cancha secundaria del club masculino. Lo lograron independizando el producto. El fútbol femenino posee una demografía de consumo radicalmente distinta. Sus estadios no se llenan de barras organizadas violentas; se llenan de familias, de niñas que buscan modelos a seguir, de un público que consume el deporte desde una perspectiva cívica, festiva y aspiracional. Las marcas comerciales de primer nivel mundial ya no buscan asociarse al fútbol únicamente por los minutos de transmisión en televisión; buscan asociarse a valores. Y no existe ningún activo en el mercado que proyecte valores de inclusión, modernidad, superación y transparencia con mayor pureza que el deporte femenino.

En Costa Rica, tuvimos una generación dorada que nos demostró el tamaño de nuestro potencial. Mujeres que, lideradas por figuras legendarias como Shirley Cruz, abrieron la brecha a punta de puro coraje y talento silvestre, logrando la histórica clasificación al Mundial de Canadá 2015. Aquel hito debió haber sido el catalizador para fundar la estructura definitiva. Sin embargo, cometimos el mismo pecado capital que analizamos en la resaca de Italia 90 y Brasil 2014: nos quedamos celebrando la anécdota y olvidamos construir la fábrica. Dejamos a esas atletas solas, obligadas a autofinanciarse, compitiendo en canchas deplorables y sin un relevo generacional planificado desde las bases. El talento tico es tan extraordinario que, a pesar de ese abandono institucional, seguimos produciendo jugadoras excepcionales que emigran al extranjero. Imaginemos por un segundo lo que ocurriría si en lugar de abandonarlas a su suerte, les entregamos un sistema científico de alto rendimiento.

Tratar al fútbol femenino como una versión miniatura o secundaria del masculino es una ceguera económica y deportiva. No estamos ante un torneo de menor categoría; estamos ante una categoría de negocio e identidad completamente nueva que exige líderes con la audacia de inventar el futuro, no de administrar el pasado.

## **2. La Auditoría del Silencio: Fisiología, Biomecánica y las Fracturas Invisibles**

Para dotar a este libro conceptual y propositivamente que exigen los líderes que tomarán las riendas del cambio, debemos descender al terreno

de la ciencia aplicada. Las propuestas vagas del tipo “hay que darles más apoyo” no sirven para construir un imperio deportivo. Necesitamos hablar de números, de protocolos médicos y de infraestructura inteligente.

Uno de los diagnósticos más alarmantes y menos discutidos en nuestro entorno es la total ausencia de una preparación física y biomédica específica para la fisiología femenina. El cuerpo de una atleta no funciona igual al de un atleta masculino. Las tasas de lesiones de ligamento cruzado anterior (LCA) en el fútbol femenino global son hasta entre cuatro y seis veces superiores a las del masculino. Esto no es una maldición biológica; es la consecuencia de entrenar a mujeres utilizando cargas, calzado, terrenos de juego y mecánicas de salto diseñadas originalmente para hombres.



En Costa Rica, la mayoría de los clubes de la primera división femenina carecen de un departamento de ciencias del deporte enfocado en la salud hormonal, la nutrición específica para el ciclo menstrual y el fortalecimiento preventivo de la pelvis y las rodillas. Las jugadoras entrenan en canchas sintéticas desgastadas de pésima calidad, que multiplican el impacto en las articulaciones, y bajo horarios inhumanos de mediodía o altas horas de la noche, porque las planificaciones de los clubes prioriza siempre el uso del estadio principal para las divisiones masculinas. Esto no es solo una injusticia social; es un pésimo negocio. Un club que pierde a su estrella por una ruptura de ligamentos debido a una cancha deficiente está destruyendo su propio patrimonio y devaluando el espectáculo que le vende a los patrocinadores.

## A TRAVÉS DEL FÚTBOL, PUEDES CAMBIAR LA SOCIEDAD DE UNA MANERA POSITIVA.

▮ SARINA WIEGMAN, DIRECTORA TÉCNICA DE LA SELECCIÓN DE INGLATERRA

La infraestructura formativa en nuestras zonas rurales es prácticamente inexistente. El talento de las costas, de las comunidades indígenas y de las zonas fronterizas se pierde de vista en un agujero negro

de desorganización. Las niñas de catorce o quince años que poseen condiciones físicas excepcionales en Limón o Guanacaste no tienen acceso a un gimnasio de fuerza, a un control nutricional básico o a un entrenador certificado que les enseñe el control orientado, el uso del perfil corporal o la lectura táctica de los espacios. Llegar a la primera división a los dieciocho años sin estos automatismos asimilados es una desventaja competitiva insalvable cuando se enfrenta el ritmo internacional. Si queremos cambiar el rumbo del país, la reforma del fútbol formativo debe ser integral y descentralizada.

### **3. El Plan “Aura 2035”: Una Propuesta Disruptiva para el Fútbol Femenino**

Dejemos atrás el diagnóstico y entremos de lleno a la ingeniería de soluciones. Aquí presentamos la arquitectura de un plan, una propuesta político-deportiva estructurada en cuatro pilares, pensada para convertir a Costa Rica en una potencia en la próxima década.

#### **Pilar A: El Fideicomiso Autónomo de Comercialización y Derechos de Medios**

La sostenibilidad financiera del fútbol femenino costarricense nunca se alcanzará si sigue dependiendo de las “migajas” presupuestarias que le otorgan las juntas directivas de los clubes masculinos. La propuesta concreta es la independencia absoluta de la marca de la liga femenina.

Se debe constituir un Fideicomiso Autónomo que unifique los derechos de transmisión televisiva, los patrocinios principales y las licencias comerciales de la Liga Femenina, comercializándolos como un producto exclusivo de alta gama. Que quede terminantemente prohibido por normativa el “paquete combo” (vender el fútbol femenino como un agregado gratuito al contrato de televisión del masculino). Al independizar los derechos, las marcas comerciales podrán invertir directamente en un entorno libre de violencia, con audiencias familiares y métricas de engagement digital

infinitamente superiores. Los ingresos generados por este fideicomiso se distribuirán mediante un modelo de “fair play financiero”, donde un porcentaje alto de los recursos se destinará obligatoriamente a la infraestructura formativa, canchas exclusivas de césped natural y salarios dignos profesionales para las jugadoras, rompiendo el ciclo del amateurismo.

**Pilar B:**  
**El Centro de Optimización  
de Rendimiento Femenino**

La Federación Costarricense de Fútbol debe liderar la construcción del primer Centro de Optimización de Rendimiento Femenino de Centroamérica. Este no será un edificio administrativo; será un laboratorio de ciencia de vanguardia aplicada a la mujer deportista.

Este Centro operará con tres departamentos clave:

*Laboratorio de Biomecánica Preventiva:* Encargado de escanear la pisada, los ángulos de salto y la desaceleración de cada jugadora de las selecciones nacionales y clubes licenciados, diseñando plantillas y rutinas personalizadas para reducir a cero la epidemia de lesiones de ligamento cruzado.

*Unidad de Endocrinología y Nutrición Deportiva:* Desarrollará planes alimentarios y cargas de entrenamiento adaptadas a las fases del ciclo menstrual de las atletas, maximizando los picos de fuerza y optimizando los periodos de recuperación para evitar el síndrome de deficiencia energética relativa en el deporte (RED-S).

*Gimnasio de Alta Intensidad y Potencia:* Diseñado específicamente para desarrollar la masa muscular, la velocidad de reacción y la potencia explosiva que exige el fútbol contemporáneo, nivelando la balanza física ante potencias internacionales.

**Pilar C:**  
**La Red de Scouting de la Diáspora  
y el Enlace NCAA**

El fútbol moderno no se limita a las fronteras geográficas del Valle Central. Tal como lo ha demostrado el éxito internacional de naciones de Concacaf como Haití y Panamá —quienes construyeron parte de sus procesos históricos clasificatorios potenciando el talento de sus diásporas en el extranjero—, Costa Rica debe fundar de inmediato una oficina internacional de visorías.

El talento costarricense no solo nace en nuestras provincias; también vive, estudia y entrena en el extranjero. El fútbol universitario de los Estados Unidos (NCAA) es la incubadora de atletas femeninas más potente del mundo. Si no construimos un puente directo para reclutar a las hijas de costarricenses que compiten en ese sistema, estamos obsequiando nuestra ventaja competitiva al resto del área.

El plan propone un convenio estratégico entre la Federación y las principales universidades norteamericanas. Se creará una base de datos digital centralizada que rastree los minutos, el rendimiento físico y las estadísticas de cualquier jugadora con ascendencia costarricense en el sistema colegial de EE. UU. e Inglaterra. Estas futbolistas, criadas en una cultura de alto rendimiento absoluto y con una preparación física de primer nivel desde la adolescencia, serán integradas tempranamente a los microciclos de las selecciones menores, inyectando competitividad, mentalidad ganadora y musculatura al plantel nacional.

**Pilar D:**  
**El Sistema de Licenciamiento  
Progresivo Obligatorio para Clubes**

Se establecerá una reforma reglamentaria implacable por parte de la Federación. Ningún club de la primera división masculina podrá inscribir su planilla profesional si no cuenta con una estructura

femenina completa que cumpla con los Estándares Mínimos de Dignidad Deportiva:

1. Contratos profesionales garantizados con salarios base que permitan la dedicación exclusiva de las jugadoras al deporte, eliminando la doble jornada laboral que drena su rendimiento.
2. Acceso prioritario a canchas de césped natural de primer nivel para entrenamientos y partidos oficiales, prohibiendo las localías en canchas sintéticas en mal estado.
3. Cuerpos técnicos exclusivos con licencia profesional tipo A de la Concacaf, desterrando la práctica de nombrar entrenadores improvisados o asistentes sin experiencia en el banquillo femenino.
4. Estructuras formativas obligatorias en categorías Sub-13, Sub-15 y Sub-17 que participen en torneos nacionales organizados con seriedad metodológica.

Los clubes que demuestren una mejor gestión formativa y que exporten jugadoras al mercado internacional recibirán incentivos económicos directos provenientes del fondo del Fideicomiso Autónomo. Aquellos que traten el fútbol femenino como una carga burocrática perderán su licencia de competición. La alta gerencia no ruega; legisla.

#### **4. El Impacto Sociológico: El Fútbol como Política Social Inteligente**

El valor de esta revolución trasciende por completo el marcador de un partido o la clasificación a una copa mundial. Cada colón invertido en el deporte base de nuestro país no es un gasto, es una inversión social inteligente con un retorno incalculable para el tejido democrático de Costa Rica. Cuando abrimos una academia formativa de fútbol femenino en una comunidad vulnerable de Limón, Puntarenas o la Zona Norte, no estamos simplemente buscando a la próxima delantera de la selección; estamos transformando el destino de una comunidad entera.

El deporte es la herramienta de movilidad social y prevención comunitaria más potente que posee el Estado. En muchas de nuestras regiones rurales, las niñas y las jóvenes se enfrentan a un entorno de oportunidades limitadas, donde la falta de espacios recreativos seguros, la deserción escolar y los ciclos de vulnerabilidad social amenazan con truncar sus proyectos de vida. El fútbol introduce en sus rutinas una cultura de alto rendimiento basada en hábitos inquebrantables: disciplina, puntualidad, trabajo en equipo, cuidado del cuerpo, resiliencia ante el fracaso y una ambición sana por superarse día con día.

El fútbol educa. Una niña que aprende a pararse con liderazgo en la cancha, que asimila la velocidad mental para tomar decisiones bajo presión y que experimenta el poder de la solidaridad colectiva con sus compañeras, es una joven que desarrolla una autoestima indestructible. Esa fortaleza psicológica la acompañará fuera de la cancha: la impulsará a no abandonar las aulas de su colegio, la blindará ante los peligros de las calles y la preparará para asumir puestos de liderazgo en las empresas, en las municipalidades y en la política del futuro.

## **5. El Manifiesto del Mañana: Una Llamada a las Armas para la Nueva Era**

Cerramos este capítulo mirando fijamente a los ojos a quienes manejan los hilos del deporte y de las finanzas en nuestro país. La revolución inevitable del fútbol femenino está marchando con una fuerza arrolladora, y no se va a detener porque un grupo de dirigentes prefiera seguir viviendo de la nostalgia de sus recuerdos masculinos pasados. La única interrogante que queda por responder es si Costa Rica decidirá liderar este movimiento global con la altivez y el orgullo de una potencia, o si se quedará rezagada en la periferia de la historia, observando con amargura cómo otros países con menos condiciones naturales cosechan el éxito que nosotros despreciamos por falta de visión.

Líderes empresariales, presidentes de clubes, marcas comerciales que buscan conectar con la sociedad del futuro: el fútbol femenino no necesita sus aplausos condescendientes; necesita sus inversiones estratégicas, su rigor gerencial y su respeto profesional. Es hora de encender los

reflectores de los estadios principales, de abrir las salas de juntas a las ideas disruptivas, de profesionalizar las estructuras médicas y de salir a buscar el talento a cada rincón de nuestra tierra y de nuestra diáspora.

Esta es la chispa que le faltaba a nuestra identidad deportiva. Las mujeres futbolistas de Costa Rica ya tienen el alma, la técnica y el coraje grabado en su ADN. Ahora nos toca a todos juntos poner la ingeniería, el orden y la infraestructura para que su vuelo sea eterno. Al Mundial no se llega mirando atrás; se llega sembrando hoy, con valentía y ambición feroz, el fútbol moderno que queremos ver mañana. El aula de la Cátedra del Mundo se cierra con esta gran verdad. Los planos arquitectónicos de la grandeza están completamente listos y validados. Ha llegado la hora de regresar a casa, tomar el lápiz y comenzar la construcción definitiva de nuestro propio imperio.



# EL SALTO CUANTICO

“LA VELOCIDAD DE  
PROCESAMIENTO EN EL  
CEREBRO DEL JUGADOR  
DEFINIRÁ A LOS PRÓXIMOS  
CAMPEONES DEL MUNDO”

RALF RANGNICK,  
DIRECTOR TÉCNICO Y ARQUITECTO DEL MODELO MODERNO DEL FÚTBOL ALEMÁN

Si has llegado hasta este punto del libro, ya hemos desmantelado el pasado. Hemos dejado claro que el orden institucional, la disciplina táctica, la gobernanza transparente y la solidez defensiva son obligatorios. Sin embargo, en la alta gerencia existe una máxima inquebrantable: resolver tus problemas básicos no te convierte en un líder, simplemente te saca de la quiebra. Hacer todo lo que hemos descrito en los capítulos anteriores —organizar la liga, profesionalizar la Federación y defender bien— es apenas el requisito higiénico para poder entrar a la cancha en el siglo XXI. Eso nos iguala, pero no nos hace ganar.



Para que Costa Rica dé el golpe de autoridad definitivo y se convierta en la anomalía más fascinante del balompié mundial de cara al 2030, tenemos que dejar de intentar empatar el juego de las potencias y comenzar a hackear el futuro. Debemos ser disruptivos, exactamente de la misma manera en que el fútbol femenino nos demostró que existe un océano azul de oportunidades cuando nos atrevemos a romper el molde tradicional.

Este nuevo Capítulo abandona las propuestas convencionales. Vamos a adentrarnos en las verdaderas fronteras del deporte de élite: la neurociencia aplicada, la revolución tecnológica, la ingeniería financiera y la capitalización de nuestra “Marca País”. El fútbol dejó de ser un deporte de fuerza para convertirse en una guerra de cerebros y algoritmos.

### **1. El Atleta Cognitivo: La Neurociencia en el Centro del Proyecto**

Durante décadas hemos entrenado los músculos, los pulmones y las articulaciones de nuestros jugadores. Les exigimos que corran más rápido y salten más alto. Pero hemos ignorado por completo el músculo más crítico y determinante en la toma de decisiones: el cerebro.

En la élite europea, el espacio y el tiempo han desaparecido. Un jugador de primer nivel tiene menos de 1.5 segundos para recibir el balón, escanear la presión de tres rivales, calcular la trayectoria del viento y ejecutar un pase milimétrico. Esa velocidad no se logra entrenando en una cancha de barro; se logra entrenando la neuroplasticidad del cerebro. Esta propuesta propone que Costa Rica sea pionera en América Latina en la integración de la neurociencia deportiva.

Imaginemos a un joven talento reclutado en las zonas rurales de nuestro país. En nuestro nuevo ecosistema, este jugador no solo patea balones; utiliza simuladores de realidad virtual (VR) antes de salir al campo. A través de gafas de inmersión, su cerebro es sometido a la presión de jugar en un estadio repleto, enfrentando escenarios donde debe tomar decisiones tácticas en fracciones de segundo. Entrenamos su visión periférica, su capacidad de anticipación y su tiempo de reacción neuronal.

El talento natural silvestre del costarricense —esa picardía para amagar y engañar al rival— es, en esencia, una altísima capacidad de procesamiento cognitivo. Si tomamos esa ventaja biológica y la refinamos con laboratorios de neurociencia que optimicen la toma de decisiones bajo estrés, crearemos futbolistas inmunes a la presión mediática y al pánico escénico que históricamente nos ha paralizado en las eliminatorias. La fortaleza mental no será un discurso motivacional, será un rasgo neurológico entrenado y medible.

## **2. El Ecosistema Financiero 3.0: Tokenización y el Fin de los Clubes Quebrados**

No podemos hablar de revolución deportiva si seguimos operando con modelos financieros de la década de 1980. El fútbol costarricense sufre porque sus clubes dependen casi exclusivamente de la venta de entradas dominicales, de patrocinios locales estáticos y de derechos de transmisión limitados. Cuando hay crisis, la formación juvenil es lo primero que se recorta. Para romper este ciclo, Costa Rica debe abrazar la economía digital y la Web3.

El salto cuántico propone la tokenización de los derechos de formación. Hoy en día, si una academia humilde en Puntarenas o Limón forma a un jugador extraordinario, rara vez recibe la compensación justa cuando ese jugador es vendido a Europa años después, debido a vacíos legales o burocracia. Mediante el uso de tecnología blockchain y contratos inteligentes, cada niño que ingrese al sistema formativo nacional tendrá un registro digital inalterable. Cuando ese jugador firme un contrato millonario en el extranjero, el contrato inteligente ejecutará automáticamente el pago de los derechos de solidaridad a la academia de barrio que lo formó, sin intermediarios, sin abogados y en tiempo real.

Más aún, los clubes podrían democratizar su financiamiento. En lugar de depender de un solo mecenas millonario, los equipos costarricenses pueden emitir Fan Tokens de inversión. Un aficionado no solo comprará una camiseta; comprará un activo digital que financia directamente la construcción de la nueva cancha de las ligas menores. A cambio, ese aficionado obtendrá poder de voto en decisiones no deportivas del

club y rendimientos si la cantera es exitosa. Al convertir a la afición en verdaderos micro-inversionistas del desarrollo, inyectamos capital líquido inmediato a la base de la pirámide, erradicando para siempre la excusa de “no hay dinero para formar jóvenes”.

### **3. El Big Data y la Biomecánica Predictiva**

Esta visión señala que al fútbol moderno no le basta la simple intuición. Esta premisa debe ir a un límite más radical. No estamos hablando de tener a un estadígrafo contando cuántos pases malos dio un jugador. Estamos hablando de Inteligencia Artificial (IA) y Biomecánica Predictiva.

Costa Rica debe invertir agresivamente en análisis de rendimiento avanzado: goles esperados, presión efectiva, mapas de calor y velocidad máxima. Pero el uso verdaderamente disruptivo de esta tecnología será la prevención algorítmica de lesiones. Mediante chalecos GPS de última generación y cámaras de análisis cinemático instaladas en nuestros estadios, la IA procesará la forma de correr de nuestros jugadores. El sistema alertará al cuerpo técnico, semanas antes de que ocurra, que un defensor central está sobrecargando su rodilla izquierda debido a una asimetría en su zancada, derivada de la fatiga.

En una eliminatoria mundialista, donde el margen de errores microscópico y los partidos se definen en los últimos veinte minutos por fatiga física, un sistema algorítmico que evite la lesión de tu estrella es más valioso que cualquier fichaje millonario. Los datos no matan el talento; lo mantienen vivo y en la cancha.

Asimismo, la tecnología se convertirá en nuestra principal arma letal para la pelota parada. En la Concacaf, la táctica fija es decisiva y no se puede desperdiciar. Mediante simulaciones por computadora, el cuerpo técnico estudiará los patrones defensivos del rival en los tiros de esquina, calculando milimétricamente dónde caerá el balón y dónde hay vacíos espaciales. La IA le dirá a Costa Rica exactamente en qué centímetro del área el rival es más vulnerable estadísticamente. El gol dejará de ser una obra del azar para convertirse en una ecuación resuelta.

#### **4. Costa Rica Hub: El Fútbol como “Marca País” y el Turismo de Alto Rendimiento**

Hemos ignorado la mayor ventaja competitiva que tenemos como nación. Costa Rica es una de las marcas país más respetadas del planeta, sinónimo de sostenibilidad, ecología, paz y bienestar (Pura Vida). ¿Por qué nuestro fútbol no refleja esa identidad global?

Sería ideal transformar a Costa Rica en el Hub de Entrenamiento de Alto Rendimiento más importante de América. El Estado, las municipalidades y la empresa privada deben unirse para construir infraestructuras deportivas de élite en zonas de altura y en nuestras costas, diseñadas como ecosistemas carbono neutrales.

¿Cuál es el modelo de negocio? Atraer a los clubes de élite de Europa, la MLS y Sudamérica para que realicen sus pretemporadas en Costa Rica. Ofrecerles instalaciones tecnológicas de primer mundo, inmersas en la naturaleza, con alimentación orgánica y altitud natural para mejorar su resistencia aeróbica.

Los ingresos multimillonarios generados por este “turismo deportivo de élite” no irán a las arcas de empresas privadas, sino que financiarán el 100% de nuestras selecciones menores y de nuestras infraestructuras comunitarias. Además, nuestros jóvenes talentos y entrenadores nacionales convivirán, se foguearán y aprenderán de primera mano las metodologías de los gigantes europeos mientras estos visitan nuestro país. Convertiremos nuestra geografía en nuestra principal fuente de financiamiento deportivo.

#### **5. La Diáspora 3.0: Red de Inteligencia y Capital Humano**

Finalmente, debemos replantear nuestra visión sobre los costarricenses en el extranjero. Hemos mencionado que países como Haití y Curazao armaron selecciones competitivas buscando jugadores con raíces nacionales en el exterior. Pero buscar talento en la diáspora costarricense es solo el primer nivel del juego.

La diáspora no solo alberga jóvenes que pueden patear un balón. En Estados Unidos, Europa y Asia, existen miles de costarricenses brillantes operando como ingenieros de software, analistas de datos, médicos especialistas en biomecánica deportiva y gerentes de marketing en grandes corporaciones. Para esta Visión, se propone crear una Red de Inteligencia Nacional que reclute a estos cerebros.

La Federación debe abrir sus puertas para que un ingeniero tico en Silicon Valley diseñe el software de scouting de nuestras ligas menores, o para que una nutricionista radicada en Suiza structure los planes de alimentación de nuestras selecciones. La patria no se define por quién vive dentro de las fronteras, sino por quién está dispuesto a aportar su genialidad al escudo. Al integrar el intelecto de nuestra diáspora en las operaciones gerenciales del fútbol, Costa Rica dejará de competir con el cerebro de un país de cinco millones de habitantes, para competir con el poderío de una corporación global.

El mundo está cambiando a una velocidad vertiginosa y seguir discutiendo si debemos jugar al contragolpe o a la posesión es un debate del siglo XX. Vamos a cruzar la neurociencia con el talento de la plaza, vamos a financiar el desarrollo con tecnología blockchain, vamos a proteger nuestros músculos con inteligencia artificial y vamos a convertir nuestros bosques en el laboratorio de alto rendimiento del mundo.

Las reglas del juego han sido reescritas.  
El fútbol es la excusa; la innovación es el legado.



## Capítulo 12

# DE LA IDEA A LA EJECUCION

“EL TALENTO IMAGINA, PERO  
SOLO LA ORGANIZACIÓN  
CONQUISTA”

CARLO ANCELOTTI,  
DIRECTOR TÉCNICO TETRACAMPEÓN DE LA UEFA CHAMPIONS LEAGUE

Los cementerios de la historia deportiva mundial están atiborrados de proyectos hermosos, de planes maestros diseñados en oficinas lujosas y de discursos grandilocuentes pronunciados tras una derrota dolorosa. Todo proyecto que se queda a vivir en la teoría es, en última instancia, una alucinación compartida. En los capítulos anteriores, hemos propuesto el ecosistema del futuro, hemos trazado la arquitectura táctica y hemos hackeado el sistema con innovación tecnológica. Sin embargo, toda esa genialidad intelectual no tiene la capacidad de mover un balón un solo centímetro si no somos capaces de aterrizar en la realidad con una precisión quirúrgica.



El gran abismo que separa a las potencias mundiales de los países en vías de desarrollo deportivo no es la falta de ideas brillantes; es la incapacidad crónica para ejecutarlas. Pasar de la idea a la ejecución exige abandonar el romanticismo para abrazar la ingeniería jurídica, corporativa y gubernamental. Si queremos que Costa Rica no vuelva a faltar a una cita mundialista, debemos establecer un marco de acción donde la improvisación sea literalmente ilegal.

En este capítulo, vamos a desglosar las turbinas de ejecución masiva. Estableceremos los estándares obligatorios inquebrantables, el sistema de licenciamiento radical, el nuevo pacto de sangre con los clubes y la mega-alianza estratégica entre el Estado y el capital privado.

## **1. La Tiranía del Método: El Sistema de Licenciamiento Radical**

La liga nacional no puede seguir siendo administrada como un club social donde las reglas se flexibilizan dependiendo de la influencia histórica de un equipo o de las presiones de los pasillos. Si la liga es la fábrica cotidiana de la Selección, esa fábrica debe someterse a una auditoría de calidad draconiana. La ejecución del modelo inicia con la imposición inmediata de un Sistema de Licenciamiento Radical y Progresivo.

Ningún equipo, de primera o segunda división, podrá inscribirse en una competición oficial si no aprueba lo que podemos llamar “Requisitos Institucionales Mínimos”. Este licenciamiento dejará de ser un simple trámite de papeleo para convertirse en un filtro de supervivencia corporativa. No debería de ser negociable. La Federación debe dejar de actuar como un mediador diplomático y empezar a actuar como un ente regulador de alta exigencia.

### **1.1. Auditoría de Infraestructura y Estándares de Juego**

La ejecución requiere que erradiquemos el “potrero” del fútbol profesional. Se podría establecer un plazo perentorio de veinticuatro meses para que todo estadio de primera división cuente con canchas de césped natural

o híbrido de última generación que cumplan con los estándares FIFA para el fútbol internacional. Jugar en superficies sintéticas deterioradas o irregulares ralentiza el espectáculo, frena el desarrollo técnico y atenta criminalmente contra las articulaciones de los atletas. El club que no posea una cancha donde el balón ruede a velocidad internacional, perderá su franquicia de competición automáticamente. La infraestructura es la base de la técnica; sin una superficie de élite, el jugador tico nunca se acostumbrará a la velocidad del juego moderno.

## **1.2. Fair Play Financiero: La Guillotina Administrativa**

Clubes débiles administrativamente o asfixiados por las deudas no pueden formar bien a la juventud, invertir en infraestructura o sostener procesos a largo plazo. La ejecución demanda la creación de un Fair Play Financiero al estilo de las ligas europeas más avanzadas. Los equipos deberán presentar auditorías externas independientes cada semestre ante un ente contralor externo a la Federación. Si un club registra atrasos salariales con sus jugadores, automáticamente podrá perder puntos en la tabla de clasificación; si reincide, debería ser descendido de categoría. El pánico financiero quincenal debe ser extirpado de raíz. Un club que no paga a tiempo es un club que no está compitiendo; está simplemente sobreviviendo, y el fútbol mundialista no tiene espacio para la supervivencia, solo para el rendimiento.

## **1.3. ADN Formativo: La Obligación de las Categorías Inferiores**

El licenciamiento no debería de ser otorgado si el club no demuestra la existencia y operación activa de sus academias formativas (Sub-15, Sub-17, Sub-20). Estas no pueden ser dirigidas por voluntarios bien intencionados; la Federación tiene que exigir que todos los cuerpos técnicos juveniles cuenten con la capacitación y las licencias correspondientes, fortaleciendo la actualización táctica, la preparación física, el análisis de video y la psicología deportiva. Los clubes que mejor formen y eduquen a sus bases podrían recibir incentivos financieros directos, mientras que aquellos que traten el fútbol formativo como una carga burocrática perderían su

licencia de competición.

## **2. La Alianza de la Triple Hélice: Estado, Federación y Empresa Privada**

El fútbol es el fenómeno sociológico más potente del país y su desarrollo no puede ser financiado ni gestionado exclusivamente por los ingresos de los estadios. La ejecución de un proyecto país requiere una sinergia perfecta entre tres gigantes que históricamente han operado de espaldas: el Estado costarricense, la Federación y el capital privado.

### **2.1. El Rol del Estado como Facilitador**

El Estado no debe dirigir la Selección ni interferir jamás en las decisiones deportivas de la dirigencia técnica. Sin embargo, el gobierno central y las municipalidades tienen la altísima responsabilidad social de crear las condiciones logísticas para el desarrollo del deporte base. Invertir en deporte base no es un lujo decorativo; es una política social inteligente que aleja a los jóvenes de las calles, mejora la disciplina, fortalece la autoestima y crea un sentido de pertenencia irrompible. Esta nueva alianza consiste en que el Estado ilumine las canchas, garantice la seguridad policial en los entornos deportivos y brinde el mantenimiento básico a los terrenos de juego comunitarios, porque es en esa cancha comunal donde empieza la Selección Mayor. Las municipalidades deberían destinar partidas presupuestarias específicas para el desarrollo de entrenadores certificados en cada cantón, asegurando que el talento no se pierda por falta de guía profesional.

### **2.2. La Empresa Privada: Del Patrocinio al “Apadrinamiento de Alto Rendimiento”**

Las grandes corporaciones tienen que pasar de ser simples anunciantes a ser arquitectos del deporte nacional. Este punto propone el modelo de “Inversión de Retorno Comunitario”. Las empresas, mediante incentivos fiscales aprobados por ley, podrán apadrinar los Centros Regionales de Desarrollo en Limón, Guanacaste, Puntarenas y la Zona Norte. A cambio de un posicionamiento de marca invaluable como pilares del desarrollo

nacional, estas empresas entonces financiarían los viáticos, los uniformes y la nutrición de miles de jóvenes. Transformaremos el presupuesto publicitario de las corporaciones en el motor financiero de nuestra cantera, creando un ecosistema donde el éxito deportivo de una región se traduzca directamente en el reconocimiento social de la marca patrocinadora.

### **3. El Cerebro Institucional: Profesionalización de la Federación**

Si la Federación sigue operando como un comité de eventos, seguiremos obteniendo resultados de evento. La ejecución requiere la creación de una dirección deportiva fuerte, blindada políticamente, que goce de autoridad técnica y una visión inamovible de largo plazo.

Esta dirección es la encargada de coordinar, bajo un mismo hilo conductor, a las selecciones menores, los departamentos de scouting, la metodología de juego, el análisis de datos masivos y la planificación internacional. La institucionalidad deportiva significa que cuando un entrenador de la Selección Mayor se marche, el proyecto nacional no debe derrumbarse. La Federación debe conservar la memoria técnica, los datos de rendimiento, los informes biomecánicos, las metodologías probadas y los objetivos a futuro.

Para garantizar esto, la ejecución debería demandar que la Federación rinda cuentas mediante indicadores de gestión gerencial auditables:

- Eficiencia en el desarrollo de selecciones menores.
- Tasa de exportación de jugadores hacia ligas de alto nivel.
- Minutos reales de juego acumulados por juveniles en primera división.
- Evolución biométrica y atlética de los jugadores del sistema nacional.
- Cumplimiento estricto del modelo de juego en todas las categorías.

El fútbol costarricense necesita menos improvisación emotiva y muchísima más gestión institucional.

## **4. La Revolución Tecnológica: Ciencia aplicada al Rendimiento**

En la era del Big Data, administrar un equipo de fútbol guiándose únicamente por el “ojo clínico” o la intuición es el equivalente a navegar utilizando mapas del siglo XVIII. El fútbol moderno se decodifica con información dura.

Este punto exige una inversión agresiva en un Departamento de Análisis de Rendimiento centralizado dentro de la Federación. Debemos procesar los goles esperados, medir la presión efectiva tras pérdida, auditar los duelos ganados, registrar las pérdidas de balón, crear mapas de calor en tiempo real y medir la velocidad máxima de cada atleta.

### **4.1. La Plataforma Nacional de Desarrollo de Talento (El “Gemelo Digital” del Jugador)**

El mayor pecado del fútbol costarricense no ha sido la falta de talento, sino la invisibilidad del mismo. Históricamente, hemos dependido de la memoria azarosa de un visor o de la suerte de que un entrenador con buen ojo pasara por una plaza comunal un domingo por la tarde. Eso no es gerencia, eso es lotería. Requerimos la creación de una Plataforma Nacional de Datos del Jugador, una infraestructura digital que cree un “gemelo digital” para cada niño y niña federados en el país desde los diez años de edad.

Este sistema no debería de ser una simple base de datos de nombres y apellidos; podría ser un software de gestión de ciclo de vida del atleta. Cada vez que un jugador compite, sus estadísticas —desde minutos jugados y posición táctica hasta métricas de crecimiento físico y rendimiento escolar— son ingresadas en este sistema por los clubes y centros regionales. Si un jugador destaca en una zona rural de Guanacaste, su perfil digital se ilumina automáticamente en la central de la Federación cuando supera los umbrales de rendimiento establecidos para su edad.

Este sistema de “alerta temprana” permite que la Federación no tenga que adivinar dónde está el talento: el talento se hace visible por sí mismo.

Además, esta plataforma podría ser la herramienta de ejecución de una Red de Inteligencia Nacional: un visor en cualquier parte del mundo podrá acceder al historial completo de un jugador, ver videos de sus partidos, analizar sus mapas de calor y evaluar su evolución física en tiempo real. Al estandarizar el seguimiento de los activos, garantizamos que ningún futbolista brillante pase desapercibido por razones geográficas o administrativas. La ejecución técnica se basa en la transparencia absoluta: si un jugador es bueno, el sistema lo sabe, el país lo ve y el proceso lo protege. Estamos construyendo una tubería industrial de talento que nunca se seca.

#### **4.2. La Cadena de Mando Técnica: El Directorio de Metodología en Cascada**

El error histórico de nuestro fútbol ha sido la fragmentación. Tenemos entrenadores en la Sub-15, Sub-17 y Sub-20 trabajando como islas independientes, cada uno con su propio “librito” y su propia visión, mientras que la Selección Mayor camina por un sendero totalmente distinto. Requerimos que el fútbol nacional opere como una corporación con una sola línea de mando técnico.

En esta nueva propuesta, el Director Técnico de la Selección Mayor dejaría de ser solo un “seleccionador” de jugadores para convertirse en un Director de Metodología de la Nación. Su contrato debería de incluir cláusulas de responsabilidad ejecutiva sobre todo el pipeline formativo. La ejecución de este modelo se materializa mediante tres acciones operativas:

- *La Auditoría de Sincronía:* El Director de Metodología deberá auditar trimestralmente los entrenamientos de todas las categorías menores. Si la Sub-15 no está implementando los conceptos de presión alta o transición rápida que exige el modelo país, el director técnico de esa categoría será sustituido.
- *La Escuela de Formadores (Mentoring Activo):* El staff de la Selección Mayor tiene que tener la obligación operativa de dictar mentorías obligatorias para todos los entrenadores de la primera división y de las ligas menores. Esto eliminará la brecha de

conocimiento: todo técnico que dirija en nuestro sistema nacional debe estar certificado y alineado con la metodología ejecutiva aprobada. Si el cuerpo técnico de la Mayor descubre una nueva forma de mejorar la recuperación física, esa metodología se baja a todo el sistema en menos de 30 días.

- *El Protocolo de Continuidad Operativa:* Propone crear un “Manual de Operaciones Técnicas”. Este es un documento vivo, digital y en constante actualización, donde se definen los estándares de ejecución para cada posición en el campo. Si un jugador joven de la Sub-15 es promovido a la Sub-17, el entrenador receptor ya sabe exactamente qué habilidades cognitivas y físicas ha desarrollado ese jugador según el Manual.

La ejecución es estandarización. Al convertir la metodología en una política de estado y no en una opinión personal del técnico de turno, garantizamos que el jugador, sin importar en qué categoría esté, se siente parte de un sistema coherente. Estamos creando un pipeline de talento que habla el mismo idioma de principio a fin, transformando la formación en un proceso industrial, predecible y altamente eficiente.

## **5. La Red Global de Adquisición: Operaciones de Reclutamiento Estratégico**

Dejemos de ver la búsqueda de talento en el extranjero como una actividad de “observación” y empecemos a verla como lo que realmente es: una Operación de Adquisición de Activos de Alto Valor. Si las empresas más grandes del mundo destinan departamentos enteros de recursos humanos a la caza de talento global, Costa Rica no puede seguir delegando la búsqueda de sus futuros jugadores a llamadas telefónicas informales o al azar.

La ejecución de este pilar se centra en tres ejes operativos:

- *Una Unidad de Fast-Track Jurídico y Migratorio:* El mayor asesino de talento en la diáspora no es la falta de interés, es la burocracia. Muchos jugadores con potencial terminan representando a otros países porque el papeleo migratorio costarricense es una trampa mortal. La Federación debe instituir una Unidad Jurídica de Elegibilidad. Esta unidad tiene un único objetivo: gestionar, financiar y acelerar la documentación de elegibilidad (nacionalización, pasaportes, permisos FIFA) para cualquier talento con raíces ticas que supere los estándares de rendimiento internacional. No esperaremos a que el jugador quiera venir; nos debemos anticipar a las trabas legales para que, en el momento en que se decida, la puerta esté abierta de par en par. La nacionalidad es un trámite; el talento es una urgencia.
- *Acuerdos de Cooperación Bilateral:* La Federación podría dejar de ser una entidad pasiva y así firmar Memorandos de Entendimiento con academias de élite, universidades de la NCAA y clubes europeos de segunda y tercera división. Estos acuerdos no son solo simples apretones de manos; serían contratos operativos. A cambio de que Costa Rica les facilite asesoría técnica o scouting regional en Centroamérica, ellos se comprometen a dar prioridad de prueba y seguimiento profesional a nuestros prospectos de la diáspora. Esto básicamente es convertir a las instituciones extranjeras en nuestros brazos ejecutores de formación.
- *El Protocolo de Onboarding de Élite:* Traer a un joven que ha crecido en un entorno de primer mundo a una realidad distinta puede generar un choque cultural destructivo. Este plan debe exigir la ejecución de un Protocolo profesional. Cuando una joven promesa del extranjero decide vestir la camiseta de Costa Rica, no llega a “ver qué pasa”. Deberá llegar a un programa de integración diseñado por la Federación que incluya: mentoría con referentes de la Selección, un plan de adaptación-logística pagado, seguro médico internacional y un acompañamiento que le permita sentirse parte del proyecto desde el minuto uno.

Tratemos al jugador y jugadora como una inversión corporativa que requiere un plan de carrera, no como un invitado ocasional.

Esta es la diferencia entre “buscar jugadores” y “ejecutar una estrategia de adquisición”. La primera es una actividad de bajo impacto; la segunda es una operación industrial que garantiza que el mejor talento disponible —donde sea que haya nacido— termine jugando para Costa Rica.

## **6. El Cronograma de la Transformación**

La ejecución de este Plan debe estar sujeta a un cronograma inalterable. Costa Rica debe pensar desde este preciso instante en el ciclo hacia el Mundial 2030.

**Etapas 1:** La Auditoría de Fuego (Meses 1-6) Revisar con honestidad brutal qué falló en el proceso anterior. Evaluar rendimientos, convocatorias, preparación física, táctica, gestión emocional y la operatividad real de las ligas menores.

**Etapas 2:** La Ley de Identidad (Meses 6-12) Establecer como política de cumplimiento obligatorio el modelo táctico nacional, bajando el currículo a todas las selecciones y clubes.

**Etapas 3:** El Recambio Quirúrgico (Año 2) Ejecutar una transición inteligente. Identificar a los líderes veteranos que sostendrán la jerarquía, a los jóvenes prioritarios que deben ser integrados y las necesidades urgentes que debe cubrir la oficina de scouting internacional.

**Etapas 4:** La Plataforma Juvenil (Años 2-3) Invertir agresivamente presupuesto en la Sub-17, Sub-20 y Sub-23, transformándose en verdaderos laboratorios de la Mayor.

**Etapas 5:** El Laboratorio del Fogueo (Año 4) Organizar amistosos quirúrgicos contra rivales físicamente exigentes, sudamericanos intensos o caribeños veloces, dándole un propósito táctico a cada encuentro.

**Etapla 6:** La Batalla Final (Año 4 - Eliminatoria) Llegar al escenario oficial con roles estandarizados, automatismos memorizados en el sistema nervioso de los jugadores, un liderazgo interno a prueba de balas y una lista de jugadores consolidada en la cultura de alto rendimiento.

La maquinaria de ejecución está finalmente ensamblada. Sabemos qué hacer, quién debe hacerlo y cuándo debe estar terminado. Las herramientas están en nuestras manos. La alta dirigencia, los clubes, los jugadores y los fanáticos tienen la palabra. La improvisación ha muerto. Ha nacido el método. Y con el método, ha nacido nuestra oportunidad de escribir una historia nueva. Ahora, solo queda el último paso, la última página donde el corazón toma el control.

# ARQUITECTOS DE FUTBOLISTICA O 2006-

## KEYLOR NAVAS



### "EL TITÁN MUNDIAL"

La cima de la historia.

Keylor no es solo un jugador; es una institución. Su carrera, que lo llevó a tocar el cielo con el Real Madrid, es el testimonio definitivo de que un costarricense puede ser el mejor del mundo en su posición. Navas ha elevado nuestra marca país a niveles que nunca imaginamos, demostrando que la humildad, la fe y una ética de trabajo sobrehumana pueden poner a un deportista de un pequeño país en la cúspide de la historia deportiva global.



## BRYAN RUIZ



### "EL CEREBRO DEL PROYECTO"

La elegancia táctica.

Ruiz fue el arquitecto de la inteligencia. En una era donde el fútbol se volvió vertiginoso, Bryan aportó la pausa, la visión periférica y el liderazgo táctico que el equipo necesitaba para trascender. Como capitán de la histórica hazaña en Brasil 2014, demostró que el fútbol es un juego de cerebros tanto como de piernas, enseñándonos que la elegancia en el trato del balón es una virtud que debe prevalecer en el campo de batalla.



# LA IDENTIDAD COSTARRICENSE

2026

## SHIRLEY CRUZ



### "LA PIONERA DEL NUEVO ORDEN"

El quiebre del paradigma.

Si estamos hablando de arquitectos, Shirley es la mujer que diseñó la infraestructura del fútbol femenino en Costa Rica. Con una trayectoria brillante en Francia, Cruz no solo fue una jugadora de élite; fue la voz que exigió profesionalismo, respeto y condiciones dignas cuando nadie más se atrevía a levantar la mano. Ella es la madre de la nueva generación, quien demostró que el talento no tiene género y que el fútbol es, por derecho propio, el territorio de todos.



## CELSO BORGES



### "LA INTELIGENCIA INSTITUCIONAL"

El profesionalismo como legado.

Borges representa la transición hacia el jugador completo del siglo XXI: tácticamente impecable, disciplinado, políglota y un profesional a carta cabal dentro y fuera de la cancha. Celso es el arquitecto del "orden institucional" que este libro predica. Su carrera ha sido un modelo de consistencia, inteligencia para adaptarse a diferentes ligas y una madurez que ha servido de guía para las nuevas promesas del balompié nacional.



# ARQUITECTOS DE FUTBOLÍSTICA O

2006-

## CHRISTIAN BOLAÑOS



### "LA MAESTRÍA EN LOS PIES"

La persistencia de la creatividad. A lo largo de dos décadas, Bolaños nos recordó que la creatividad es un activo que no caduca. Su capacidad para desequilibrar, su lectura de los espacios y su persistencia para mantenerse en la élite hasta una edad madura son lecciones de gestión de carrera. Christian fue el arquitecto que nos mostró cómo un jugador puede reinventarse, manteniendo siempre la alegría y la técnica como sus herramientas principales para servir al colectivo.



## RAQUEL RODRIGUEZ



### "LA ARTILLERA DEL UMBRAL"

Autora del primer gol de Costa Rica en la Copa Mundial Canadá 2015, "Rocky" simboliza la capacidad de ejecución en los escenarios más intimidantes del planeta. Su salto temprano hacia el profesionalismo en las ligas de élite estadounidenses demostró que nuestras jugadoras no solo saben competir tácticamente, sino que poseen el carácter, la fuerza física y la frialdad para definir partidos históricos. Ella es el estandarte de una generación de mujeres que dejó de pedir permiso para entrar al área rival y comenzó a derribar las puertas a base de talento, disciplina académica y contundencia absoluta.



# LA IDENTIDAD COSTARRICENSE

2026

## JOEL CAMPBELL



### "EL ARQUITECTO DEL VÉRTIGO"

Campbell representa la evolución de la picardía callejera hacia la máxima exigencia global. Su capacidad para desequilibrar en el uno contra uno, sostener el balón bajo la presión de defensores europeos y aparecer en los momentos de mayor urgencia nacional lo convirtieron en un recurso incalculable. Joel nos recuerda de manera constante que, incluso en un modelo de juego rígidamente estructurado e institucional, la irreverencia individual y el atrevimiento siguen siendo armas letales para quebrar cualquier orden táctico adversario.



## KENDALL WASTON



### "EL GIGANTE DE LA RESILIENCIA"

Waston demostró que, cuando la pizarra táctica se agota y el reloj dicta sentencia, un biotipo físico imponente sumado a una voluntad inquebrantable pueden rescatar el destino de todo un país. Él es el arquetipo del jugador que no teme cargar con la angustia del colectivo sobre sus hombros, convirtiendo el juego aéreo y la fortaleza mental en un arma de salvación masiva en los escenarios de mayor asfixia competitiva.



## Capítulo 13

# EL COSTO DE NO CAMBIAR

“LA VERDADERA GRANDEZA  
NO ESTÁ EN EL TROFEO QUE  
LEVANTAS, SINO EN LA HUELLA  
QUE DEJAS EN LA MEMORIA DE  
TU PUEBLO “

JOHAN CRUYFF, FUTBOLISTA Y ENTRENADOR NEERLANDÉS, Y UNA DE LAS  
FIGURAS MÁS INFLUYENTES EN LA HISTORIA DEL FÚTBOL.

Hemos llegado al final de nuestra travesía conceptual, y la pizarra de la estrategia debe cederle el espacio a la voz de la conciencia. Las páginas de este libro no fueron escritas para adornar los estantes de una biblioteca, ni para servir de entretenimiento pasivo a los fanáticos del deporte. Fueron diseñadas con urgencia y patriotismo gerencial para actuar como una llamada de atención histórica ante las puertas de una encrucijada definitiva. Costa Rica se encuentra hoy frente a dos caminos claros, y el costo de elegir la inercia, la nostalgia cómoda y el inmovilismo institucional será la condena definitiva al anonimato global.



El primer camino es el de la complacencia, el de seguir haciendo exactamente lo mismo que nos trajo al fracaso actual: continuar administrando la nostalgia, culpar a la suerte tras cada derrota, mantener una liga lenta y desorganizada, y cambiar de director técnico cada vez que la presión mediática ruge con fuerza en las redes sociales. Si elegimos este sendero, el destino es predecible, matemático y doloroso: la distancia con rivales directos se volverá una brecha insalvable, y las futuras generaciones costarricenses se acostumbrarán a ver las Copas del Mundo como un banquete ajeno, como observadores silenciosos de la historia de otros, transmitido por una televisión que nos recordará, cada cuatro años, lo que pudimos ser y no quisimos construir.

Pero existe el segundo camino. Un camino que exige valentía, humildad y una mentalidad de reconstrucción absoluta. Exige aceptar de una vez por todas que la camiseta no clasifica sola por el simple peso de su historia y que el éxito sostenido solo pertenece a los pueblos que planifican, que se organizan con rigor científico y que protegen sus procesos formativos con una disciplina inquebrantable.

Este no es un libro sobre fútbol. Este es un libro sobre el alma de un país. Es un libro sobre la identidad, la memoria y el paisaje que nos define. Cuando miro hacia atrás, a toda la estructura que hemos planteado —los pilares, la descentralización del talento, la ciencia aplicada, la visión de Estado— veo a ese niño o a esa niña con el balón bajo el brazo en cualquier plaza de tierra de nuestra patria, en cualquier rincón rural donde la luz pública apenas llega. Él o ella no sabe de licencias de la FIFA, ni de Fair Play Financiero, ni de algoritmos de inteligencia artificial. Él o ella solo sabe de sueños, de la alegría pura de correr contra el viento, de la resistencia que nos heredaron nuestros ancestros.

Pero nosotros, los que estamos aquí, los que tenemos el privilegio de tomar decisiones, los que sostenemos las plumas que escriben la historia, sí sabemos. Nosotros tenemos la obligación moral de proteger ese sueño, no con discursos, sino con acero y método. No es justo que el talento de nuestro país se marchite en el anonimato rural simplemente porque no construimos el puente para que ese talento llegue a la cima. No es justo que nuestras atletas femeninas tengan que luchar contra el prejuicio

cuando podrían estar conquistando el mundo con las herramientas que les negamos. No es justo que nuestra afición, la más noble y apasionada, tenga que conformarse con la mediocridad cuando podríamos estar construyendo un imperio deportivo que sea faro para el resto de la región.

La eliminación rumbo al Mundial 2026 fue una llamada de atención dolorosa, una herida abierta en nuestro orgullo cívico, pero debe ser el motor de nuestro despertar histórico. Costa Rica posee las condiciones naturales, la riquísima tradición, la pasión indomable de su gente y el talento natural impreso en su ADN para volver a paralizar el tiempo y emocionar al planeta entero. Pero todo ese inmenso activo necesita, con urgencia vital, estructura, método y orden.

La propuesta en estas páginas y la ejecución de este plan es una prueba de fuego de nuestra generación.

Organizar el fútbol es, en esencia, transformar el destino. Es demostrar que cuando Costa Rica se propone algo con rigor, y con el alma puesta en una meta común, no hay obstáculo que nos detenga.

¿Somos capaces de elevarnos por encima de nuestras mezquindades, de nuestras peleas de pasillo y de nuestra pereza institucional para construir algo que dure más que nosotros mismos? ¿Somos capaces de ver el fútbol no como una distracción, sino como una aventura que nos une como nación?

Al final del día, cuando las luces de los estadios se apagan y los gritos de la afición se disipan, lo único que queda es el legado. ¿Qué les dejaremos a los que vienen detrás? ¿Un país de lamentos o un país de campeones? ¿Un país que se esconde tras la excusa de “somos pequeños”, o un país que se alza sobre la premisa de “somos gigantes en voluntad”? La respuesta no está en el cielo, ni en la suerte, ni en el próximo sorteo de la FIFA. La respuesta está en el espejo. Está en las decisiones que tomaremos mañana mismo al despertar.

Nosotros no estamos aquí solo para mejorar una liga o para clasificar a un Mundial. Estamos aquí para cambiar el paradigma de cómo entendemos nuestra propia capacidad. Estamos aquí para inyectar esperanza, sí, pero una esperanza activa, una esperanza que trabaja, que calcula, que entrena y que conquista. Este libro es una invitación a la acción, a la construcción

de un sistema, a la búsqueda de la excelencia técnica y humana. Es un llamado a que cada uno de nosotros —desde el dirigente en su oficina hasta el padre de familia que lleva a su hija a la cancha comunal— entienda que el cambio empieza cuando dejamos de pedir que las cosas sucedan y comenzamos a hacer que ocurran.

Al cerrar este libro, no cierren la posibilidad de lo que Costa Rica puede ser. Al contrario, abramos los ojos y miremos el horizonte con la convicción de que los mejores días de nuestro deporte no están en el 90, ni en el 2014; los mejores días están por construirse. Están ahí, aguardando a que tengamos la valentía de ejecutar lo que hemos soñado, con la paciencia de quien siembra un árbol que no verá crecer, pero que dará sombra a sus hijos.

El balón está en el centro de la cancha. La decisión es nuestra. La historia no nos va a preguntar qué dijimos, nos va a preguntar qué hicimos. Y mi respuesta, nuestra respuesta, debe ser contundente: lo construimos todo. Lo soñamos, lo planificamos y, finalmente, lo hicimos realidad.

Cuando la arquitectura de nuestras instituciones sea tan sólida como la geografía de nuestras montañas, y cuando nuestro espíritu deportivo sea tan indomable como la biodiversidad de nuestros bosques, entonces, y solo entonces, habremos cumplido con este Reto Siglo 21.

La aventura apenas comienza. El destino no es llegar, el destino es la transformación continua de nosotros mismos a través de la excelencia. Que nuestra marca país sea el trabajo, que nuestro símbolo sea la constancia y que nuestro grito de guerra sea la construcción del futuro.

El fútbol nos ha dado la oportunidad de vernos reflejados en un espejo colectivo. Aprovechemos la imagen que nos devuelve. No nos detengamos hasta que el mundo entero sepa que en el corazón de América, hay un pequeño país que no solo juega al fútbol, sino que entiende el arte de vivir con trascendencia, y con una inquebrantable fe en lo que somos capaces de lograr cuando nos atrevemos a ser nosotros mismos.

Cerremos el libro, pero mantengamos abierta la mente.  
A jugar!







# **El Reto de Inspirar: Fútbol e Identidad**

**Por: Jorge Woodbridge González**



CIUDADANOS COMPROMETIDOS  
**RETO  
SIGLO  
21**  
CON COSTA RICA

El Reto de Inspirar: Fútbol e Identidad, no es simplemente un libro sobre un deporte; es un ensayo profundo y un manifiesto urgente sobre el alma de Costa Rica. Utilizando el balompié como un espejo exacto de la sociedad, Jorge Woodbridge traza un recorrido histórico apasionante desde los pioneros que forjaron la mística nacional en plazas de tierra, hasta los arquitectos modernos que llevaron el nombre del país a la élite global.

Este libro es un llamado a la acción contundente para dirigentes, atletas y ciudadanos: una invitación a abandonar la improvisación y comprender que la grandeza de una nación no reside en los triunfos que recuerda, sino en el rigor, el método y la disciplina inquebrantable con la que planifica sus victorias del mañana.

J O R G E W O O D B R I D G E G O N Z Á L E Z

Jorge Woodbridge ha liderado el desarrollo de Costa Rica desde los más altos niveles de la institucionalidad pública, económica y deportiva, destacando como Ministro de Economía, Ministro de Competitividad y Presidente de la Fedefútbol.

Movido por su profunda vocación analítica, presenta la colección Costa Rica: Reto Siglo 21 para devolverle al país la experiencia de toda una vida. En esta obra, asume el rol de un mentor cercano con un objetivo claro: inspirar a la nación y demostrar que el innegable talento costarricense solo construirá el país que merecemos a través del método, el orden y un propósito común.

C O S T A R I C A :

**RETO**  
**SIGLO21**

